

EL MÉDICO DE LA INQUISICIÓN

José Antonio Ramos Rubio

T Tau
Editores

El Médico de la Inquisición

Primera edición: 2022

TAU EDITORES
Cuesta de Aldana 6
10003- Cáceres
www.taueditores.es

©Del texto: José Antonio Ramos Rubio
I.S.B.N.- 978-84-126099-1-2
Depósito legal: CC-0242-2022
Impreso en España

“Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).”

*A mi amigo Félix Pinero Sánchez,
Académico Correspondiente de la Real Academia de
Extremadura de las letras y las Artes.*

Índice

I. Los primeros años, 1572—1590	11
II. Los estudios en Salamanca, 1590—1597	53
III. Médico del Santo Oficio de la Inquisición, 1598—1616... 65	
IV. Su etapa en Granada, 1616—1619	107
V. Los últimos años: Cáceres y Trujillo, 1620—1638.....	139
Agradecimientos.....	173
Bibliografía.....	175

“Tanto los hombres y las mujeres no son hijos de las circunstancias, sino al contrario, las circunstancias son hijas de ambos».

Benjamín Disraeli

I

Los primeros años, 1572—1590

Corría el año 1572.....

En una pequeña villa cacereña, antesala de las Villuercas, nació un niño que pusieron por nombre Juan. Apenas había salido el sol en esa mañana del 25 de marzo cuando Gonzalo Rieros Sorapán vociferaba a los cuatro vientos la inmensa alegría del nacimiento de su hijo.

El recién nacido aportó una inmensa felicidad a la familia, era hijo de Gonzalo Rieros y de María González Becerra, bien reconocidos en la población y que gozaban de buena reputación. Gonzalo procedía de un linaje noble. El escudo familiar con un casco de caballero a modo de corona y el lema “In vitute solis et pannis” (*En virtud del sol y del pan*) figura en la portada del libro que su hijo Juan publicase años después, bajo el título *Medicina española contenida en proverbios vulgares de nuestra lengua*.

Llegó el 28 de marzo, aquella mañana tranquila, con olor a mieses en sazón, repicaban las campanas de la iglesia con jubiloso volteo. Los vecinos y familiares de Gonzalo Rieros se daban cita en la puerta del templo de San Mateo desde las primeras horas de la mañana. Las aguas bautismales corrieron por la cabeza del niño, el párroco don Francisco Martí-

nez ataviado con la vestidura nupcial de la Gracia bautizó a Juan con los mismos apellidos que su padre, pero en orden inverso, según costumbre de la época. Por la unción del Santo Óleo quedó consagrado. Por la señal de la cruz que el sacerdote trazó sobre su frente y pecho, quedó armado y fortalecido; y con la imposición de sus manos, bajó sobre él el Espíritu Santo para iluminarle. Le pusieron por nombre Juan Sorapán de Rieros. La partida de bautismo dice fielmente: *“Joan — Viernes veintiocho días del mes de marzo, año de mil y quinientos setenta y dos años. Yo el Br. Franco. Martín, cura beneficiado de esta iglesia de Logrosán, bapticé a Joan hixo de Gonzalo de Riero Sorapán y de su muger María Gonz Becerra fué padno. Pedro Sánchez Becerra, su tío y testigo Jorge Gutiérrez y Álvaro Díaz firmelo ante ellos = el bachiller Francisco Martino”*.

Pasaron los años. Juan crecía. Su cuerpo se iba desarrollando sano. Asistía a la escuela de la señora Virtudes. Se sentaba en primera fila, ante una tosca tabla que le servía de pupitre y escuchaba con avidez las enseñanzas de aquella buena señora. Juan, inclinado sobre su tablilla de cera, iba escribiendo las primeras letras con tesón y constancia. Le gustaba mucho la gramática, pero su ilusión se cifraba en corretear por los campos, incluso en las tardes veraniegas, cuando el bochorno de la siesta adormecía el pueblo y el sol tostaba sus calles solitarias. También le gustaba estar junto a su familia, a pesar de que perdió a sus abuelos paternos cuando aún contaba muy pocos años, para apreciar todo lo triste de su desgracia. Tras pasar los años de infancia en su villa natal, a la edad de trece años, se marchó de colegial a estudiar Medicina a Guadalupe, a la sombra del monasterio, uno de los centros de la ciencia médica, quirúrgica y farmacológica más importantes de la época y que contaba con una cátedra de disección desde el año 1391, por privilegio de Juan I. Aquel fue un invierno crudísimo con episodios de lluvias torrenciales e intensas heladas.

La niñez de Juan transcurrió en un ambiente de paz y honradez familiar, amasada en el duro trabajo de cada día de su padre que le marcaron contra toda su vida, y que fue siempre

el más elogioso sentido de la expresión. Tenía algunos amigos; pero sobre todo, jugueteaba con Andrés, hijo de labriegos, un rapaz que corría hundiéndose en los campos de labor y tropezando en los ramajes de los árboles, rendidos por la abundancia. Tanto Juan como Andrés, les embriagaba la vida hogareña de Logrosán y disfrutaban saltando y jugando en los campos cercanos al pueblo. El cielo límpido o cargado de nubarrones, la frondosa vegetación, la lluvia monótona de los días invernales o el sol abrasador en verano, eran los elementos que contribuían a despertar la fina sensibilidad de Juan e iban moldeando su carácter para apreciar la naturaleza.

La situación económica de la familia no era precaria. El esfuerzo continuado y tenaz, y la honradez de su padre, junto con la escrupulosa administración de su madre hacían que los recursos se extendieron para tener cubiertas las necesidades más perentorias. Aquel año de 1580 la mayoría de las poblaciones sufrieron la epidemia de catarro y peste. Aquel invierno llovió torrencialmente en Logrosán. Al arreciar el aguacero, volvieron los hombres a trabajar en el campo, sorteando los numerosos remansos cristalinos. Gonzalo era esencialmente labrador, atávicamente impregnado de cariño a la tierra que le proporcionaba buenas cosechas.

Pasaron los años y Juan se convirtió en un joven elegante y gallardo, tenía ojos negros, la tez algo descolorida y el pelo corto y arremolinado. Comenzó a ayudar a su padre en el campo. Por las noches miraba la luna, oía ladrar los perros por las calles cercanas a su casa y pensaba en lo que le iba a deparar la vida.

Pero, el destino de Juan estaba en otro lugar. Su padre Gonzalo tenía buena amistad con los monjes del monasterio cercano, en las cálidas entrañas de las Villuercas, donde un vaquerizo natural de Cáceres, en el ronco fragor de un río, construyó un oratorio a la Virgen y donde fue creciendo una pequeña aldea con personas que querían vivir junto a la Madre custodiada por los frailes Jerónimos. El oratorio se había convertido en un hermoso Santuario, que comenzó su andadura en la segunda mitad del siglo

XIII. La pequeña ermita u oratorio, pobre y humilde, custodiada desde 1330 por el sacerdote Pedro García, la sustituyó una iglesia a finales del siglo XIV. El rey Alfonso XI, que le gustaba cazar por estas sierras, visitó Guadalupe en el año 1335, contemplando el estado ruinoso de la primitiva ermita, comenzó las gestiones para proceder a su restauración. El rey obtuvo para este lugar la creación de un priorato secular y lo declaró de su real patronato. El priorato secular, dotado con el señorío civil del prior sobre la Puebla, estuvo dirigido por cuatro priores entre los años 1341 y 1389, finalizando este con la entrega del Santuario a la Orden de San Jerónimo.

Guadalupe distaba casi ocho leguas de su pueblo natal. La inseguridad y el peligro de los tiempos se unían para hacer más difícil la situación del viajero. Por dicho motivo y para facilitar el viaje de su hijo, Gonzalo esperó el día en el que dos frailes jerónimos de Guadalupe, que días atrás se habían acercado a por grano a la cilla que tenían en Trujillo, pasasen por Logrosán para recoger al joven Juan. En Trujillo guardaban los jerónimos las provisiones del monasterio, el grano que habían ido recogiendo durante los meses de agosto y octubre. Era muy apreciado el grano que almacenaban en Trujillo, a pesar de que los frailes contaban con varios molinos en Guadalupe, como el del Estanque, que podía moler trigo muy rápido, además de usarse para la pesca. Era una presa de cuatro molinos, una obra de ingeniería innovadora para su época.

Juan tenía mucho cariño a su madre. Nunca le reñía y mucho menos le castigaba. No era necesario. Era un mozalbete muy obediente. Aquella tarde, antes de la partida de Juan hacia Guadalupe, transcurrió en paz y armonía, aunque sombría y nublada. Por la noche, Gonzalo le puso al corriente a su hijo sobre aquel cenobio en el que se iba a educar y a profundizar en los conocimientos médicos para salvar vidas humanas, en un centro cultural y de investigación de primer nivel, vinculado a la historia de España por su relación con los Reyes Católicos, protagonismo de excepción con la evangelización y conquista de América. Allí iban implorando su curación nume-

rosos peregrinos y enfermos, lo que propició la necesidad de crear diversos centros donde darles albergue y hospitalidad.

El amanecer invernal era crudo. Los dientes de Juan castañeteaban, aterido de frío. El día 2 de noviembre de aquel año de 1585 pasaron los buenos frailes por Logrosán. Gonzalo les obsequió con alguna arroba de aceite, tocino, unas calabazas y cuatro quesos. Tras recoger a Juan, siguieron su camino hacia Guadalupe. Juan se despidió de su familia, se abrazaron estrecha y largamente en un profundo silencio. Imposible pronunciar una palabra. María, su madre, con los ojos hundidos, la frente marmórea, volvió la cabeza hacia el lado opuesto al que se alejaba su hijo con aquellos frailes; una vez dentro de su casa, se arrojó sobre la cama y rompió a llorar. La familia se quería entrañablemente entre sí e idolatraban a su hijo. Durante días intentaron actuar normalmente, ocultándose mutuamente el verdadero desolador estado de su ánimo. No obstante, iban a visitarle al monasterio tan a menudo como podían.

Juan, que nunca había salido de su pueblo, pudo disfrutar embelesado de unos altos cerros, bastante fragosos, entre los cuales había algunos terrenos interrumpidos de lomas y frondosos valles. Aquel paisaje caracterizado por los peñascales, que contrastaba armoniosamente con el azul de los arroyos y el verde profundo de la vegetación.

Apenas había tenido tiempo para disfrutar del paisaje cuando los árboles cambiaron de color. Los troncos se volvieron de un tono anaranjado.

—¿Qué es esto? —le preguntó Juan a uno de los frailes, que sonrió de oreja a oreja.

—Un alcornocal. Los árboles han sido descortezados hace unos días y con el tiempo la corteza vuelve a crecer.

Cuando apenas habían transcurrido dos leguas pararon en una ermita en mitad del camino, a la vera del río Ruecas, rodeado de farallones cuarcíticos, que hace de paso natural en el camino a Guadalupe. Allí recibía culto la Virgen de Belén, era una pequeña ermita mudéjar construida en piedra. Juan acompañó a los frailes y entraron en la capilla, según iba avanzando

hacia la cabecera, donde se veneraba la lignaria imagen de la Virgen, la nave que ocupaba todo el interior estaba formada por una sucesión de arcos de ladrillo que arrancan desde el suelo y que sustentan la bóveda de cañón corrido. Allí se prostraron ante la imagen medieval de la Virgen de Belén.

Tras rezar en silencio, continuaron el camino. Con alguna que otra dificultad atravesaron el río Guadalupejo (*río de los lobos*, nombre que recibió por los muchos lobos que infestaban estos parajes) balanceándose el carretón tirado por dos mulas. El curso del río discurre entre riberas estrechas, hondas y de tierra muy quebrada. Se quedó muy sorprendido el joven Juan al observar la enorme cantidad de ovejas merinas que tenían los frailes cerca de la puebla. Los jerónimos figuraban como uno de los mayores propietarios del reino de Castilla.

Pedro y Felipe, que así se llamaban los frailes, tenían prisa por llegar antes del anochecer para evitar encontrarse con alguna de las muchas fieras que tienen su guarida en la sierra. Habían salido de Guadalupe en el mes de julio, bajo un cielo ardiente y desierto de nubes. Por el camino iban hablando entre ellos, entre otras cosas, la famosa entrevista que hacía nueve años se había celebrado en el monasterio entre el rey Felipe II y su sobrino el rey de Portugal don Sebastián. Aún recordaban cuando bajaban los monarcas a oír misa. El rey portugués desde el coro y el español desde la celda que ocupaba sobre la capilla de Santa Ana.

—¿Recuerdas cuando el prior nos encargó colgar una cortina en la reja de la capilla mayor?— le dijo Pedro a Felipe.

—Sí, recuerdo que era de tela de oro carmesí—, expresó Felipe.

—Efectivamente, y muy rica, tenía brocados. Allí, detrás de la cortina se sentaban en un banco el duque de Avero—, expuso Pedro, mientras sacaba un trozo de pan de una alforja y se lo daba al joven Juan.

—Al monarca se le veía aún muy afectado por la muerte de su esposa, doña Ana, y por el fallecimiento del príncipe don Diego—, aseveró Felipe.

—Cierto, recuerda hermano Felipe la pomposa llegada de la emperatriz doña María, hace dos años. Al final, a su regreso a Madrid, se encerró en las Descalzas Reales.

—Triste destino el que tienen que sufrir algunas cortesanas. Se murmura por el monasterio que el prior y el arzobispo de Sevilla, don Rodrigo de Castro, se lo habían aconsejado cuando vino en 1582 al monasterio durante la Semana Santa, acompañada de una hija de la marquesa de Villahermosa, que tenía una tía en clausura en ese convento.

Juan, que iba escuchando la conversación de los frailes, no pudo por menos de sonreír, tratando de distraer su ánimo interesándose por el paisaje.

Por fin, habían llegado a un sendero que conducía directamente al monasterio y lo siguieron audazmente. Se encontraron en su camino con algunos peregrinos. Llegaron al atardecer a la puebla de Guadalupe. A los asombrados ojos de Juan se apareció el impresionante monasterio.

Juan se encontró en un grandioso monasterio enriquecido por los privilegios reales y exenciones. Los moradores de la puebla que se generó en torno al santuario gozaban de gracias personales, no se les podía exigir tributo, ni gabela alguna personal ni real, respecto de los bienes que poseían fuera del término de Guadalupe, porque estaban exentos de los tributos a los concejos o señoríos de su ubicación, ya que rentaban en beneficio del santuario. También gozaban de exenciones en lo referente a levadas o enganches de hombres para las guerras y, en lo general, en la prestación de cualquier otro servicio. A pesar de esos beneficios no era excesiva la población de la Puebla, más bien al contrario. La población civil no pasaba de mil vecinos o familias, ya que la aspereza del terreno, era poco propicia para las actividades agropecuarias. El monasterio daba de comer a miles de peregrinos pobres en sus hospitales y portería. Era un continuo devenir de gentes procedentes de muchos lugares de la tierra.

Los frailes contemplaron con interés y evidente sorpresa la admiración del mozalbete que se había quedado atónito

viendo la magnificencia de aquel edificio mudéjar, severo y señorial con sus muros de mampostería, con sus sólidas torres de Santa Ana, de San Gregorio, de la Portería y la de las Campanas que levantaron sus voces de bronce anunciando la llegada de los frailes.

Cuando entraron en la Puebla percibieron los olores que salían de los ventanucos de las casas. Calles con entrantes y salientes y voladizos balcones de madera. A Juan le entró hambre. Los vecinos de la Puebla ya estaban preparando la cena. Un típico pueblo serrano lleno de encanto.

Juan, que era un joven fuerte, ayudó a los frailes a entrar los sacos de grano.

—Venid—, dijo fray Felipe; y condujo a Juan por el claustro ante el prior que se encontraba en las estructuras sanitarias del Hospital de San Juan Bautista.

Juan no cesaba de hacer preguntas, sobre todo cuando pasaba por el claustro. Con sus ojos fijos y centelleantes, dirigió la mirada hacia un artístico templete que en 1405 había ejecutado el fraile jerónimo Juan de Sevilla.

—Es una obra única, realizado en barro cocido y ladrillo aplantillado—, afirmó fray Felipe.

—Pero date prisa que el prior nos espera. Se hace tarde.

Ejercía como prior del monasterio fray Bartolomé de Ribera, que había sido nombrado el 6 de diciembre de 1584. Los monjes disponían de celdas, claustros, varias capillas para la oración, espacios para la ropería, refectorio, esparcimiento de los monjes y reuniones capitulares, un coro para el rezo del oficio divino en un clima espiritual de devoción mariana y donde la música coral alimentaba el fervor de los peregrinos que se acercaban al monasterio. Juan fue bien acogido entre los muros del monasterio. Visitó el templo conventual donde pensó hallar por sus paredes cuadros, tapices o brocados, pero lo que halló en su lugar fueron ojos de cera, brazos colgados de cera y piernas que habían ido dejando los peregrinos, en acción de gracias a la Virgen por haber sanado. en el pórtico del templo había una artística capilla de estilo gótico, lugar en

el que se encontraba el sarcófago de don Alonso de Velasco y de doña Isabel de Cuadros, su mujer, obra en alabastro del escultor Egas Cueman, realizada en el año 1467.

Gran asombro le produjo a Juan encontrarse con esas promesas de cera, representativas de cualquier parte del cuerpo, exvotos que eran ofrendas que se hacían a la Virgen para pedir la curación. Uno de los principales males con los que acudían los romeros al hospital era el “mal francés”, la sífilis. Siempre había en el hospital mesa franca y refectorio abierto para todos los peregrinos y viandantes, se los daba de comer y cenar, y se les curaba de sus heridas tras el fatigoso viaje. El principal servicio que proporcionaron los hospitales de Guadalupe fue el de hospedaje.

Juan se paseaba por el recinto del templo y cuando finalizaba su recorrido regresaba a sus aposentos por la nava de Santa Paula que comunicaba con el monasterio. Era un espacio reducido y recoleto. Le habían contado a Juan que allí estuvo la primitiva ermita de Santa María de Guadalupe.

A Juan le asignaron aquella noche una habitación con las paredes llena de cuadros. Huyendo de aquella vista afectiva, cerró los ojos y se dispuso a dormir. En el espacio de media hora consiguió dormirse. La noche pasó deprisa. Juan estaba tan cansado, que no soñó nada. Al día siguiente se despertó al sentir una bronca campana. Aunque hacía un frío agudo, se levantó con rapidez y compartió el desayuno con algunos colegas, devorándolo como pan bendito.

A continuación, siguió un alboroto de varios minutos por el claustro, un fraile gritaba:

—¡Orden! ¡Silencio!

Una vez que cesó el tumulto, se impuso la disciplina,

Era preceptivo que aquellos mozalbetes que habían llegado al monasterio dedicaran unos minutos de oración ante la imagen de Nuestra Señora. Para contemplarla, pasaron por una pequeña pieza situada como umbral, la antesacristía, que se encontraba en la torre de Santa Ana o del Reloj. Allí se fijó Juan en una curiosa escultura que representaba a San Jeróni-

mo, había sido labrada en terracota por Pedro Torrigiani en 1522. Cuando llegaron al camarín, Juan se sorprendió al encontrarse ante una imagen pequeñita de la Virgen, y además, era negra. Una talla que no llegaba al metro de altura. Tan insignificante pero tan grandiosa que los esforzados extremeños al volver de las Indias Occidentales emprendían la devota peregrinación al monasterio. Esta escultura pequeñita resumía el latido mariano de los castellanos, clérigos, laicos y peregrinos que dirigían sus pasos por aquellos caminos pedregosos a postrarse ante la santa imagen, mediadora de gracias. Una sensibilidad religiosa llamada “de Coden”, fijada en el acontecer histórico del monasterio bajo la advocación de Santa María.

Los colegiales se sorprendieron al verla tan negra, tan oscura y preguntaron al padre fray Francisco de Sigüenza, que les acompañaba, si se había quemado esa imagen en algún incendio. El buen fraile soltó una larga carcajada y les narró que el color negro es el resumen final de la más profunda sabiduría, es la memoria de los orígenes humanos, el útero materno. Se había utilizado este color simbólicamente para representar la tierra primitiva que, una vez fecundada, será fuente de toda vida.

Los colegiales, embelesados, no entendieron lo que fray Francisco les había relatado. Las vírgenes negras son de color oscuro porque personifican a la Madre Tierra y a la sabiduría ancestral, utilizándose resina tostada con el fin de proteger la madera y para conseguir ese tono negruzco.

Tras la oración, los colegiales se presentaron en una estancia, cada uno con un libro en la mano y un cálamo, una caña de río seca, cortada en bisel, que se mojaba en tinta natural y se aplicaba a la superficie de pergamino o papel. Se rezó una plegaria, y luego Martín Sánchez, uno de los profesores de Anatomía, se presentó ante los alumnos. Era alto y arrogante, tenía los ojos oscuros, de serena mirada, sombreados por unas pestañas largas. Seguidamente se reanudaron las lecciones. Su memoria era un archivo viviente de datos y anécdotas que revelaban su maciza cultura. El profesor les explicó la labor incansable de algunos destacados médicos como Andrés Vesalio,

y sus conocimientos sobre los huesos, músculos, vasos sanguíneos y órganos, explicados como el autor quería, en el único libro creíble, el cuerpo humano. Les explicó que el tiempo era la materia prima de todo sabio, alabando los conocimientos del frexnense Francisco Arceo, que había fallecido cinco años antes y puso su insaciable curiosidad científica al servicio de los pacientes y ejerció la medicina con el convencimiento de que sólo el conocimiento en profundidad del cuerpo humano permitiría acceder a remedios que garantizaran la curación de las enfermedades, dejándonos una obra lúcida y primorosa, con sus métodos para curar las fiebres. Este buen amigo de Arias Montano, representaba al científico renacentista con grandes conocimientos sobre el cuerpo humano. Son famosos sus avances en la aplicación de la cirugía y admirables sus trepanaciones a enfermos a los que consiguió curar la afasia, aunque también inventó aparatos ortopédicos, hizo rinoplastias y su nombre ha quedado asociado al de un bálsamo de efectos antisépticos y cicatrizantes. Precisamente, fue el humanista Arias Montano el que escribió el prefacio de su obra *De recta curandorum vulnerum que ratione*, publicada en 1574 en la imprenta de Plantino en Amberes.

A Juan le admiró las primeras lecciones de aquel profesor. La reciedumbre de su personalidad, la contundencia de sus razonamientos y la búsqueda continua de modos y medios para explicar las lecciones, produjeron en los colegiales una constante inquietud por seguir aprendiendo. Este fue el escenario en el que se desarrollarían los primeros meses de Juan en aquel monasterio jerónimo. Además, conoció los grandes conocimientos médicos que aportó a la ciencia Francisco de Arceo, natural de Fregenal de la Sierra, que fue considerado uno de los cirujanos europeos más importantes del siglo XVI y, lo que no sabía Juan es que él, iba a ejercer como médico de la Inquisición Española en Llerena, tal y como había sucedido con Francisco de Arceo años atrás. Realizando las mismas funciones que había ejecutado el médico frexnense, cuyas tareas era verificar el estado del acusado pero no con la intención

de detener el proceso de tortura sino de tomar descansos que permitieran al acusado recuperarse de alguna manera y luego seguir torturándolo.

Pero aún faltaban muchos años para que Sorapán de Rieros ejerciese como médico en Llerena.

Volviendo a Guadalupe. Los profesores manejaban con soltura los más heterogéneos conocimientos de las ramas del saber, invadiendo campos diversos relacionados con la medicina, tanto empírica como racional.

Después de las clases se fueron todos a almorzar. Juan se retiró a un rincón de la sala. Se encontraba solo, su familia ya no estaba con él. Consiguió ganarse el afecto de otros dos colegas, Sancho y Alonso.

Aquella misma tarde, Juan observó que la puerta de la iglesia no se cerraba, ni de día ni de noche, viendo la cantidad de peregrinos piadosos que acudían al monasterio con intereses distintos para orar ante la Virgen. Una imagen morenita que le causó sensación a Juan, aunque él conocía la Virgen del Carrascal de Logrosán, que recibía culto en una ermita que se encontraba al oeste del caserío, ésta no tenía la tez tan oscura como la guadalupana. Lo que más le impresionó a Juan fue no poder mirar a la Virgen de Guadalupe con perspectiva directa sino oblicua, por el acatamiento y temor reverencial que la vista le tiene. Sí se percató de un montón de reliquias que habían llegado al monasterio procedentes de otros lugares del reino y de la presencia de fray Alonso Sánchez que entraba silencioso y que día a día, aproximándose al sagrario, encendía una vela. Eran tiempos en los que los hallazgos arqueológicos de época cristiana y el traslado de reliquias se celebraban con toda la pompa y rigor litúrgico, cuando se prestaban para engalanar las iglesias y difundir el coleccionismo de las reliquias de santos, que había decaído a finales de La Edad Media. Pero lo que más le impresionó a Juan fueron las miles de cadenas y grillos que los cautivos habían dejado allí por las paredes y pilares de la iglesia.

Juan fue recorriendo algunas de las estancias sanitarias del monasterio. La principal, el segundo claustro del Hospital de San Juan, llamado claustro de las unciones y sudores, con algunas arcadas mudéjares y elementos góticos, que lo ennoblecen; la Sala de operaciones, llamada tradicionalmente Sala de autopsias y varias casas destinadas al hortelano. Juan, residió en el Seminario de los Colegiales, que había sido construido por fray Fernando Yáñez, entre otras fábricas que hizo en este Hospital, levantó las enfermerías, y capilla de San Juan Bautista, a quien está consagrado este suntuoso edificio. Tiene una gran portada con una reja de hierro, y un gran atrio, en donde aguardan los pobres para entrar al refectorio; y sobre mano derecha está labrada de piedra en la pared, que hace testero a todo el atrio, una imagen de perfecta estatura de Christo crucificado, para que pongan en él los ojos, y den gracias por la limosna los pobres. Después, Juan paseó por un anchuroso claustro, y otras salas, algunas reservadas para las enfermedades contagiosas. Pero, en esos aposentos no le dejaron pasar a Juan. En este Hospital acudía todo género de gentes, sin distinción de personas, excepto los incurables, si sus enfermedades eran largas; pues en las plazas que ocupan estos, pueden remediarse muchos, y dejar así lugar a los peregrinos, para cuyo beneficio se fundó principalmente tan piadosa obra.

Junto a la enfermería había un anchuroso y muy alegre claustro, capaz de celebrar juegos en él para el divertimento de los monarcas, cuando visitan el palacio y residen varios días en él. Allí, los frailes les organizan diversas fiestas y regocijos, pero siempre mesurados y comedidos. Incluso, cuando estuvo Felipe II el 18 de enero de 1570, cuando iba camino de Córdoba y acompañado por sus sobrinos hijos de su hermana, se le libraron toros; corrieron cañas y se les hizo otras fiestas y regocijos dignos de tales monarcas, porque en aquella población había buenos hombres de a caballo y muy buenos caballos. En las cuatro esquinas de esta hermosa fábrica, hay cuatro abundantes fuentes, la una que sirve a la huerta de la enfermería, otra para la botica y sus menesteres; otra para el refectorio

y cocina de los enfermos, y la cuarta para la limpieza de los vasos comunes y necesarios de enfermos y convalecientes.

El Hospital estaba muy bien proveído de todo lo necesario, y abundantísimamente de ropa blanca, aunque es mucha la que se consume en los dos meses que duran las Unciones, y contaban con ochenta camas. Había un *médico principal*, un pasante de Medicina, primero; y segundo cirujano, y seis aprendices de cirugía.

Así transcurrieron las primeras jornadas en el monasterio. A medida que pasaban los días, fue adquiriendo múltiples y provechosos conocimientos, resuelto a abrirse camino a través de todas las dificultades. Sus esfuerzos obtuvieron el resultado apetecido, agudizando sus facultades. Se fue adaptando con rapidez a los usos y costumbres del mismo. La dieta del monasterio se componía de pan de trigo, arroz, judías. Los platos eran de madera o de barro. Los frailes contaban con una gran cocina cuadrangular de hierro con planchas de cobre por encima, dispuesta para recibir las ollas o marmitas. Poseían muchas riquezas y gozaban de pingües rentas, de las que producen los ganados: ovejas, vacas y caballería; aceite, vino, granos, etc. Una economía basada en el ganado vacuno y la cerealicultura. Aún así, guardan los frailes estrecha observancia. Juan observó que eran muy ordenados hasta en los más mínimos destalles. Hay frailes que se dedicaban a pintar, pendolistas, orfebres e iluminadores.

En Guadalupe recibió las primeras impresiones artísticas. Allí tuvo idea del poder revelador de la arquitectura, allí oyó la primera música y admiró las obras pictóricas, brillando ante su vista portentos de lujo, el fulgor de millares de luces y conoció un mundo diferente del que le rodeaba en su pueblo natal. Y aunque cambió de domicilio y de atmósfera intelectual, no cambió de naturaleza. La hermosa capilla mayor de la iglesia con lo sepulcros de la reina María de Aragón, primera esposa de Juan II, y de su hijo Enrique IV, hermano de Isabel la Católica, cuyos cuerpos momificados descansan allí. Y, una verdadera joya histórica y artística que ennoblece esa capilla

mayor, el escritorio de Felipe II, realizado en roma en 1561 por Juan Giamín. La otra cara de la moneda eran los numerosos peregrinos y menesterosos que diariamente se congregaban en la puerta principal a pedir limosna. Las privaciones y las dificultades encendieron el alma de Juan de los más ardientes deseos y la caridad ante los necesitados. Se juntaban todos los días cientos de mujeres, niños y hombres, ancianos e impedidos. Cuando los frailes les obsequiaban con viandas (trigo, pan, carne, aceite) y ropas, regresaban contentos y alegres. A veces se apuran, no tan solamente los cestos, sino también la paciencia: si bien la caridad nunca tuvo mengua.

A partir de los primeros meses de estancia de Juan en el monasterio, todo fue mucho más sencillo y fácil. Juan estudió en esta escuela de medicina, que fue la primera de España, donde comenzó sus estudios a la edad de trece años bajo la tutela de los frailes que tenían cuidado especial en la educación religiosa. Juan era profundamente religioso y parte de su alegría tenía su origen en la paz interior que comenzó a disfrutar en el monasterio. Los monjes jerónimos tenían entre sus obligaciones atender a los romeros y a los enfermos. Allí recibió las sabias enseñanzas de médicos acreditados como Pedro Cachapero de Arévalo y que después de ejercer la medicina en el monasterio durante treinta y seis años, se marchó a Sevilla como cirujano y familiar del Santo Oficio.

Años atrás, en 1518, los frailes habían construido una enfermería y contaban con un hospital dividido en secciones. Cuando llegó Juan a Guadalupe, una parte estaba dedicada para hombres, otra para mujeres y el exclusivo a los frailes. Los hospitales son en Guadalupe tan antiguos como su monasterio. Junto a la primera ermita y después junto al templo, hubo siempre varios hospitales para poder atender a los enfermos pobres que acudían en peregrinación. Allí destacó el preclaro Juan Sorapán, fue uno de los que tuvieron mayores éxitos en analizar las fuentes medicinales.

Juan, junto a sus compañeros colegiales, visitaban todos los días la botica, que se encontraba en el lado norte del claus-

tro gótico, conocido también como “claustro de la botica”. En la esquina del claustro había un leoncillo de bronce arrojando por boca ya ojos abundantes chorros de agua en un pilar de cantería ochavado, para el servicio de la botica. Esta pieza le impresionó a Juan, por su vistosidad y por su dilatación, claridad y aseo grande con que estaba dispuesta en debido orden todas sus cosas. La botica tenía dos salas principales. La primera servía a las medicinas galénicas, y la segunda, que no es tan grande, pero no menos hermosa, guardaba lo más precioso de piedras, sales, espíritus y otras mil diferencias de drogas que pertenecen a la Espagórica. Se cuidaba mucho de su limpieza, y para este fin tenía un aparador de plata, quitando en cuanto es posible a los enfermos el fastidio que causan las medicinas. Tenía un hermoso huerto, con abundancia de agua, en que hay árboles y plantas exquisitas de las que se hallan en raras partes, y sirven para algunos medicamentos.

A Juan y a otros colegiales les gustaba adentrarse en el huerto. Estaba murado con cantos de piedra. Los frailes les enseñaban los vericuetos del huerto, donde crecían árboles como la higuera, el naranjo y el peral, con una lozanía exuberante, regados con el agua de un manantial que pasaba por allí. También había limoneros, que completaban el típico policultivo arborescente del monasterio.

La botica estaba dotada de buen instrumental, allí trabajaban monjes y seglares, bajo la dirección del padre boticario, en la preparación de medicinas y otros remedios con plantas y productos del entorno, especialmente de la huerta del Almíjar, próxima a la botica, que estaba dotada con el mejor instrumental de la época, ungüentos, pomadas, donde trabajaban monjes y seglares preparando medicinas con plantas de la región y otros productos. Allí comenzó Juan a interesarse por la medicina natural, comenzó a estudiar los beneficios de las plantas en los seres humanos; su importancia ecológica y cómo las plantas nos proporcionan alimentos, medicinas y fibras. Además, brindan cobijo a multitud de otros seres vivos, producen el oxígeno que respiramos, mantienen el suelo,

regulan la humedad y contribuyen a la estabilidad del clima. Día a día, el doctor Bustamante de Paz les explicaba que *“Toda cadena alimenticia comienza con las plantas que son las que han tomado la energía del sol, el aire y el agua para convertirlos en su propio alimento”*.

En la Escuela de Medicina se impartían por los médicos de los hospitales las enseñanzas y se hacían prácticas importantes. Médicos prestigiosos como Francisco Hernández, director de la primera expedición científica que se realizó en el mundo, fue médico en el hospital guadalupense, fallecería en 1587. En la memoria de los buenos frailes aún recuerdan a los doctores Moreno, Ceballos, Águila o Robledo. Precisamente, el doctor Diego de Ceballos, médico de reconocida solvencia, ostentó el honroso título de médico del Protomedicato de Carlos V y, el Dr. Moreno, protomédico de Felipe II. También habían adquirido experiencia en Guadalupe el médico catalán Francisco Micó y el extremeño Francisco Arceo, natural de Fregenal de la Sierra, posiblemente el médico más sobresaliente de Guadalupe, autor de una importantísima obra de Medicina intitulada: *De recta curandorum vulnerum ratione et aliis ejus artis praeceptis*, lib.II. *Francisco Arceo, fraxinalensi, doctore médico et chirurgico auctore. Ejusdem de Febrium curandorum ratione*, publicada en el año 1658.

Los pontífices, a petición de los reyes, concedieron facultad a los frailes para enseñar y practicar medicina, a pesar de no haber estado ordenados *in sacris*. Juan comenzó por aprender a reacomodar huesos rotos, taponar heridas e incluso hacer sangrías. Estos primeros meses de Juan en la escuela dejaron una marca indeleble en el futuro del joven médico. Un violento temporal días atrás había arrancado árboles y había dañado parte de la estructura del tejado del monasterio. Aquel año de 1586 fueron trágicas las noticias que llegaban al monasterio de los colonizadores y conquistadores extremeños que vivían en la ciudad española de Santo Domingo. Los monjes recibían misivas de los monjes que asistían a las 500 familias que vivían allí. Se había producido la invasión de la isla por

parte de los ingleses, dirigidos por el pirata Francis Drake, que invadieron la ciudad española de las Indias el día 11 de enero y la saquearon durante un mes e incendiaron los barcos españoles que estaban en el puerto. Estos se marcharon en el mes de febrero una vez que España pagó 25.000 ducados.

El 8 de diciembre de 1585 había sido elegido prior guadalupense fray Diego de Talavera, tras renunciar al cargo fray Bartolomé de Ribera. El nuevo prior se vanagloriaba de los hechos acontecidos años atrás en el monasterio, sobre todo la relación que mantuvo el Almirante Colón con la Virgen de Guadalupe y cómo a su regreso de su primer viaje allá por 1493, estando frente a las Islas Azores, se levantó furiosa tormenta que amenazaba destruir su flota y concluir la odisea del descubrimiento. Tras invocar la tripulación a la Virgen de Guadalupe, continuaron el viaje e hicieron voto de visitar en romería el santuario. Colón se convirtió en romero de Guadalupe, favorecido por la suerte en cumplimiento de su promesa en nombre de todos sus marinos y tripulantes. En 1496 fueron bautizados en Guadalupe, con asistencia de Colón, dos de los indios que trajo consigo de las Indias, imponiéndole a uno de ellos el nombre del Almirante. En 1500 fueron varios los marinos que acudieron a Guadalupe y que también se habían salvado de aquella terrible tormenta.

De esta manera, la Virgen correspondía a la fe y devoción que le profesaban las gentes. El mejor testimonio eran los innumerables milagros y hechos prodigiosos ocurridos en el santuario y que el padre prior pregonaba desde el púlpito del templo.

Mientras tanto, Juan continuaba su vida en el cenobio. Si bien guardando la más absoluta reserva que le hacía vivir concentrado en sus pensamientos. Sus cualidades intelectuales le había servido para acrecentar su sencilla humildad y sus deseos de servicio. A Juan le gustaba visitar el pabellón destinado a botica y enfermería, situada frente al refectorio de convalecientes, teniendo que pasar junto a un patio interior que estaba pavimentado con losas de granito y en el centro había una espaciosa cisterna.

Cuando había enfermos, que raro era el día que no los había, el médico tocaba una campana por la mañana, a la hora de prima, y por la tarde a las dos, a cuya señal se juntaban los boticarios, enfermeros, cirujanos, sangradores y otros ministros que asistían con el médico a las visitas y ejecutaban a su hora cada cual lo que le tocaba: providencia grande y que se pude dudar que en parte alguna tengan los enfermos semejante consuelo. También asiste el médico segundo pasante de medicina y que ordinariamente hay, y para que no falte le hace la comunidad la costa, dándole casa y ropa limpia, obra de caridad y digna de memoria. Todos los ministros que asisten a la ejecución de las medicinas, así del convento como de los hospitales tienen cuantiosos salarios y honradas raciones, en atención de la puntualidad que han de tener en el cumplimiento de sus obligaciones.

Pasaron los meses de la estancia de Juan en el monasterio. Las escarchas del invierno habían pasado y se templaban los helados vientos con el suave aliento de abril. Asomaban los primeros brotes de flor. A Guadalupe acudían muchos de aquellos marineros que habían estado en Iberoamérica. Juan les escuchaba, podía aprender muchas cosas. Algunos comentaban la angustia que les provocaba cuando el barco se levantaba y caía entre las olas; otros, los días de tormenta, sombríos, pesados, que abocaba a un destino trágico. Muchos de ellos traían cadenas de hierro de su cautiverio en tierras de moros y venían a ofrecerlas a la santa Casa, diciendo que salieron del cautiverio que tenían, porque se encomendaron a Santa María de Guadalupe.

Bastaba recorrer las estancias de la hospedería o entrar en la iglesia adonde acudían diariamente muchos peregrinos para oír contar historias fantásticas del Nuevo Mundo. Una tarde ocurrió un suceso inusitado que le causó a Juan una gran sensación. Corría el mes mayo de 1587, mediada la mañana fray Diego de Talavera reunió a todos los colegiales y a algún monje para relatarles la misiva que había recibido de fray Diego de Losal, fraile guadalupano que se había marchado a Perú a primeros de año para intentar establecer allí el culto

a la Virgen de Guadalupe. Había viajado en compañía de fray Diego de Ocaña, que junto con otras órdenes religiosas o el clero secular habían instituido capillas y ermitas dedicadas a la guadalupana con esculturas o pinturas que habían conseguido con la recaudación de ciertas limosnas. Ocaña era un excelente dibujante, muestras de ello fueron los dibujos que decoraban ciertos manuscritos en los que representaba a la Virgen, a los indígenas y al gobernador don Alonso de Sotomayor, que le acogió y protegió durante su estancia en Perú. Ocaña también decoró los muros de algunas ermitas en Cuzco y en Ica.

Pero, aquel día los frailes de Guadalupe estaban muy contentos, fray Diego de Talavera, prior del monasterio, había recibido junto con la misiva de los frailes 20.000 ducados de limosnas que pertenecían al monasterio de Guadalupe y que nunca habían sido remitidos a España y que Ocaña había recuperado en Potosí. Los ducados fueron solicitados al Virrey, siendo el presidente de la Audiencia de Charcas que llegó a Potosí, don Alonso Maldonado de Torres, quien hizo todo lo posible para que se recuperara y enviara dicha cantidad. En agradecimiento, Ocaña realiza un lienzo que le regala, ya que don Alonso era muy devoto de la Virgen de Guadalupe.

A fray Diego de Talavera le costaba hablar, anhelante como estaba su pecho por el estado de nerviosismo en el que se encontraba. Con voz temblorosa de sentimiento exclamó con las manos juntas sobre el pecho:

—"Dios te salve, Ave María".

Frente a frente, los colegiales no comprendían la alegría que suponía para los frailes recibir esa cantidad de ducados para el monasterio. Se miraban unos a otros interrogativamente, presos de la incertidumbre, sin comentar el acontecimiento. Juan estuvo unos minutos callado, meditando. Más tarde se daría cuenta de que esa cantidad de monedas de oro tan apreciada por los frailes iban a paliar muchas de las necesidades que tenía el monasterio.

A veces, algunos colegiales visitaban el Hospital de la Pasión, que se encontraba en el barrio alto de la villa guadalu-

pense. Había sido construido durante el priorato de fray Pedro de Vidania (1498—1501). Allí recibían algunas lecciones de los médicos los colegiales. Estaba situado en la plazuela de la Pasión y tenía trece camas, el médico tenía que visitar a los enfermos dos veces al día, la mayoría de ellos con enfermedades venéreas. Los cofrades de la Pasión asistían a las necesidades de este hospital.

Cuando se dirigían al hospital los colegiales con el doctor Vicente Yerto, iban conociendo la Puebla. Este bello rincón extremeño con sus casitas blancas y balcones de madera, donde se fabricaban morteruelos, panderos, badiles o cencerros; importante lugar de devoción mariana, tal y como escribió Miguel de Cervantes en su novela *Los trabajos de Persiles y Segismunda*: “*Virgen de Guadalupe, libertad de los cautivos, lima de sus hierros, y alivio de sus prisiones*”.

Pasaron los días. A Juan no le gustaba entrar en la iglesia del monasterio por la noche, especialmente en el silencio de la noche, a causa de las muchas lámparas que estaban encendidas y porque eran muchos los peregrinos que dormían echados en las piedras del enlosado. Se arrodilló y rezó, aunque las palabras le salían mecánicamente, sin darse cuenta de que las decía. A su alrededor, le impresionó ver como los liberados agradecidos procedentes de cautiverios habían dejado colgados de sus paredes los hierros. Eran tan numerosos los grillos y cadenas que colgaban como exvotos de los muros del templo que debían en ocasiones fundirse en los martinets del monasterio. Juan sintió un dolor agudo dentro del pecho, que hasta el silencio se le cortó. Uno de estos muchos peregrinos devotos fue Miguel de Cervantes, el más grande de nuestros literatos, que siguiendo el camino romero que procedía de Portugal, dejó muestras de su paso por aquí en 1580 en su obra póstuma *Los trabajos de Persiles y Segismunda* y en la *Comedia de la Soberana Virgen de Guadalupe y sus milagros y grandezas de España*. En el templo guadalupense dejó los grillos de su cautiverio en Argel, de donde fue liberado por las ayudas y limosnas conseguidas por los Padres Mercedarios. Más allá

de toda consideración sobre la defensa de la fe, el rescate de los cautivos era un negocio que tenía sus leyes, una de ellas consistía en que, al margen de casos excepcionales, ninguna autoridad, ni civil ni religiosa, montaría una expedición para rescatar tan sólo a uno o dos cautivos. Cuantos más fuesen, la recaudación sería mayor. Además, el monasterio acogía con indecible caridad a un considerable número de pobres peregrinos que diariamente acudían, dándoles por espacio de tres días comida y hospedaje, y además dinero y un par de zapatos cuando se marchaban, todo ello gratis y con gran generosidad.

Una mañana del mes de septiembre de 1587, Juan se encontraba rezando y meditando en el templo, de pronto, rompiendo el silencio, llegaron a sus oídos unas notas musicales que elevaron su espíritu. Los acordes provenían del coro. Juan se giró y alzó la vista. Los sonidos de la música se confundían con las maravillosas bóvedas de crucería y los grandes ventanales con bellas lacerías.

Presto, subió al coro, dejándose llevar por los acordes, que con tanta claridad penetraban en sus oídos. Al traspasar una puerta y una estancia reducida, observó una escalera de caracol, de madera y hierro, miró hacia arriba y en un extremo comenzó a vislumbrar alguna claridad. Juan subió aquella escalera, y, a su remate, se encontró en otra estancia que permitía el acceso al coro. La escena que apareció ante sus ojos lo maravilló de tal manera, que se detuvo un momento, sin atreverse a pasar adelante. Parecía que se encontraba en la antesala del cielo. Nada más entrar, fijó la mirada hacia un fraile que estaba ensimismado tocando las teclas de un gran órgano, se trataba de fray Melchor de Montemayor, maestro de capilla, un individuo mayor que mostraba la tonsura o coronilla rapada y una larga barba entreverada de blancas canas, enjuto y huesudo. Juan se pasó media hora sin poder avenirse a hablar porque el fraile no dejaba de golpear las teclas con extrema habilidad.

Aquellas notas musicales originaban un arte elaborado por un fraile que ayudaba al creyente en la oración y el recogimiento. El incienso que ardía en un pebetero suspendía por

algunos instantes a Juan en el deseo de reclinar la cabeza para recibir un plácido desmayo en las melodías de aquel órgano, envuelto en una atmósfera seráfica. Con el transcurrir de los siglos aquellas composiciones nos situaron en el umbral del Arte con la subjetividad de su inspiración y la magnitud formal que alcanzó la música en Guadalupe. Su esencia radica en el fluir natural de unas melodías y unas composiciones que los frailes convirtieron en eternas.

Al rato, Juan se sentó en una banqueta a su lado y tras permanecer varias horas allí entablaron una gran amistad. El buen fraile, mostró una tranquilidad melancólica y dulce.

—Los sonidos que salen de este órgano son música de esperanza en los oídos de muchos peregrinos y moribundos que llegan hasta el monasterio.

La oratoria de aquel fraile era genial y espontánea. Le relató a Juan que procedía de un convento situado en La Vera, donde había fallecido el emperador Carlos I en 1558. Habían pasado ya veintisiete años.

Juan permanecía silencioso y como yerto.

—A un hombre que había consolidado un Imperio le derrotó la gota, una enfermedad que contrajo por su insaciable apetito y que le destrozó las articulaciones. Recuerdo que una de las cosas que más le entretenían era observar el retrato de la emperatriz Isabel de Portugal, pintado por Tiziano Vecellio di Gregorio y unas figuras móviles colocadas encima de la mesa, hechas por un inventor italiano, un tal Juanelo Turriano que procedía de Crémone, y que precisamente ha fallecido recientemente.

Juan se encontraba abstraído. El fraile esperaba una contestación de aquel mozalbete. Al no recibirla, continuó hablando.

—Hay sentimientos que tú aún no has experimentado. No creas que la vida fluirá tan mansamente como hasta ahora. Yo veo en ti buenas aptitudes y el talento es materia de dogma. Vendrá un día en el que madurarás y los remolinos de la corriente de la vida te arrastrarán y golpearán con fuerza. Acuérdate siempre de tu paso por este sencillo monasterio y de las enseñanzas que recibas en él.

Aquel fraile le contó a Juan los pormenores del monasterio en el que había vivido. Un lugar que desde su fundación creció rápidamente y adquirió suma importancia en el orbe cristiano por la grandiosidad de su fábrica y ya riqueza de la Comunidad entre los monarcas que decidieron protegerlo, Juan II, Enrique IV y los mismos Reyes Católicos. Los Condes de Oropesa que se sucedieron en estos reinados siguieron la tradición de Garci—Álvarez de Toledo consagrando al mismo fin gran parte de su patrimonio. A mediados del siglo XVI los Condes de Oropesa habían costado gran parte del monasterio, terminando las obras en el año 1554.

Durante un rato Juan permaneció silencioso. Le escuchó con serenidad, como si fuera lo más corriente del mundo que un fraile le contase cosas a un joven que no conocía. Juan le miró con expresión cariñosa al fraile y se retiró. Se marchó a su habitación pensando en todo cuanto le había dicho fray Melchor, sus palabras le sobrecogieron, demostrando que, a pesar de su edad, era una persona muy abierta de espíritu. Pero, no llegó a comprender el alcance de las palabras del fraile, cómo un hombre que había sido el dueño del Imperio más grande conocido, había ido a morir a un monasterio recóndito. El fraile le quiso dar a entender que aunque en la vida seamos grandes personajes y dominemos el mundo, al final todos los seres humanos padecemos en vida y morimos en la sencillez. Nada había en la historia de extraordinario, solamente en la emoción que experimentaba aquel fraile cuando se refirió al monasterio y al emperador.

Aquella velada en el coro con el padre Melchor le resultó muy gratificante. Desde aquel día, Juan se pasaba las tardes enteras en el coro del monasterio con el músico y maestro, con el que entabló una buena amistad. Habían congeniado divinamente. En los días que siguieron, pasaban más tiempo juntos. Siempre reservaba para Juan una sonrisa y una palabra amable. Le acogía en el coro con una cordialidad que le llevaba a pensar que realmente Juan poseía la facultad de divertirle y que aquellas conversaciones durante las veladas debían de

agradarle tanto o más que al joven. Fray Melchor, conocido como “el maestro Cabello”, conseguía impresionar al joven Juan con los relatos del monasterio.

Había algo en la voz y actitud del padre jerónimo que le inspiraba a Juan una especie de respeto y que parecía incompatible con la alta inteligencia que demostraba su noble rostro. Juan se quedaba inmóvil observando cómo el fraile disfrutaba con la suma atención del discípulo, que le trataba con dulzura y bondad y mostraba una piedad intensa. El coro del monasterio era uno de los mejores lugares en los que se sentía bien Juan Sorapán. Evitaba pasar por un pasillo que estaba por detrás de la cabecera de la iglesia del monasterio donde estaba el sepulcro de don Juan Serrano, último prior secular del monasterio. El sepulcro está realizado en alabastro, el obispo se encuentra echado en una cama de poca altura, apoyada sobre leones. Pero lo que más le impresionaba al joven era el rostro masacrado del difunto, tenía tan credibilidad que a Juan le aterraba.

Juan aprovechaba su tiempo libre para subir al coro. Ponía el alma entera en las composiciones que interpretaba el fraile en uno de los seis instrumentos de órgano con los que contaba el monasterio. Los dedos del fraile recorrían hábilmente las diversas notas en una gran demostración de agilidad, poniendo en la ejecución entusiasmo y conocimiento, abstraído en las páginas musicales que iba ejecutando. Consiguiendo que Juan se evadiera de la realidad. Hacía girar la banqueta, se volvía, y quedaba frente a frente observando una imagen de la Virgen con el Niño que desprendía destellos, era una talla gótica que había sido colocada en 1499, atribuida a Guillemín Digante.

Fray Melchor se olvidaba de todo lo que le rodeaba y vivía pendiente de la música que sus dedos arrancaban al teclado. Un buen humor le animaba continuamente. Le invitó a Juan a que se fijase en un curioso mueble de madera tallada, con terminación triangular, se trataba de un espléndido tenebrario.

Juan le preguntó:

—¿Para qué se utiliza?

—Advierto que eres muy observador— apuntilló fray Melchor.

—Sí, la curiosidad es algo que siempre he cultivado.

—Es un candelabro con quince velas, dispuestas escalonadamente, que se van apagando progresivamente durante el Oficio de tinieblas. Es una excelente obra del ajuar litúrgico. Ya verás su uso en Semana Santa—, le contestó fray Melchor, deteniéndose en su explicación y girándose hacia los teclados del órgano para terminar de tocar una composición de Antonio de Cabezón. Mientras que Juan se quedó perplejo observando la pieza escultórica gótica que ornamentaba el candelabro. Un paisaje urbano de Jerusalén al fondo, donde se agolpaban escenas de la Pasión de Cristo, como la de Jesús con la cruz a cuesta en una de sus caídas y la Madre dolorosa, la Magdalena que porta un tarro de perfumes y la Verónica acompañándole.

—¿Ha estado alguna vez en Jerusalén?— preguntó Juan muy intrigado.

—No, lamento decirte que no he estado nunca, pero como buen cristiano no quiero irme de este mundo sin visitarlo y conocerlo. A todos los peregrinos que han viajado a Tierra Santa les ha marcado en vida para siempre.

—Yo también he oído hablar muy bien de aquella tierra donde se desarrollaron los hechos históricos del plan divino— añadió Juan.

—Efectivamente, ten en cuenta joven amigo que, como bien dices, en aquellos los lugares en los cuales se desarrollaron escenas bíblicas no solamente nos estamos refiriendo a Palestina —donde está Jerusalén—, sino a Israel, Egipto, Siria y otros muchos territorios que en menor medida podrían ser considerados bíblicos. Algunos peregrinos nos han traído al monasterio algunas reliquias de allí. La piedad y la fe ha movido desde hace años a viajeros que, desde España e Italia, han emprendido un viaje para conocer los lugares sagrados del cristianismo. Lástima que en algunas ocasiones el lucrativo negocio de las reliquias, también ha motivado la peregrinación para venderlas a altísimos precios a su vuelta a

Europa. Hace unos setenta años que Jerusalén pasó a formar parte del Imperio Otomano junto con el resto de Palestina. La ciudad desde entonces ha disfrutado de un próspero período de renovación y paz bajo el mandato de Solimán el Magnífico. En 1538 fue construida la muralla que hoy rodea la Ciudad Vieja, tiene una gran longitud.

—Ya seguiremos conversando sobre el singular peregrinaje, ahora tengo que marcharme—, le respondió Juan con la mayor admiración y respeto.

Juan, no pudo por menos de pensar en las riquezas que guardaba el monasterio. Aquellas palabras le hicieron recapacitar. Lo cierto es que no había intentado ocultar la curiosidad y el interés que despertaba en él todo lo que veía a su alcance. Juan se levantó de la banqueta y enlazó ambas manos en la espalda, después empezó a dar vueltas en círculo en el espacio que formaba el coro. A veces, abría como podía los pesados libros corales para deleitarse con las viñetas que con un trabajo delicado y hermoso habían ido produciendo los expertos iluminadores del propio monasterio, con sobresaliente calidad. Hay cosas que quedan especialmente grabadas. Juan nunca olvidaría las explicaciones y los consejos que, día a día, recibía del buen fraile.

Cuando llegaban al coro los escolares de la capilla musical, Juan se retiraba, le encantaba pasar horas y horas con el maestro de capilla pero la música no estaba presente entre sus intereses, hasta cierto día en el que llegó la fiesta de Navidad, habían transcurrido dos años desde la llegada de Juan al monasterio. Antes del oficio divino ayudaba al padre Ángel en la portería a entregar una ración de pan y carne de asiento a las viudas pobres que se acercaban al monasterio y a las doncellas huérfanas se las entregaba un aguinaldo a modo de dote para tomar estado y zapatos a los romeros. Ni qué decir tiene que aquel día se sintió más enfervorizado que nunca, en el momento de recibir la Sagrada Comunión, se le estremeció el corazón al escuchar al coro de infantes, a esos que nunca había querido escuchar en el coro, entonando el “Ave María”,

con voces lanzadas a todos los ámbitos de la iglesia por aquellas privilegiadas gargantas, con la potencia riquísima de unas voces prodigiosas, en las que había sentimiento y armonía. Vibrante de emoción, comenzó a frecuentar el coro ya en compañía de aquellos angelicales jóvenes. Los alumnos residían en el colegio de infantes donde estudió canto y gramática al servicio de la liturgia solemne en el que se educaban, en régimen de riguroso internado. Cuando llegó Juan a Guadalupe había veinticinco estudiantes, que permanecían un máximo de tres años en el colegio y ayudaban en determinados cometidos en la portería y en otros servicios religiosos. Completaban el conjunto musical litúrgico varios cantores contratados por el monasterio que reforzaron con sus voces la capilla musical.

Desde aquel día, Juan dejó su ansiada soledad. Así se lo comunicó a uno de aquellos colegiales, con vibrante emoción, se llamaba Diego López, era natural de Plasencia.

—Hoy me siento más optimista que de ordinario. Tengo el espíritu alegre.

—¿A qué viene esa aptitud?—, le preguntó Diego.

—Hoy he hecho la mejor comunión de mi vida—, contestó Juan.

—¡Oh, pero eso es estupendo!—, exclamó Diego.

Esa misma tarde, Diego Martín llevó la noticia por todo el monasterio. Aquel mozalbete de Logrosán había comenzado a integrarse de manera definitiva entre sus compañeros. Juan no perdió el contacto con Diego y con otros compañeros. Salían juntos diariamente a la plaza que estaba frente a la fachada principal del monasterio. Juan siempre recordará aquel día de enero que nevó copiosamente. Estaba todo blanco, los dos claustros, los tejados, y hasta los frisos de molduras de ladrillos de los tejados de las torres. En la plaza los jóvenes se lanzaban bolas de nieve. Juan disfrutaba de su estancia en el monasterio y de las enseñanzas que estaba adquiriendo.

Estuvo presente en la milagrosa curación de un sordomudo llamado Diego del Castillo. Este peregrino era mudo de nacimiento. Llegó a la Puebla una mediodía del mes de marzo de

1588, era un hombre viejo y venerable natural de la ciudad de Córdoba. Según contó procedía de Roma y de Santiago y otras partes. Juan se percató de la llegada de este hombre junto con otro procedente de la ciudad de Burgos que se habían juntado para hacer el camino desde la Peña de Francia y visitar esta santa casa de Guadalupe en la vigilia de Navidad. Al entrar en el templo, se puso de rodillas y alzó las manos al cielo. Tenía los brazos desmesuradamente largos y los cabellos caídos sobre los ojos. Estuvo media hora orando sin moverse. Unos monjes le ayudaron a levantarse y observaron que tenía el rostro desfigurado, temblando, le sentaron en un banco. Aquel hombre comenzó a hablar. Su compañero de viaje juró a los monjes que durante todo el viaje había estado mudo. Este hecho milagroso y otros muchos más forman un compendio de leyendas que aún circulan por las calles, plazas y rincones de la Puebla de Guadalupe.

Juan acompañaba frecuentemente al padre Juan de Écija en la escuela escuchando sus esmeradas enseñanzas. Se le encontraba a menudo en la biblioteca con la cabeza apoyada sobre sus brazos leyendo libros viejos y cuando la levantaba, un gesto melancólico ensombrecía sus facciones. Era un hombre dedicado al estudio, de buenas inclinaciones y elevados principios.

Una tarde, le contó a Juan que la divina Providencia hizo que un viajero, que inspiraba toda confianza, llegase a Guadalupe entre los años 1486 y 1488, antes de su gran descubrimiento, en una época en la que Oriente y Occidente se disputaban la supremacía, y que, posteriormente, tras su viaje a las Indias, regresó a la Puebla y puso el nombre de «Guadalupe» a la isla que los indios llamaban *Turuqueira* en noviembre de 1493, en su segundo viaje, cumpliendo así la promesa que le hizo a aquellos monjes nuestros. Mientras la Francia se preparaba al desarrollo de las letras, completa base de la unidad española con la unión de las dos coronas de Fernando e Isabel. Nuestra reina que vino por primera vez al monasterio en el año 1464, acompañada por su hermano Enrique IV, para acordar su boda con Alfonso V de Portugal. Isabel, que era mucha Isabel, lo rechazó.

Pero su estancia en Guadalupe le sirvió para enamorarse de la belleza del monasterio, al que denominó “mi paraíso”.

Cuando Colón vino a Guadalupe, en el inmenso camino entre el cielo y la tierra, le acompañaba el hálito inflamado de Dios, que le indicaba el camino hacia una tierra desconocida, situada allende los mares. Los frailes nos han ido relatando, de generación en generación, que era un hombre grande y capaz de increíbles empresas, tenía un temple divino.

Aunque Juan había escuchado con anterioridad maravillas relatadas por el padre Talavera acerca de aquel personaje, el padre Juan de Écija siguió relatándole al joven Sorapán de Rieros que Colón había estado previamente en el convento franciscano de La Rábida y tenía la benevolencia del padre Juan Pérez de Marchena, el Guardián, un hombre de intuición, de estudios y oración. Los frailes de Guadalupe, escucharon a Colón, su pensamiento radiaba como un faro probando a escudriñar los misterios del mar, pasmados de la vivacidad de los grandes pensamientos que el viajero estampaba en la frente de aquellos frailes. Este viajero había regresado de Portugal, donde había sufrido los desprecios de los poderosos, la ignorancia de los doctos, las mezquindades de la avaricia y las supercherías de los rivales. Y, sino, siempre recordaría el aventurero el desprecio en aquella entrevista que tuvo en el convento de dominicos de Salamanca, con la Junta encargada de discutir el pensamiento de aquel hombre que le consideraban “loco” o hereje, por sus oscuras afirmaciones, ya que envolvía la existencia de otros mundos y otros hombres no designados por el Génesis por aquellos eminentes teólogos y profesores de Astronomía, Geografía y Matemáticas.

El aventurero Colón satisfecho de encontrar el cariño de los frailes y la bendición para una empresa que se prometía exitosa, se marchó a Córdoba entrevistarse con los Reyes Católicos. Allí no llegó a convencer a la reina Isabel para que apoyase la expedición. Una reina que ocultaba una energía toda varonil, versada en los negocios del estado de Administración, Justicia y Guerra, vestida de hierro en las guerras; te-

rrible contra los muros; en la batalla misericordiosa, y después de la victoria, vestía muy elegante.

Pero, tuvieron que pasar seis años desde aquella entrevista con los monarcas para que la reina aceptase reunirse de nuevo con Colón, tras la llamada del padre Juan de Marchena, y aprobar su proyecto. En aquel momento se encontraban los reyes en la Vega de Granada, allí tenían establecido su corte. La Media Luna estaba vencida, y el último de los reyes moros, consignaba a Fernando las llaves del palacio de la Alhambra, sobre el cual se iba a realizar el estandarte de la cruz. Colón, en el esplendor del triunfo, en el general regocijo del ejército cristiano, conservaba su semblante sereno, impassible y noble, a sabiendas de que ya contaba con el apoyo de los reyes.

—Pero, yo he escuchado que el descubrimiento se debe a un comerciante llamado Américo Vespucio,— dijo Juan.

—¡Calla, calla! insensato, nada más lejos de la realidad. ¡cuánta ingratitud! Cristóbal Colón es el único que tiene el honor de este privilegio. Su gloria sobrepujará a los tiempos. No solamente abrió la puerta del hemisferio ignoto, descubrió Santo Domingo, Cuba, Haití, Jamaica y Puerto Rico. Llamar América a ese continente en honor de Vespucci es una injusticia, hija de la ignorancia, y que ahora parece ridícula; pero, también fue la Corona la que envió el varón cuyo nombre lleva el Nuevo Mundo,— apostilló Juan de Ecija.

—Aquí, en Guadalupe, firmaron los monarcas las reales cédulas dirigidas a Juan de Peñalosa para armar y equipar las carabelas en el Puerto de Palos.

Nos podemos imaginar la impresión que dejó estas referencias en el espíritu sencillo de Juan. El padre Écija continuó su argumentación.

—Algunos han pretendido atribuir la idea del descubrimiento a Bartolomé Colón, hermano del Almirante, al cual un marinero italiano le había inspirado. Otros consideraron que el mérito se debía a Martín Behem, de Norimberga, quien en un globo pudo observar las nuevas tierras. Pero todos ellos son calumniadores protestantes. El más grande acontecimiento ma-

rítimo se debe a Cristóbal Colón. Fue él y solo él. Colón nos dio el Nuevo Mundo, un cristiano ejemplar y perfecto, intrépido y afortunado, sufrió y creció en vigor y se afirmó de una manera admirable. Un hombre que ha combatido contra los vientos. A la fe del genio de Colón, su tenacidad y gracias a su testarudez pudo llevar a cabo una idea que nos parece naturalísima, pero que entonces todo el mundo consideraba absurda.

—Tú, Juan, reza siempre a la Virgen, que es áncora de salvación. La misma Virgen comunicó a Santa Brígida que como Adán y Eva habían perdido con una manzana el mundo, Ella y su Hijo, con un corazón solo, lo remediaron. La eficacia de la oración de la Virgen, y el cuidado y solicitud con que ella toma remediar nuestra necesidad, no hay techo cristiano que lo dude. Especialmente después que Cristo nuestro Señor, a la hora de su muerte, estando la Cruz, ninguna otra cosa la encomendó sino que fuese nuestra Madre y que nos tomase por hijos. Hombres como Cristóbal Colón son los que nos hacen mercedores de esta tierra. Nosotros podemos haber nacido dondequiera, es un mero accidente, mas para llegar a ser héroes, debemos crecer por medios que no son accidentes, sino por la propia naturaleza y para gloria de la humanidad.

Juan residió en el Monasterio de Guadalupe casi cinco años, entre 1585 y 1590, durante el papado de Sixto V, piadoso y severo, un predicador de fama, esforzado y celoso promotor de la reforma de la vida religiosa de la Iglesia.

Durante estos cinco años fueron pocos los colegiales de Cirugía, mientras que los colegiales de Gramática llegaron a ser más de cuarenta. La mayoría tenían su aposento en el hospital, que estaba frente al monasterio, donde iban a comer y donde eran recibidos algunos queriendo ser religiosos. De allí salían buenos letrados pues este hospital tenía mucha práctica en las curas, allí siempre había heridos y enfermos.

En esa época, el Papa Sixto V fue clave en el desarrollo del proceso inquisitorial, ya que era un hombre curtido en los tribunales de la inquisición, era el indicado para enfrentarse al bandidaje instituido en el que había quedado sumida la península

italiana a la muerte de su predecesor Gregorio XIII. Él fue quien afirmó que *«para la ejecución de sus intentos esperaba la asistencia de Dios, caso de que fallasen los medios humanos»*. Se mostró inflexible en el cumplimiento de las leyes y persiguió a los malhechores que robaban en los campos y ciudades.

Juan conoció en Guadalupe todos los pormenores del tribunal inquisitorial que tenía ya un pasado muy remoto del que se tiene noticias desde 1485, cuando condenaron a la hoguera y a cárcel perpetua a fray Diego de Marchena y a fray Diego de Burgos, respectivamente, y desterró el tribunal a varios monjes.

Existieron en Guadalupe dos tribunales, uno para los monjes y otro para los seglares y personal fuera del monasterio, constituido por el padre prior fray Nuño de Arévalo, el doctor Sánchez de la Fuente y Pedro Sánchez de la Calancha, como inquisidores. El tribunal de los monjes estaba a cargo de los padres Nuño de Arévalo, prior; Gonzalo de toro y Juan de San Esteban, vicario de la Mejorada. Eran nombrados por el capítulo general de los jerónimos y por mandato del prior general de San Bartolomé de Lupiana, fray Rodrigo de Orenes. Juan tuvo acceso a algunos documentos gracias a su mentor, el padre Melchor, aunque le costó reconocer los entresijos de los dictámenes del tribunal, tiempo y trabajo para comprender la expulsión de la orden de los conversos y que no se recibiesen novicios que estuvieran emparentados con los cristianos nuevos hasta la cuarta generación. Para Juan, que contaba con 16 años de edad, aquello la parecía una misteriosa crisis religiosa, algo inexplicable, contrario a sus deseos y buenas intenciones, incontenible en su espíritu. Aquellas acciones que leyó en aquellos legajos desvirtuaban las figuras de aquellos que acusaban a otros monjes de herejes, culpables de alborotar al pueblo, imponiéndoles injustas sanciones por el tribunal, cuando no eran penitenciados y procesados.

Juan no hizo ningún comentario al respecto, y estuvo todo el rato callado. Pensando tal vez que el padre Melchor se podría ofender ante sus pensamientos. Por el contrario, al cabo del tiempo juzgó conveniente añadir:

—Quizá piense que estoy metiéndome en lo que no me importa, pero me parece muy cruel la aptitud de algunos de nuestros monjes.

—No— dijo, baja el tono—. Puedes decir lo que quieras. Todos tenemos derecho a dar nuestro parecer.

—Es bastante triste culpar a inocentes solamente por pensar y actuar de una manera distinta.

—Si es lo que te dicta tu conciencia, estoy de acuerdo contigo. Vamos— murmuró fray Melchor, coloquemos ya estos papeles en la estantería. Advertía claramente que Juan estaba muy conmovido.

Nada más lejos de la realidad, Juan no podía sospechar que años después iba a ejercer como médico del Santo Tribunal de la Inquisición, aunque este honrado varón actuaría con mucha caridad, buen ejemplo y devoción.

Una noche, Juan no podía conciliar el sueño. Reinaba un silencio profundo. Se filtraba una suave luz por debajo de la puerta. Impaciente y angustiado se levantó y al principio estuvo paseando por su cuarto intentando no despertar al resto de colegiales. Se asomó a la puerta, miró por el pasillo, a un lado y a otro. De pronto, aquella atmósfera de serenidad se alteró con la hilera de las luces de varias velas que portaban varios frailes le sobresaltó. Al pasar junto a Juan, su rostro aparecía pálido y consumido. Le agarró la mano a Juan, estaba helada, la mano parecía transparente.

—Ha muerto fray Pedro de Palma.

Juan había oído hablar de aquel fraile, ya muy anciano, que siempre estaba en su aposento. Nunca le había visto por el monasterio. Notó en torno suyo un movimiento inusitado. Varios frailes iban y venían a través de los corredores del monasterio. El bueno de fray Pedro se había pasado toda su vida encerrado en su celda dedicado a decorar libros, con viñetas, orlas y algunas letras capitales.

Al regresar a su habitación ya se habían despertado sus compañeros de cuarto. Todos se asomaron a la ventana. Abajo, los frailes moviéndose de un lado para otro. Los ojos de los co-

legiales se alzaron hacía aquellas alturas cubiertas de rocas y matorrales. Deseaban libertad, necesitaban cambios y nuevos alicientes. Habían visto la muerte muy cercana, la de aquel fraile que reconociendo lo difícil que era conseguir la libertad anhelada, se había marchado con el Altísimo aquella madrugada de 1589. Su obra quedará en los anales de la historia del cenobio.

En el año 1590 Juan Sorapán se marchó a estudiar el grado de bachiller a Salamanca. Juan ya había adquirido un gran aprendizaje en Guadalupe y mucha práctica debido al gran número de heridos y de enfermos de todas las patologías que en sus salas se alojaban.

Le costó mucho despedirse de fray Melchor.

—¿Dónde te vas a hospedar en Salamanca?

—En una casa, bajo la tutela de unos conocidos de mis padres.

—Procura que sea con pensión completa.

—¿Por qué?

—Porque si no vas a pasar un hambre fenomenal.

—Fray Melchor, no lleve las cosas al extremo.

—Pierde cuidado. Ya me contarás y sigue el dicho popular que asegura que la boca habla de aquello que rebosa el corazón.

La última nota que pulsó fray Melchor quedó vibrando en el aire cuando Juan se dispuso a abandonar el coro y bajar las angostas escaleras, hasta que poco a poco se apagó.

Juan se iba a alojar en una casa cercana a la propia Universidad de Salamanca, que se preocupaba de regular minuciosamente un tipo de hospedaje de estudiantes con carácter educativo—paternal, en el que a un bachiller se le confiaba la tutela de un cierto número de estudiantes que viven en su casa, con los cuales realiza funciones de padre y maestro, responsabilizándose de sus estudios, crianza, alimentación, religiosidad, moralidad y costumbres.

La propia Universidad realizaba un estricto control de este tipo de hospedaje, y por ello de todas las esferas de la vida de sus ocupantes. Administrar, regir, corregir y gobernar serán las funciones asignadas al pupilero. Acogían los pupilajes a

muchachos entre quince y veintitrés años, fundamentalmente, la mayoría estaban asesorados por amas viejas y piadosas.

A pesar del optimismo que demostraba Juan ante su partida, no se sentía muy seguro. Tenía que esforzarse en aparentar una tranquilidad que estaba lejos de experimentar. Empezó a hacer cálculos y proyectos. En los años que pasó en Guadalupe, nunca había conocido otro lugar, empezó a comprender que ahora iba a conocer otros destinos. Iba a dejar su tierra natal por una larga temporada. La tarde anterior a su partida se acercó al Humilladero, en el cerro de las Altamiras, que se encontraba media legua a pie, tras subir la empinada cuesta que dista escasas leguas de la Puebla, parada obligatoria para los peregrinos que se acercaban al monasterio. Allí se fijó en varios viajeros que llegaban de rodillas, otros descalzos, otros azotándose, otros pobres con otros enfermos en hombros. Los afligidos lloraban, los tristes suspiraban. Todos caminaban hacia el monasterio.

A Juan siempre le impresionó las formas mudéjares de aquel lugar. Una vez que se quedó solo, absorto en sus recuerdos, escuchó con deleite el sonido de los pájaros, estuvo mirando a varios lados, recorriendo la vista lentamente por los montes lejanos, una perspectiva atractiva que quiso llevársela en sus recuerdos. Al atardecer, bajó a la Puebla, y saboreó la delicia de estar caminando bajo los soportales que le conducían al monasterio. Esa noche no pudo conciliar el sueño.

Los últimos años allí transcurridos estaban llenos de gratos recuerdos. En la vida hay cosas que quedan especialmente grabadas. Juan se acercó a Logrosán a despedirse de su familia. Su padre le había comprado un caballo. En ello pensaba cuando iba montado en el carromato junto a dos buenos frailes que hacía el camino hacia Trujillo y la dicha de estar cerca de los suyos. La vivienda se encontraba en las afueras del pueblo. Su padre le estaba esperando en el camino, a la entrada del pueblo. Le besó en ambas mejillas, y posteriormente, le agarró por ambos brazos y le contempló detenidamente.

—Te han cuidado bien los frailes, un poco más flacucho,— se interesó con el mayor interés.

En el interior de su casa le esperaba el resto de la familia. Cuando llegó, entró con rapidez y se abrazó a su madre.

—¡Madre!— fue lo único que pudo exclamar. Hacía tiempo que no se veían. María González Tenía treinta y cuatro años, de porte distinguido y el cabello negro lo llevaba sujeto por una redecilla y ligeramente levantado. Le recibió de pie, firme, impávida, con los ojos fijos puestos en el rostro de su hijo y el encanto de una sonrisa en aquellos labios finos. Tenía los ojos brillantes, los labios entremecidos por la profunda emoción. Reinó un profundo silencio hasta que se rompió el mutismo un intenso abrazo. La afligida madre estrechó contra el pecho a su hijo. Pasado el primer momento de emoción, esa tarde visitó al resto de la familia, explicándoles las circunstancias que motivaron su presencia en Logrosán.

Se le hacía extraño el contacto familiar, había estado mucho tiempo ausente. Cuando retornó al hogar relató a sus padres algunas anécdotas de aquel período de su vida. Juan expresó a sus tios y primos su intención de marcharse a Salamanca a continuar sus estudios.

—Espero no arrepentirme. El prior del monasterio me ha aconsejado que estoy preparado para estudiar en Salamanca.

Transcurrieron varios días hasta que llegó el momento de la partida sin que aconteciera nada de particular. En día 9 de septiembre de 1590, cuando todo estuvo dispuesto, Juan tomó rumbo a Salamanca. Su familia quedó bastante entristecida. Juan les prometió que volvería a verlos a la mayor brevedad posible.

Al despuntar el día, se puso en camino. Después de varias jornadas a caballo, Juan observó en más de una ocasión el humo de las fogatas de los viajeros que acampaban en el bosque. Prosiguió su camino hacia Plasencia para coger la antigua vía romana que conducía a Salamanca por caminos que se cruzaban graciosamente. Desde la ciudad del Ambroz le quedarían casi veintisiete leguas de su destino y cuatro días más de viaje. La

elevada muralla de granito que rodeaba Plasencia estaba atravesada por una puerta que se abría en el frente occidental. Era de sólida construcción, parecía destinada a resistir cualquier asalto. Juan, harto inverosímil, no comprendía cómo aquellos muros habían podido resistir tantos años. Una torre se estaba edificando, varios canteros estaban cortando y picando bloques de granito. También observó a su paso por las calles algunos mendigos, harapientos, de aspecto repulsivo y una importante presencia tanto de mercaderes como de artesanos. Allí compró algunos arreos para el tronco del caballo. Dio un ligero rodeo y echando pie a tierra del caballo entró en una venta a descansar, dejando el caballo en la cuadra para reponerse.

Volviéndose al instante vio la figura de un hombre que se entraba por una puerta que tenía cerca y que crujió sobre sus goznes, se trataba de Juan Saracha, distinguido caballero de mediana edad del linaje de los Manrique. Juan lo miró perplejo, un joven con tan solo dieciocho años había visto a muchos soldados y nobles cuando vivió en el monasterio, pero a ninguno con aquella prestancia. Saracha tenía el rostro curtido, lleno de arrugas, de largas barbas como la nieve, vestido de tan alta dignidad que hacía gala de un traje elegante como todo lo que atañía a su persona. Con dedos ágiles sacó una daga con empuñadura plateada de su vaina y la clavó en la mesa pidiendo con arrogancia al ventero una botella de vino y comida.

—¡Es un marqués!— murmuraron algunas voces entre los presentes.

Posteriormente, dirigiendo la mirada hacia Juan, le preguntó:

—¿Quién eres? ¿A dónde te diriges?— se interesó Saracha.

Aquella pregunta tan directa le sobrecogió a Juan.

—Un joven en busca de fortuna.

—¡Oh, Dios santo! — exclamó Saracha, soltando una carcajada—, ya veo que no quieres seguir la conversación.

Juan se estremeció al oír aquella risa. No tenía fuerzas físicas para pronunciar ni una palabra, agotado del viaje. No obstante, le contestó:

—Voy camino de Salamanca a continuar mis estudios.

—Ya lo imaginaba— repuso el anciano—. No te dé miedo responderme. Eres un joven educado.

—Yo soy muy viejo. He participado en innumerables batallas. La última a las órdenes de nuestro amado rey Felipe II cerca de Lisboa, librada el 25 de agosto de 1580, bajo el mando de Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba de Tormes, contra las tropas portuguesas. Precisamente, gracias a esa batalla Felipe fue reconocido como rey de Portugal.

—Yo vengo de un pueblecito, cerca del monasterio de Guadalupe, —repuso Juan.

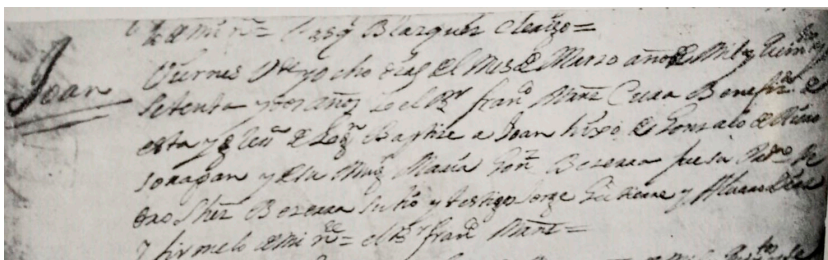
El anciano movió la cabeza y exclamó:

—Ya decía yo que te veía un poco frailón. Aún no has arriesgado la vida contra nuestros enemigos.

Los presentes en la venta se levantaron y comenzaron a hacer corro, disponiéndose a gozar de aquella conversación.

Juan permaneció un instante en silencio, se mordió los labios y abarcó con los perspicaces ojos todos los detalles de los presentes en la venta. Le molestó el tono autoritario de la voz de Saracha. Se levantó sin mediar palabra y sin haber terminado el plato de comida, abriéndose paso entre la gente, con violentos encontrones, se dirigió vivamente hacia la puerta y se marchó. Esas palabras de amargos reproches habían causado cierta impresión en Juan.

Fustigó el caballo que también parecía deseoso de alejarse de aquel lugar y al galope cabalgó a través de senderos que se extendían por tierras castellanas hacia Salamanca. En el trayecto se encontró con varios pozos en el Prado Peto, en el Puerto de Béjar, donde se almacenaba la nieve. Era una época en la que se había generado el consumo de la nieve y el hielo natural para uso cotidiano. Depósitos subterráneos, generalmente de planta circular, con las paredes forradas de piedra y cuyo objetivo era el aislamiento térmico necesario para conservar la nieve y el hielo natural.



Partida de bautismo de Juan Sorapán,
iglesia parroquial de Logrosán



Casa en la que nació Sorapán de Rieros en Logrosán



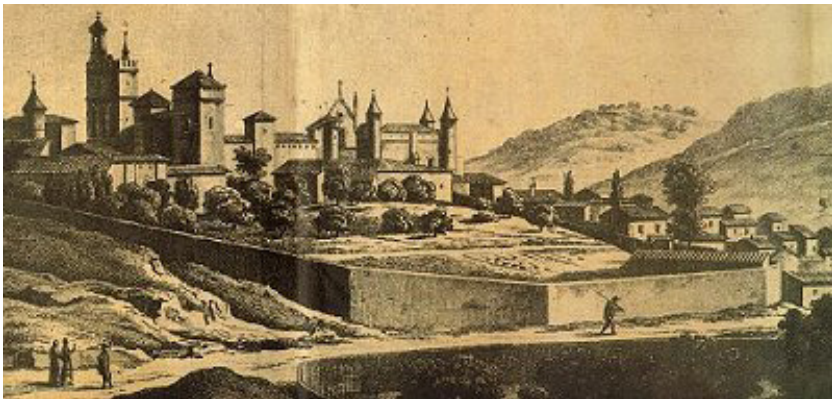
Detalle de la inscripción en el dintel



Cilla del monasterio de Guadalupe en Trujillo



Detalle del dintel, Virgen de Guadalupe



Grabado del Monasterio de Guadalupe, siglo XVI

II

Los estudios en Salamanca, 1590—1597

Juan recorrió cincuenta y siete leguas. Llegó a Salamanca el día 18 de septiembre de 1590 después de un largo viaje. Las ventiscas de finales de septiembre, muy violentas, dieron paso a una tregua en forma de bancos de niebla que le impedía a Juan la visión de la ciudad según iba cruzando el puente romano sobre el río Tormes, uno de los más peligrosos de la Península Ibérica, debido a sus grandes riadas. La ciudad se presentó ante sus ojos como un espejismo. El viento poderoso y libre de la inmensidad le envolvía como en un manto de frío.

Juan entró en la ciudad, y sus primeras impresiones calmaron los temores que había concebido por el camino. Una ciudad populosa que contaba con más de veinte mil habitantes, enriquecida por la riqueza aportada por el comercio de la lana, así como el poder de la nobleza gracias a sus latifundios. Es difícil imaginar el bullicio de las calles en las postrimerías del siglo XVI, la multitud ociosa, desigual y libertina, el vocerío de los comerciantes y artesanos que invadían las callejuelas que formaban una espiral en torno a la catedral y a los recios edificios medievales, sombreados por las nuevas construcciones renacentistas que se abrían paso en torno a las casonas egregias de las que entraban y salían personajes estafalarios de aspecto arrogante. De Salamanca salieron los hombres que ayudaron a

Alfonso X en la recopilación de las *Partidas* y las *Tablas Alfonsíes*. En las cátedras que Juan pisaría, se enseñaba árabe, griego, latín y hebreo. De aquí surgieron, para deslumbrar en Trento, Soto y el extremeño Arias Montano o fray Luis de León, teólogo, poeta, astrónomo, humanista y religioso agustino.

Juan entró en la ciudad por el *postigo ciego*, siguiendo un camino sumamente angosto que parecía terminar al borde del abismo, pero que en el último momento se torcía y discurría por debajo de una iglesia. Contempló las fachadas monumentales de los edificios religiosos y civiles que se habían terminado de construir recientemente, los Conventos de las Dueñas y de Santo Domingo, el Palacio de los Garcigrande, la Casa de las Muertes con su ornamentación plateresca y cuya denominación popular responde a una mezcla entre leyenda popular e historia y, sobre todo, la Catedral. Generando un fuerte impacto en la trama urbana. Esta fuerte construcción provocó una contradicción, grandiosidad de los edificios frente a las vías angostas y quebradas. Juan comenzó por aquellas calles a buscar la casa de pupillaje de un tal Juan Baptista, un presbítero de Salamanca, en la que se iba a hospedar, y que se encontraba cerca de la iglesia de San Benito.

Finalmente, llegó a su destino. Se encontró frente a una casa de dos pisos, con fachada noble de piedra y dos airosos balcones. Dejó el caballo atado a una argolla que colgaba en la fachada. Juan sudaba para mantener la marcha cargado con el pesado cofre de viaje. Entró en un vestíbulo oscuro. Un ama de llaves le recibió. Una mujer vestida de negro, con un delantal de rayas blancas que le cubría la parte delantera. Juan observó las paredes de aquella vivienda, desgarradas por algunas partes y recordó su cuarto del monasterio y aquellas maravillas artísticas que había dejado atrás.

—Bienvenido hijo— dijo el ama de llaves como si conociera a Juan de toda la vida.

—Me alegro mucho de que haya venido, mañana verá a don Juan.

—¿Necesita algo ahora?

Juan estaba cansado y aturdido del viaje y, sobre todo, de la caminata cargado con el arcón. A pesar del hambre, sintió que un sueño reparador era lo más esencial.

Juan contestó al ama de llaves con algo de temor, porque le hubiera parecido natural haber cenado algo.

—¡Oh, no importa! Me iré a descansar.

—No quiero entretenerle por esta noche. Es tarde y debe de estar muy cansado. Váyase a dormir.

Sin apenas tomar bocado, se metió en la cama y durmió sin interrupción hasta el día siguiente. Acostumbraba a dormir con la ventana entreabierta, pero el frío que hacía en aquella ciudad, le obligó a cerrarla. Aunque el cuartito era pequeño, sombrío, soplaban un aire frío y lóbrego. Pero, al despertar, le pareció un cuarto más alegre, ya que la luz de la mañana entraba a través de los cuarterones de la ventana. Juan tuvo la impresión de que aquél día empezaba una nueva época de su vida, en la que las satisfacciones iban a ser muy gratas.

El primer día de su estancia en la casa de pupilaje recordó las palabras de fray Melchor, la comida era “cercenada”, la fruta podrida y el pan duro. El pupilero Juan Baptista tenía la tez pálida, abundante cabello y era un hombre muy delgado. Su rostro a primera vista no era muy agradable. Trataba mal a los pupilos, la comida escaseaba y la ropa no estaba bien lavada. Allí partió su antipatía hacia él. Los estudiantes vivían en un ambiente de moralidad y recogimiento cuasimonacal, austero y disciplinado. Con el tiempo llegó a saber que Baptista se trataba de un hombre autoritario, con poca capacidad para el cariño y la amabilidad.

Juan, apenas terminó de agotar el contenido de una taza de barro, cuando cogió un cuaderno de apuntes y un lápiz que consistía en una barrita de plomo y cierta aleación de estaño llamada punta de plata, cuya marca se borraba con miga de pan, y se marchó directo a la Universidad. Por los claustros gloriosos paseaba la flor y nata de la juventud española, la mayoría de ellos estudiantes calaveras, con muchas esperanzas pero poco dinero. Allí se acomodó Juan como Dios le dio a

entender y allí encontró un reverso ambiental muy distinto del que había vivido en Guadalupe, piadoso y cargado de nobles tradiciones. Tenía entonces dieciocho años, carácter vivo y emprendedor, corazón noble y caballeresco. Desde el principio se volcó en un estudio ordenado y constante. Aunque eso sí, era un hombre alegre, de un compañerismo ejemplar; su popularidad adquirió un grado poco corriente, sus compañeros pronto se sintieron cautivados por su simpatía.

El primer requisito que tenían que cumplir los alumnos que accedieran a la Universidad para cursar el grado de bachiller era el de aprobar el examen de gramática (latín), como establece el título XXIV. Dicho examen se encomendaba en los estatutos al comendador Hernán Núñez de Toledo (1475—1553), catedrático de Retórica en dicha Universidad. Juan, desde el primer día, sintió un afecto especial hacia uno de sus profesores, Tomás de Sigüenza, una de esas personas que quedaron en el recuerdo de Juan como algo extraordinario. En su camino encontró pocas personas dignas de figurar entre las que siempre le hicieron grata la vida y su estancia en aquellas aulas. Era un hombre que le ilusionaba enseñar, aunque a veces naufragaba en sus pérfidas aguas, pero como la imaginación es una facultad amable, imprimía carácter entre los alumnos que le admiraban y le miraban con benevolencia.

Durante sus primeros días en Salamanca, había tenido contacto con fray Gabriel de Talavera, perteneciente al noble linaje de los Meneses y duques de Estra, y que sería prior en el monasterio de Guadalupe entre los años 1595—1598 y 1618 hasta su fallecimiento en 1620. Fray Gabriel procedía de Talavera de la Reina y ejercía como rector en el Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe de Salamanca. Era conocedor perfecto de las ciencias exactas y poseía un conocimiento perfecto de las lenguas hebrea, griega y latina. A los cinco años de residir Juan en Salamanca, fray Gabriel de Talavera emprendió rumbo hacia Guadalupe. Juan le recordaba con cariño, cuando acudía a visitarle. Penetraba en una sala ricamente ornamentada y le encontraba sentado, reposando el codo en uno de los brazos

de un sitial y con la mano en la mejilla. Era un monje muy honrado y un buen latino con varios cursos de leyes en la universidad salmantina.

Así iban pasando los meses. Juan estudiaba mucho y comía poco. Una tarde, mientras estaba en clase, sintió algo extraño en el estómago, un sudor le paralizó. Tomás de Sigüenza le aconsejó que se tomara un caldo con unas plantas medicinales que le dio en una bolsita, era poleo y laurel. Juan se hizo una infusión con aquellas milagrosas plantas que le había dado su profesor. Desde aquel día acabó de comprender los efectos de las plantas, un remedio casero y una solución efectiva para acabar con la acidez. Comenzó a estudiar los efectos beneficiosos de las plantas y su efecto positivo en la recuperación de los enfermos.

Su vida cambió a partir de aquella tarde. Inconscientemente empezó a robar tiempo al estudio, paseaba por el campo recogiendo flores, hierbas, raíces, poniendo incapié en la medicina tradicional, en los usos farmacológicos de las plantas. Esa medicina alternativa que tenía sus orígenes alrededor del siglo V y IV antes de Cristo, en médicos de la Antigua Grecia como Hipócrates de Cos, que basaba el enfoque terapéutico en el poder curativo de la naturaleza. A pesar de que las lecciones que recibía en la Universidad exigían un trabajo mental intenso, que no dejaba a la cabeza lugar para otras preocupaciones. Evitaba por todos los medios estar ocioso. Cuando no tenía que estudiar o asistir a las aulas de la Universidad empleaba el tiempo en adentrarse en el campo a buscar plantas o ayudaba en los estudios a aquellos compañeros menos dotados intelectualmente que él. Descolló su ingenio en el estudio, siendo tan agudo que en poco tiempo dominó varias disciplinas y supo defender conclusiones con tanto desparpajo que tanto sus compañeros como sus profesores se quedaron pasmados.

Juan fue un representante de aquella pujante época estudiantil, destacada por la prudencia y la madurez intelectual de la España del Siglo de Oro. A sus diecinueve años, Juan asistió con algunos compañeros y profesores al sepelio del fraile agustino Luis de León, que había vivido durante muchos años en el

convento de San Agustín. Se había formado intelectualmente en las Artes y la Teología. Había gozado de gran predicamento en el ambiente universitario salmantino. Aquel día caluroso del mes de agosto del año 1591, enterraron a fray Luis de León. Habían transcurrido nueve días desde su traslado al convento de Madrigal de las Altas Torres, al ser elegido Provincial de Castilla de la orden de San Agustín. Aquel hombre que dejó escrito su concepto de la poesía como “una comunicación del aliento celestial y divino”. Fue un varón comprometido con su tiempo. No dejó de lado los problemas del día a día, de forma que en el contexto de los problemas abordados por la Escuela de Salamanca, a la que pertenecía, fray Luis intervino en la Polémica *De auxiliis*, junto con el jesuita Prudencio de Montemayor, defendiendo la libertad del hombre, lo que le costó la prohibición de enseñar dichas ideas. Peor librado salió Montemayor al ser separado de toda enseñanza. Luis de León se había destacado en su Orden, al encomendarle escribir la *Forma de vivir de los frailes agustinos descalzos*, documento que sentaría las bases espirituales y prácticas de las nuevas fundaciones de la Orden de Agustinos Recoletos. Esta *Forma de vivir* se convirtió inmediatamente en sus primeras *Constituciones* y fray Luis de León en uno de sus principales inspiradores, al recoger en su escrito el espíritu originario de este movimiento agustiniano y ponerlo en práctica.

Sorapán de Rieros se graduó en Artes en la Universidad de Salamanca el 15 de diciembre de 1592. Atrás habían quedado los gratos recuerdos de su estancia en Guadalupe. Llegó a Salamanca en 1590, cursó durante dos años el grado de bachiller, en los que se produjo una importante reforma en el seno de la Universidad. En el curso de 1592—1593, cuando contaba con 20 años de edad, comenzó los estudios propiamente de Medicina.

Se granjeó la amistad de Gonzalo Correas Íñigo, natural de Jaraíz de la Vera, que tras pasar tres años estudiando Filosofía en Salamanca y obtener un bachillerato en Artes en 1592, se matriculó en Teología; obtuvo beca de Griego en el año 1594, en el recién abierto Colegio Trilingüe. Era un joven de

veintitrés años de edad, con mucho ángel y con ojos pícaros. Juntos estudiaban en la biblioteca universitaria de Salamanca, aquella que había sido prevista su creación en las constituciones del papa Luna en 1411 y que en un principio era una sala amueblada con rústicos atriles donde descansaban los libros encadenados, acompañados de pupitres y bancos en los que los lectores se sentaban codo con codo. Juan se encontró ya con una gran sala de amplios y diáfanos espacios, con paredes cubiertas de libros perfectamente colocados, gobernada por el orden y la claridad. Juan conoció en la biblioteca salmantina a Diego Pérez de Mesa, que había publicado en 1590 una edición corregida y aumentada del *Libro de grandezas y cosas memorables de España* de Pedro de Medina y donde describe: “*Tiene esta Universidad una grandísima sala en alto de bóveda, que es la mayor que se puede hallar en muchas partes, donde está la librería de la Universidad, que es la mayor de España y de otras muchas partes. Tiene por todos lados cajones de casi dos estados de altura y, de arriba abajo, todo lleno de libros hasta el mismo suelo. Tiene también esta sala otros muchos atriles atravesados por medio con muchos cajones de libros y a todas partes bancos para que se sienten los que estudian. Hay infinidad de libros en todas ciencias y muchos doblados y tresdoblados, todos asidos con sus cadenas y con mucha distinción, puestos los de cada ciencia y profesión de por sí, haciendo también distinción de los mismos libros por las lenguas, por sí los latinos, por sí los griegos aparte y otra parte los arábigos. Esta librería está abierta todos los días tres horas a la mañana y tres a la tarde, y anda siempre un oficial paseándose a todas partes componiendo los libros que se dejan mal puestos y guardando siempre no corten alguna cadena o hojas del libro. Trata agora la Universidad de renovar esta librería de algunos libros y aumentarla mucho de otros y tenerla siempre abierta con tres o cuatro oficiales*”.

La Universidad salmantina era más prestigiosa, afamada e influyente por la variedad de sus enseñanzas, el prestigio de sus catedráticos y el alumnado más internacional. Fueron varios los profesores que tuvo Sorapán de Rieros, destacando

a Rodrigo de Soria, titular de la cátedra de Prima, un orador con palabra fluida y expedita; a Ambrosio Núñez, titular de la cátedra de Vísperas; Juan Bravo, titular de la cátedra de Medicina y a Agustín Vázquez, titular de la cátedra de Anatomía, que tenía gran talento y una base metafísica bien asimilada. En esta época Juan Sorapán era delgado, aunque de corta estatura, con rostro inteligente y mirada vivaz. Admitía familiaridades con sus conocidos y él también las daba. En la estantería de su habitación tenía varios libros entre los que se encontraban: *Summatotius meteorología facultatis et rerum copia uberrima cui etiam Aristoteleitextus in fine Epitome appenditur*, *La Farsalia*, *Epitome in libros metheorologicos Aristotelis*, así como una colección de poesías de Alonso Pérez.

Compartió clases con otros compañeros, como Pedro García Carrero y Antonio Ponce de Santa Cruz; Cristóbal Pérez de Herrera, Juan de Villarreal, Andrés de León y Pedro López de León, que llegaron a ser importantes cirujanos. Se granjeó una buena amistad con Antonio Ponce, aunque había diferencias de carácter y de educación, las que se referían al sentimiento religioso, les separaba. La profunda fe y la devoción de Juan, no se parecía en nada a la práctica por la rutina de los deberes católicos que empleaba Antonio, aunque eso no originaba ningún incidente entre ambos. Antonio era un joven mimado que nunca se había separado de sus padres, mientras que Juan había tenido que buscarse la vida entre los frailes de Guadalupe desde la adolescencia. Juan no se designaba nunca a la derrota, su base religiosa estaba trabajada a conciencia desde el ámbito familiar y desde el monasterio. Juan era ingenioso y muy observador, pero nunca se le ocurrió abusar de este don, malbaratándolo en todos los momentos. Pero, también lo era Ponce que no sentía comezón por mostrarlo.

En más de una ocasión Antonio Ponce le puso a prueba.

—¡Uf, qué ganas tengo de que pase este año y volver a ver a mi familia!— suspiró Antonio.

—Ya falta menos, paciencia—, murmuró Juan.

—¡Estoy contando los días para volver a casa—, exclamó Antonio.

—Para vencer las nostalgias, lo mejor es recordar todo lo que estamos aprendiendo aquí—, declaró Juan.

Antonio sonrió, agradecido y contento, retornando a la realidad. Notó una sensación extraña llevándose los dedos a la cara y pasándose el dorso de las manos por el rostro y se retiró sin pronunciar palabra.

Juan se convirtió en un joven estudioso, que tomaba muy en serio su propia persona, la vida y los estudios. En los años que pasó en Salamanca no tuvo amores. Miraba a las mujeres impávido, sólo ocupaba su tiempo el estudio. Y así se lo comunicó Rodrigo de Soria, el titular de la cátedra de Prima a sus padres.

— Tiene una gran inteligencia, y aprende con suma rapidez.

Además, sus compañeros sentían admiración por Juan, por su talento, inspiraba simpatía entre sus colegas, algunos de ellos hombres pasivos, fríos y taciturnos. Juan era un hombre abnegado y humilde.

Una tarde, mientras paseaba por Salamanca, en cierta angosta calle se paró un coche, justo frente al ábside de la iglesia de San Benito, en una casa señorial, y junto a una medio recorrida cortina de color de rosa, distinguió a una bella dama, de rostro bello y sonriente. Era Ana, hija de Diego Maldonado, perteneciente a la hidalga familia de los Maldonado. Miró a Juan atentamente. Juan se quedó frío. Cuando pudo dominar su emoción, la carretela había desaparecido al trote. Fue el primer contacto que tuvo Juan con una hermosa mujer, producido por el deseo de volver a encontrarse con ella. Con el tiempo Juan comprendió que Diego Maldonado se encontraba ausente. Había acompañado como consejero a Lorenzo Suárez de Figueroa, II duque de Feria, a la convocatoria de Estados Generales de la Liga Católica, lo que no le impidió realizar otras misiones, como el intento de trasladar a España los restos de san Vicente Ferrer, enterrado en la localidad bretona de Vannes. Sus profundos conocimientos de la situación política de Francia y de Flandes, su dominio del francés y el apoyo incondicional de Juan de Idiáquez, posibilitaron que Maldonado fuera nombrado, varios años después, secretario de Estado del Consejo de Flandes

Juan Sorapán se graduó como médico en el año 1596, y se doctoró con el grado máximo universitario en una ceremonia de gran boato que duró varios días y que le resultó muy cara a Juan Sorapán por los estipendios que tuvo que pagar. Tuvo lugar en día no lectivo para no perturbar el normal funcionamiento de la vida docente. El primero de los actos que tuvo que realizar Juan Sorapán fue la declaración *de vita et moribus*, delante del maestreescuela y los miembros del tribunal examinador que estaba formado por el padrino y tres doctores o maestros. Consistente en una declaración jurada sobre su limpieza de sangre (no tener en varias generaciones anteriores sangre judía o mora), ser hijo legítimo, carecer de antecedentes penales y certificado de buena conducta. Una vez que Juan superó este requisito, se le comunicó el día del examen. Que tuvo lugar una semana después, ante un tribunal de doctores o maestros de su especialidad.

Previamente, Juan había asistido con dos compañeros de curso, Cristóbal Pérez de Herrera y Juan de Villarreal, al funeral de Alonso Pérez, escritor natural de Don Benito, conocido como “el salmantino”, y que había sido canónigo en Plasencia. Juan le había conocido en el colegio del Arzobispo de la Universidad de Salamanca, donde era catedrático. Juan admiró a este novelista y filósofo antiplatónico y escolástico, y que había escrito varias obras que tenía Juan en la estantería de su habitación y que Alonso le había regalado. Tras el entierro entraron en una posada cercana al convento de San Esteban. Allí, Sorapán de Rieros se despachó, con sonrisa de malicia, a su gusto entre sus compañeros.

—No me gustan los maestros que me van a examinar, no me hace ninguna gracia. Son pésimos.

—Pienso que no son los mejores, pero son los que han designado y no podemos elegir—, apostilló Cristóbal Pérez de Herrera.

—No me agrada que se cuelguen medallas a mi costa—, dijo Juan.

La llegada del posadero les interrumpió. Juan de Villarreal quiso desviar el diálogo con un tema que estaba siendo la comidilla en Salamanca de todas las tertulias.

—Pues, Cádiz ha sido saqueada por una flota británica.

Juan les escuchaba con la frente fruncida, afanoso de comprender lo que sus amigos pensaban o insinuaban. Juan que era un hombre inquietante y muy temido entre sus compañeros por su mordacidad y astucia.

Y, llegó el momento del examen. Juan disertó durante un máximo de dos horas sobre un tema que había elegido de entre los tres que le habían correspondido por sorteo. Finalizó dicha exposición, un mínimo de tres personas presentaron argumentos al graduando, a favor o en contra, a los que Juan contestó, sobre todo al maestro Juan Bravo, un hombre regordete con una cabeza como una bola de billar, de ojos redondos y maliciosos. El resultado de la votación se le comunicó al siguiente día, obteniendo un resultado muy satisfactorio, entregándole los símbolos de doctor o anillo de oro (desposorio con la sabiduría), birrete con la borla del color de su especialidad (símbolo del magisterio) y un libro (la ciencia que debe cultivar y difundir).

Escasos días le quedaban a Juan para marcharse. No faltaban sus paseos por las calles de esta histórica ciudad castellana, dividida en barrios, cada uno bajo la advocación de algún santo y con su correspondiente templo parroquial. Juan disfrutaba por las calles y callejuelas observando palacios, iglesias, conventos y mansiones. Una ciudad que había perdido su función defensiva para dar paso a la comercial y universitaria. La mayoría de las viviendas se comenzaban a alinear a lo largo de las calles. Era costumbre construirlas en apilamientos desordenados, sin orden ni concierto. Estas casas apenas tenían vistas al exterior, daban a un patio central, donde se desarrollaba la vida doméstica. Afortunadamente, con todo aquello de la luna, los paseos, el aire diáfano, regresaba de buen temple, en una época en la que según las legislaciones locales, no se podía andar de noche, sin luz, por las calles con pena de castigo, máxime si se llevaba armas.



Universidad de Salamanca



Portada de los Estatutos de la Universidad de Salamanca, siglo XVI

III

Médico del Santo Oficio de la Inquisición, 1598—1616

Desde Salamanca se marchó a Llerena en el mes de marzo de 1598. Habían finalizado las Guerras de religión de Francia con el Edicto de Nantes. El 2 de mayo, Felipe II de España y Enrique IV de Francia firman la Paz de Vervins, uno de los tratados que sirvió para acabar las Guerras de Religión de Francia, este evento marca el inicio de la *Pax Hispanica*.

Respecto a su actividad profesional, fue, como se dice explícitamente en la portada de su obra, “Médico y Familiar del Santo Oficio de la Inquisición de Llerena y Granada y de su Real Chancillería”. La fortuna le hizo un guiño. Juan fue víctima del proceso represor del Santo Oficio. La medicina fue víctima y aliada de la Inquisición. Y, cuando es aliada, deja de funcionar como ciencia libre e independiente. En efecto, en Llerena ejerció como médico del Santo Oficio. Investido de tan alta dignidad hacía gala de los trajes que vestía. Iba siempre de negro, muy elegante como todo lo que atañía a su persona. Le gustaba ponerse un traje que estaba compuesto principalmente por jubón y calzas. El complemento más característico era el cuello de lechuguilla, sobre el jubón, vestía el colete o la ropilla, y las calzas se caracterizaban por su pomposidad y corta longitud, que dejaba las piernas al descubierto. Era un traje marcado por la austeridad y la rigidez.

Para ejercer como médico del tribunal se necesitaba una alta honorabilidad. El médico se subordina al poder inquisitorial, al eclesiástico y al civil. Juan había conocido médicos que habían sido investigados y perseguidos por el Santo Oficio, sobre todo por el contenido publicado en sus libros, y que fueron incluidos en los índices de libros prohibidos, tal fue el caso del Índice de Quiroga o el Índice Tridentino. Los médicos inquisitoriales eran los encargados de asistir a los encausados e informar de su estado. Se consideraban servidores laicos del Santo Tribunal. Ser médico constiuía un gran valor y gozaba de prestigio entre los más altos niveles sociales. Otros médicos contemporáneos a Juan fueron Juan Gutiérrez de Godoy, Cipriano Maroja y Melchor Villena, este último tenía una fisonomía pálida como el alabastro de las tumbas. Su actitud y su ademán adquirían cierto aire monumental. Juan intentaba no encontrarse con él. Había leído algunos documentos inquisitoriales durante su estancia en Guadalupe. El monasterio había sido el lugar en el que se habían instalado los inquisidores a finales del siglo XV, por la estrecha relación existente entre la orden jerónima y los monarcas. En 1512, Guadalupe quedó anexionada al Tribunal de Toledo, siendo este el momento en que se configuró definitivamente el mapa de los distritos inquisitoriales.

En el viaje a Llerena se encontró con un pasajero, un conocido granuja sevillano que le contó a Juan los pormenores de la peste que estaba asolando Sevilla. Era un pobre muchacho, alto, flaco y con ojos negros.

—Salta el corazón y con su veneno, y malicia, le destruye. Trae este horrible contrario por compañero el mortal contagio, la calentura maligna, manchas, pintas, landres, carbuncos, desvaríos, modorras, temores, tristezas, sed, cansancio, inquietudes, frío en los extremos.

Juan había tenido conocimiento de otras enfermedades contagiosas, como la epidemia en Valencia en 1555 que se extendió a viruelas y sarampión. En 1557, otro contagio que se atribuyó a los moriscos surgió en Granada y se extendió por España. Al año siguiente hubo peste en Murcia y Barcelona. En

1560, una peste llegó a Burgos y hubo nuevo contagio en Barcelona. En 1564 la epidemia perniciosa en Zaragoza a causa de la compra de ropa francesa. Entre 1565 y 1568, se reprodujo en Sevilla una peste que volvió a repetirse en 1581 y se desplazó a Extremadura y León.

Juan había leído a Claudio Galeno, el médico de Pérgamo que se enfrentó a una de las epidemias más graves de la historia. Nos describe esas horribles pústulas que aparecían en el rostro y en todas las partes de la piel, que son muy propias de la viruela. Lo que él tenía claro es que lo que había que hacer de inmediato era separar a los infectados de los no infectados. En Salamanca los escritos de anatomía de Galeno se convirtieron en el pilar de los estudios universitarios al igual que había ocurrido entre los médicos medievales.

—Sí, tengo conocimiento que ha atacado atacó con más crueldad a la ciudad de Sevilla y sus contornos. Un mortal contagio que se ha derramado por casi todos los reinos de España—, respondió Juan.

A lo largo del trayecto, descansó en varias ventas. En uno de los mesones, antes de llegar a Badajoz, tras dejar a su caballo en la cuadra, donde no faltaba heno y cebada para los piensos, compartió mesa con dos caballeros que le invitaron a jugar a los naipes. En esa venta no faltaban las distracciones. Allí se reunía la gente a ver bailar la tárraga, un baile lascivo, aventureros, estudiantes pobres, muleros y hampones, pero también huéspedes honrados como Sorapán de Rieros. La oficiosidad del posadero era notable. Entre los bailoteos, los presentes bebieron el vino que la mujer del ventero había extraído de una piel de macho cabrío. Juan, antes de continuar su viaje, compró en el mesón dos botas de vino. El mesonero tenía libertad para vender el vino y los comestibles deseados a los caminantes con los precios moderados por las justicias.

Juan llegó a Llerena un domingo al mediodía, un lluvioso día del mes de marzo del año 1598, en una época en la que el clero se habría inmolado en el altar de la Contrarreforma y la pureza en la Fe católica, cuando Llerena era sede principal

del Tribunal inquisitorial, los Familiares se regían por normas pontificias y reales que les concedían inmunidades y privilegios, especialmente el uso de las armas, la inmunidad respecto a la jurisdicción secular y exenciones fiscales. Juan iba a cobrar 50.000 maravedís anuales.

Justamente en el umbral de la puerta del palacio de los Zapata, en el que iba a residir Juan durante una larga temporada, se encontró con una empleada de cierta edad que le abrió la puerta, una matrona respetable, ama de llaves. Su traje estaba bastante arrugado y lo cubría por delante un mandil. La empleada se sobrecogió ante la ardiente mirada inquisitoria de Juan, desvió la cabeza, no queriendo sostener aquella mirada.

Juan se presentó:

—Yo soy el doctor Sorapán de Rieros, le habrán anunciado mi llegada.

—Sí, le estábamos esperando— respondió la matrona. Era una mujer de unos cincuenta años. Su rostro tenía una notable expresión de plácida alegría que denotaba una rara rectitud. Pero, con el tiempo, lo que más recordaría Juan del ama de llaves, será la mirada furtiva y sus buenos modales.

El aspecto de aquel edificio le agradó, tenía una fachada porticada de estilo renacentista, compuesta de doble arquería de medio punto que descansaba en bellas columnas entorchadas, con una logia en la planta superior. Allí se encontraba la tesorería de la Mesa Maestral, la sede del Priorato de San Marcos de León, con su influyente curia.

Seguidamente, una vez que traspasó la puerta, atravesó un pasillo tortuoso y un patio de estilo mudéjar muy atrayente. Cruzó un gran vestíbulo con techos artesonados pintados con influencia morisca, subió por una ancha escalera de granito completamente cubierta de mullida alfombra con escudos nobiliarios y colgadas las paredes con los guadamecés, y llegó a una espaciosa estancia donde Juan descansaría, fatigado del duro y penoso viaje.

—¡Espero que el señor quede altamente satisfecho —dijo la empleada—. ¡Buenas noches, señor!.

—Desayuno a las ocho — dijo Juan—. Tengo un pequeño vicio, los huevos frescos.

La mirada de la señora se dirigió hacia él con gesto complaciente, bajo los ojos y calló, retirándose a sus aposentos.

Era una habitación espaciosa, con tapizados de granate los muebles, formando un vivo contraste con los cortinones oscuros que caían a los lados de las ventanas. En una esquina había un escritorio. Sacó de un bolsillo una libreta de viajes que siempre llevaba consigo y la puso sobre la mesa. En el otro lateral, un clave, curioso instrumento de teclado de marfil con cuerdas pulsadas. Juan, recordando las poquísimas enseñanzas musicales que había aprendido en Guadalupe, pasó sobre las teclas sus dedos y sonaron tan clara y maravillosamente que las siguió presionando una a una elevando la cuerda correspondiente punzándola, produciendo un curioso sonido determinado. Como tenía un olfato bastante sensible, le llegó hasta la estancia el olor de unas habas que estaba guisando la matrona, y como tenía mucha hambre, se levantó y se vistió con el mayor esmero posible. Le gustaba no dar una impresión de desaliño. Se puso una prenda negra de tejido fino forrada de algodón que dejaba al descubierto las mangas y unas calzas. Se cubrió con capa o “ferreruelo”. Bajó al comedor y pidió con suma educación un plato.

A la mesa se fueron uniendo algunos de los miembros del Consejo de Su Majestad y de la Santa Inquisición que residían en el palacio, los doctores Diego de Córdoba y Mendoza, y Bartolomé Martínez de Carnacedo, entre otros. Todos ellos gozaban de una posición desahogada. Sus bienes bastaban a sus necesidades. A Juan le impresionó el aspecto de Diego de Córdoba y Mendoza, de rostro afilado y apariencia fantasmal. Infundía temor y respeto. Era un hombre muy arrogante. Frecuentemente, cuando Juan regresaba al palacio, alzaba la mirada hacia un gran ventanal, allí observaba a Diego de Córdoba, cuyo noble y enérgico rostro reflejaba la más austera virtud y un orgullo desmesurado. Su ya trémula cabeza sólo podía haberse inclinado ante los altares.

Juan, después de saludarles, invitó a sentarse a su lado al licenciado Miguel Ximénez Palomino, un hombre elegante sobre toda ponderación pero con la mayor sencillez. A Juan le llamó la atención los ojos del licenciado, eran grandes y oscuros, pero carecían de toda expresión, de toda señal de sentimiento.

Hizo su aparición en la salita una doncella, era la hija de la matrona que ayudaba a su madre en las tareas del hogar. Una joven muy amable, que irradiaba belleza. Tenía el cabello y los ojos negros, y su talante era muy agradable, nada comparable con su madre que tenía los ojos tan tristes, que al mirarlos huía toda la alegría del corazón; eso sí, eran tan hermosos como sombríos. Aquella joven, de nombre Catalina, se sintió confundida viéndose tratada con amabilidad. Aceptó las atenciones de los presentes con naturalidad.

Juan, al principio, no preguntó quién era. Mientras la criada servía los platos, migas y sopas con torreznos, Juan mantuvo muy gustoso coloquio, evitando la cortedad que suele haber en toda primera plática de gente desconocida.

—Hágame la merced de tomar asiento.

Miguel Ximénez nada más sentarse, se incorporó un poco en dirección a Juan.

—¿Es al ilustre Juan Sorapán a quien tengo el honor de hablar?

—Yo soy el indigno siervo de Dios que lleva ese nombre?— contestó Juan, afablemente.

El licenciado Ximénez, con exquisita cortesía, añadió:

—¿De dónde procedes?

—Vengo de Logrosán, un pueblecito de “La Villuerca”, allá en las sierras de Guadalupe—, añadió Juan.

—Sí, lo conozco, hace años que estuve en el monasterio de Guadalupe. De tu pueblo era Martín, uno de aquellos valientes que acompañó al navegante Colón.

— Sí, en el monasterio me hablaron de él. ¿Quién construyó este palacio?—, le preguntó Juan cambiando de conversación.

—Fue Luis Zapata, un consejero de los reyes y caballero de la orden santiaguista, de noble familia que falleció que en Valladolid hace tres años—, prorrumpió, Ximénez.

Bartolomé Martínez de Carnacedo que estaba sentado en una mesa cercana a ellos, no pudo por menos que inmiscuirse en la conversación.

—De tu pueblo es Martín del Barco y Centenera, el que fuera comisario del Santo Oficio en la Villa de Cochabamba. Un hombre conflictivo.

Juan, dio la vuelta a su silla y le contestó:

—De él no he oído hablar.

A lo que Bartolomé repuso:

—No me extraña, fue acusado y procesado por el visitador Ruiz de Prado de catorce cargos diversos. Se le probó haber sustentado bandos en Oropesa y Cochabamba, condenado, en 1590, a privación de todo oficio de Inquisición, y doscientos cincuenta pesos de multa. Un mal tipo, indigno de tal algo cargo. Creo que ahora anda por Buenos Aires.

Juan hizo caso omiso. No hay cosa que más repugnancia y desazón le producía que hablasen mal de los desconocidos. Y girando la silla, se volvió a su sitio, pues el caldo de ave que iba a tomar se estaba enfriando. Y no dijo más.

Según iban terminando de almorzar, los presentes abandonaron ordenadamente la estancia. Después de la comida, hicieron un apartado grupo; y se asomaron a la tarde para verse caminar con el licenciado Ximénez por el jardín. Era grande y estaba rodeado de tapias altas que velaban toda la mirada del exterior. En lo alto, una galería cubierta corría por los muros y columnas que daban a la construcción un aspecto monástico. Juan observó, nuevamente, a aquella doncella desde una ventana de la cocina. Desde aquel día, Juan y Miguel adquirieron una buena amistad.

El Consejo inquisitorial lo formaban los inquisidores, el fiscal, relatores o escribanos, secretarios de Castilla y Aragón. Mientras que los tribunales de distrito estaban compuestos de tres inquisidores, un fiscal, secretarios, uno de secuestro

y varios auxiliares entre los que se encontraban el nuncio y el alcalde de cárceles. Lo cierto es que la estructura de los tribunales de distrito se fue complejizando y dando lugar a la aparición de nuevas tipologías de oficiales, o a una variación en su número, a medida que la circunstancias lo iban requiriendo.

Abrióse la mañana con la gracia y lozanía de una flor. Juan se levantó muy temprano para visitar la prisión que el Tribunal de la Inquisición poseía en esta localidad al sur de Extremadura, una de las más duras del proceso inquisitorial. Muchas personas le habían hablado muy bien de Llerena, pero la Inquisición en aquella ciudad tenía fama de ser la más agresiva de la nación. En definitiva, su fama respondía a la que tenían todos los tribunales del reino. Es decir, la población sabía que caer en las redes de la Inquisición era condenar al reo, posiblemente, a ser quemado en la hoguera, a galeras, a ser internado en las cárceles secretas de dicho tribunal, a que se le confiscasen sus bienes, a ser torturado en la cámara del tormento y a que toda su familia presente y futura sufrieran una de las mayores torturas psicológicas, como era la deshonra, por haber tenido en su núcleo familiar un hereje. Uno de los castigos más crueles era ser condenado a la hoguera. Los reos, encadenados, sacudían sus cabezas contra las rejas para protestar y pretender que tenían derecho a recobrar su libertad. Se ponía acento en la pureza de sangre, ni una gota de procedencia judía debía circular por las venas de los españoles y, por supuesto, no tener nada que ver con las herejías, eso es lo que exigía la Santa Inquisición.

Allí, un guardia le dio el alto. Juan se dirigió a él y le expuso quien era. Al cabo de un rato, y tras permitirle el acceso, Juan entró en la prisión. Comenzó a caminar por un pasillo largo, tortuoso y oscuro, bajando tramos de escalones, escuchando por aquellos corredores puertas que crujían y rechinaban sobre enmohecidos goznes y los gritos de los presos pidiendo clemencia. La prisión estaba atestada. Hombres y mujeres de todas las edades, la comida era escasa y mala. Había una atmósfera muy viciada, la primera impresión que tuvo Juan

fue tan deprimente como había imaginado. Intentó taparse los ojos para no ver lo que, sin embargo, tan acostumbrado iba a contemplar día a día. Le parecía horrible que resonaran gritos y golpes por cada paso que daba dentro de la prisión. A través de los barrotes los presos extendían sus brazos pidiendo ayuda con desesperación, la mayoría tenían el cuerpo cubierto de llagas y úlceras.

Con frecuencia cogía un cubo y aplicaba agua a las heridas con el fin de calmar el dolor, con paños empapados en árnica. Pero ya fuese la pérdida de sangre, el sufrimiento físico o mental, el caso es que aquellos reos estaban muy postrados, débiles y agotados. Juan encontraba a la mayoría de ellos moribundos.

Necesitaba irse cuanto antes porque la angustia le ahogaba. Los presos exclamaban su dolor en medio de la más cruel desesperación. En ese entorno y en ese ambiente es en el que va a dar comienzo, consciente de su responsabilidad y de todo lo que los nuevos tiempos exigen, la andadura del médico. Sus acusadas virtudes, su vastísima cultura, su don de gentes, sus cualidades innatas y la actividad desplegada en el ministerio de la medicina, hacían de él un serio candidato a cargos de responsabilidad en el Santo Oficio de la Inquisición. El propio terror o delirante miedo se apoderaba de Juan. Aquellas fatídicas escenas que tuvo que presenciar se grabaron para siempre en su cerebro.

Así iban pasando los días. En aquellos años se había producido una suspensión de pagos de la Corona de España; había surgido el pánico entre los banqueros europeos. La vecina Cádiz había sido saqueada por una flota británica y se había producido una gran derrota de la flota española al intentar invadir Inglaterra. En el final del reinado de Felipe II España se arrastraba por el camino de su debilitación, la existencia entonces de un rey al clero y de unos políticos de talla permitían que nuestro poderío se mantuviera.

El domingo día 13 de septiembre de 1598 fallecía de madrugada, con resignación, el rey Felipe II, en una celda del monasterio de El Escorial, tenía de edad cuando murió setenta y un años. Había padecido numerosas enfermedades y durante sus

diez últimos años de vida la gota le tuvo postrado. Con él acabó la soberanía fuese de España en la política europea. Llegó a perder la movilidad de la mano derecha, sin poder firmar los documentos. Su consejero fray José de Sigüenza, monje jerónimo, predicador sabio y elocuente, dio la noticia por todos los monasterios, no solo de su orden, sino de toda la cristiandad.

La crítica juzga a los hechos históricos y los hombres que en otros tiempos vivieron con criterio parcial y apasionado y según ideas y aspiraciones novísimas. Durante el reinado de Felipe II la monarquía española había llegado a dominar en Europa la Península, los reinos de Nápoles y Sicilia, y además Milán, Cerdeña, el Rosellón, las Baleares, los Países Bajos y el Franco Condado; en las costas occidentales de África, las Canarias y varios territorios; en Asia las recién descubiertas islas Filipinas y parte de las Molucas, y en América inmensos territorios, aunque se perdieron los países bajos y las plazas africanas de Túnez, Trípoli y Bugia. A pesar de tanta extensión de terreno, su decadencia era previsible, la agricultura se había estancado, las industrias y las artes se habían extinguido, el comercio se había paralizado, la vida municipal y regional que habían sido bases de la única prosperidad que existiera en la Península, estaba atacada de asfixia.

En los últimos años de Felipe II, ya España había perdido la influencia que le habían proporcionado las glorias militares, éstas había ocultado la verdadera situación de España; pero cuando faltó su brillo, quedó al descubierto la miseria intelectual y material que envolvía la nación. Fue intolerante en materia de religión, como lo fueron todos los hombres, todos los reyes de su tiempo, y procuró también imponer su voluntad como ley soberana. no obstante, la política del rey Felipe II fue verdaderamente nacional, comprendió que el porvenir de España dependía de su poder marítimo y aspiró al dominio de los mares; por eso envió sus escuadras hasta Lepanto y hasta las costas de Inglaterra. La mala fortuna, factor importante la vida de los hombres y los pueblos, y otras causas impidieron

que se cumpliesen los propósitos del monarca y arrojaron a España en la pendiente de la rápida decadencia.

Fray José de Sigüenza, ese monje tan querido en Guadalupe, había tenido problemas con el Santo Tribunal de la Inquisición, habiendo estado procesado. Envidiado por el fervor que sus nuevos sermones obtenían de Felipe II y por el nombramiento como Bibliotecario del Monasterio de El Escorial, los visitadores de la orden obtienen numerosos testimonios hostiles a Sigüenza en abril de 1592 al ser acusado por fray Diego de Yepes y fray Cristóbal de Zafra por su actitud de oponer la predicación del “Evangelio desnudo” frente a los sermones esmaltados de “fábulas y poesías”, siguiendo a su admirado maestro Arias Montano) le hace sospechoso de la Inquisición.

Informado, Fray José de presenta el 3 de abril de 1592 ante el Tribunal de Toledo voluntariamente solicitando personalmente el juicio. El cielo azul y el sol brillante presagiaban una espléndida primavera, pero fue encarcelado en el Monasterio de la Sista, pero como gozaba del favor del rey y por presentarse voluntariamente ante el tribunal, fue perdonado en julio de 1593.

En muchas ocasiones el Tribunal inquisitorial solicitaba la declaración del médico. Cuando Juan iba a visitar a los reos intentaba sacar fuerzas de flaquezas, disimulando y ocultando aquel pavor miserable que sentía. Aunque en las instrucciones se especificaba que el aplicar tormentos al reo debía ser el último recurso, los inquisidores los utilizaban con frecuencia. A Juan le recordaban estos presos a aquel buen fraile agustino, fray Luis de León, a cuyo sepelio asistió durante su estancia en Salamanca. Aquel buen fraile, había sido denunciado y estuvo una temporada en prisión en Valladolid, concretamente cuatro años, acusado por traducir el *Cantar de los Cantares* a la lengua vulgar sin licencia. Su defensa del texto hebreo irritaba a los escolásticos más intransigentes, en especial al canónigo y catedrático de Griego León de Castro, autor de unos comentarios a Isaías, y al dominico fray Bartolomé de Medina, molesto contra él por algunos fracasos académicos. Fray Luis había defendido, en las juntas de teólogos celebradas en la Uni-

versidad para tratar de la aprobación de la llamada Biblia de Vatablo, una serie de proposiciones que lo llevaron a la cárcel junto a los maestros teólogos Gaspar de Grajal —que murió en la cárcel en 1575— y Martín Martínez de Cantalapiedra. Pero, los motivos de su prisión hay que achacarlos a las envidias y rencillas entre órdenes y a las denuncias del catedrático de Griego León de Castro. La acusación principal era preferir el texto hebreo del Antiguo Testamento a la versión latina (la traducción *Vulgata* de San Jerónimo) adoptada por el Concilio de Trento, lo cual era cierto, pero también haber traducido partes de la Biblia, en concreto el Cantar de los Cantares, a la lengua vulgar, cosa expresamente prohibida también por ese reciente concilio.

Cuando se hallaba solo pensaba en los informes de aquellos reos, sondeaba su corazón y examinaba los pensamientos de aquellos crueles familiares del Santo Oficio, y se esforzaba en restablecer las cosas en el estado que aconsejaba el sentido común y apelando a la razón. Pero, en la mayoría de los casos, esos esfuerzos caían en vano.

Uno de aquellos días del mes de mayo de 1599 a los que tuvo que asistir Juan a aquellos crueles interrogatorios, componían el tribunal el inquisidor, un representante del obispo, y un escribano. Juan observaba al inquisidor, que conminaba a los acusados a confesar espontáneamente sus faltas, debajo de la capa de vanidad y codicia que estaba en armonía con su temperamento. Los primeros reos se les suspendía de las muñecas con las manos atadas a la espalda (la garrucha), quemándole las plantas de los pies, dándole baquetazos (el azote) e incluso, llegaba el verdugo a aplastarles los pies o los dedos (el aplasta pulgares). Aquellos condenados deseaban ardientemente la muerte. La mayoría le decían a Juan que más valía morir que vivir en el tormento.

Las piadosas manos de Juan curaban las heridas de aquellos que estaban esperando la muerte. El médico era para ellos el bálsamo de salud. Juan declaró en varias ocasiones que los presos necesitaban ser ingresados en el hospital, pero los in-

quisidores hacían caso omiso a los requerimientos del médico y menos aún, cuando el Tribunal había ordenado que privasen de sus bienes a los presos, siguiendo su consigna: castigar, cuando no eliminar, a quien se había hecho culpable de herética pravedad y apostasía.

Acercándose a una de las celdas, se aproximó a un preso.

—¿Por qué le han encarcelado?

—Aún no lo sé, soy viejo y dicen que soy un visionario—, replicó el anciano.

—Yo intentaré ayudarle a calmar sus dolencias—, respondió Juan con inmensa ternura.

—No se precipite, yo ya no tengo esperanza. He pedido clemencia a los familiares del Santo Oficio— murmuró tristemente.

Aquel hombre, de cabellos y barba grises, de mediana estatura y escasas carnes, tenía la triste necesidad de librarse de aquella angustiosa situación. En su juventud había vivido en Perú, lugar al que llegó un brillante tropel de hidalgos que habían desembarcado con sus relucientes armas, sus brocados y sus encajes y collarines. Había sido testigo directo en la guerra civil entre los conquistadores españoles. Los partidarios de Gonzalo Pizarro habían derrotado y capturado al virrey Blasco Núñez Vela en la Batalla de Añaquito. El anciano, cuyo nombre era Martín, tenía 17 años cuando había combatido al lado de Gonzalo Pizarro. Comenzó a hablar con moderación y con orden, concentrándose para organizar un relato coherente y explicar a Juan toda la historia, a pesar de encontrarse muy fatigado.

Los españoles que se establecieron en aquellas tierras fueron muy emprendedores. Se lanzaban a exploraciones y conquistas. Esos enfrentamientos civiles entre los conquistadores del Perú surgieron entre los soldados españoles por la disputa de los territorios conquistados a los incas, así como por el control del poder político. La probabilidad de enriquecerse en aquellas tierras era una tentación más fuerte que el temor a perderlo todo. Estas luchas se habían extendido de 1537 a 1554, con in-

tervalos de paz relativa, provocaron la muerte de muchos españoles en continuas emboscadas. Su punto de partida fue la toma del Cuzco por parte de Diego de Almagro, una vez que Manco Inca abandonara el cerco de dicha ciudad y se replegara a Vilcabamba. Con el virrey del Perú, Andrés Hurtado de Mendoza, llegaría la pacificación definitiva del Perú.

—Pues inspírate en esa piedad que tanto te honra, con viril entereza— expuso Juan, conmovido por las palabras del anciano Martín. La oración es una subida del alma a Dios, un levantar el espíritu al Señor.

Juan se mordió los labios, y replicó desdeñosamente:

—Dios recompensará tu honor y tu valía. Reza y habla con Dios.

¡Cuánta locura! — exclamó Juan alejándose. Estaba seguro que la próxima vez que regresara a la prisión, ya no volvería a ver a aquel anciano.

¡Qué espectáculo presentaban los reos en su agonía! Era inevitable que viendo tan cerca la muerte, despertaran los egoísmos dormidos en aquel hidalgo.

Es el despotismo. Los hombres hechos siervos, la tierra convertida en escabel de la tiranía y la sinrazón. A todo se acostumbra la naturaleza humana. La duda aletargando todas las conciencias, corrompiendo todos los corazones, los altares amasados con sangre de aquel Santo Oficio y los hombres consumiéndose en aquella prisión en la impotencia. A Juan le quedaba la esperanza de que la Virgen, a la que tanto había rezado durante su estancia en el monasterio de Guadalupe, en su efluvio del cielo de donde todo bien dimana, se acordaría de aquellas almas porque con su imagen y su brillo inconfundible inalterable ayudaría a aquellos desvalidos, postergados o afligidos. Porque el amor de una madre no conoce ultrajes ni quiebra. Porque también la Virgen sufrió la espada del dolor, en profético designio, y la acompañaría durante toda su vida mortal.

Juan siguió por un tortuoso corredor y llegó hasta la celda de un anciano. Juan le preguntó:

—¿Qué le ocurre a usted?

—A mí..., nada señor.—tartamudeó con renovada angustia.

—Pues entonces, ¡desventurado!—prorrumpió Juan—, me ha dicho el carcelero que se encuentra muy débil.

—Mi mal se encuentra en mi alma. ¿Qué debo hacer? Aún nadie me ha dicho cuál es mi destino.

—¿Qué? Pues... ¡nada! .. ¿Seguís con vuestro quebranto? ¡Resignarse! —contestó Juan con majestuoso acento—. Confesar en público que usted no tiene nada que ver ni con brujerías ni con ningún tipo de santería.

—Debo declarar otras que en realidad he cometido, y sufrir, por vía de expiación, las consecuencias que se me achacan, pero debo protestar contra aquellas infamias que me atribuyen.

Juan se acercó al oído de aquel apesadumbrado anciano y le dijo con vehemencia como si le fuera a infundir su propia alma:

—Nadie, absolutamente nadie, merece estar encerrado aquí.

A aquel anciano no tardaría en llegarle la hora de su muerte. A los pocos días exhaló su postrer aliento.

Juan comprendió la dificultad del momento y una vez que atendió a varios presos de sus dolencias, se marchó de la prisión. Por muchos años de durase su existencia, nunca se borraría de su memoria aquella visita a la prisión, siempre recordaría a los enfermos, a los moribundos, que apenas podían balbucear palabra alguna, presos en el dolor o el estertor de la agonía. Durante horas estuvo andando por las calles de Llerena. Inmerso en todas esas divagaciones de la sobrecogedora escenografía que había contemplado en aquella prisión, atormentándole los arcanos de su corazón y arrastrándole los tormentos que había presenciado en aquella prisión. La extenuación física provocada por la escasez de alimentos, los fríos sufridos en aquellos calabozos, la escasa higiene había predispuerto a todas las infecciones a las que tenían que hacer frente —como podían— los médicos. A Juan le llegó al alma aquel infortunio en el que habían acaecido aquellos pobres seres humanos, transidos en una gran angustia, teniendo que consolarles a los que sufrían congoja. El ejemplo de aquellas

penalizaciones será conocido por todos, y servirá para hacer más cautos a los ambiciosos.

Si el sueño es el desquite de la imaginación contra la razón, por las noches no era capaz de conciliar el sueño. Se incorporaba en el lecho, con los ojos extraviados y la boca tremante, el sudor le resbalaba por las sienes.

Cada tarde que sonaban las campanas de la iglesia y una larga ráfaga pasaba rozando las casas de Llerena, Juan se acercaba al templo. Se confesaba casi a diario con el cura Alonso López. Era con el único con el que podía desahogarse bajo el secreto de confesión.

—Dicen que la vida de las brujas es tremenda. Les refieren cosas horribles porque saben secretos espantosos— comenzó a decir Juan.

—Todo lo que aquellos espíritus malos inventan contra Dios, las tentaciones y los sucesos más estremecedores, desfilan por la carne y el alma de los inocentes —añadió el padre Alonso.

—No sé cómo poner remedio a tantos males. Imagínese como son los días de la angustiada espera de esa pobre gente de aquel inevitable tormento— balbuceó Juan.

—Ciertamente hay que procurar el bien de los demás seres para ganar el amor de Dios. Pero, tú limitate a curarles las heridas y así el sufrimiento será menor.

Juan siempre se marchaba caviloso, mirando al suelo. Meditando lo que le había aconsejado aquel cura. Después se arrodillaba y comenzaba a rezar, la piedad se mezclaba con otra idea, pues sus ojos vagaban por aquellos pasillos de los calabozos. Aquella tarde bajaron las sombras al fondo de las calles. Una inquietante penumbra se recogaba por las torres de la iglesia, comenzando a caer la lluvia y varios relámpagos que iluminaban los rostros de los transeúntes, multiplicándose los truenos. Juan se santiguó varias veces camino de su casa. En la angustia de aquella soledad parecía que oía las voces de los presos, sumido en esa inconsciencia que invadía su alma. Tuvo que resguardarse en unos soportales. Viendo que ya sólo chis-

peaba, reanudó la marcha. Las botas chapoteaban sobre los surcos abiertos por el agua.

Pasaron las semanas y los meses. El Papa Clemente VIII nombró Inquisidor General del Reino a don Fernando Niño de Guevara el 3 de diciembre de 1599, y Felipe III lo mando llamar para que viniera a España, tomando posesión como Inquisidor General del Reino el 23 de diciembre de 1599. Celebró un auto general en Toledo y fue testigo de la firma del tratado de paz con Francia. Durante su mandato se quemarían cientos de personas en la hoguera.

Juan aprendió a sufrir, a serenar su dolor, a salir de su embaiamiento, aunque fue obra de sus días y de sus noches. En varias ocasiones, Juan era testigo directo de los tormentos que sufrían los condenados. Tormentos de fuego, de agua, de torno o de cuerda. En los sótanos de la casa inquisitorial se colocaban los inquisidores junto a los instrumentos del suplicio, sentados en una mesa cubierta con un paño negro, sobre la que había un crucifijo, unas velas encendidas, por la escasa luz, y un reloj de arena para marcar el tiempo que había de sufrir la tortura el reo. Juan, actuaba como médico, deteniendo al verdugo cuando al aplicar el tormento le avisaba si llegaba el momento en que el paciente tocaba al último grado de su existencia. El médico avisaba, el reo descansaba para volver al tormento.

En no pocas ocasiones, Juan demandó gracia para algunos presos, pero no logró convencer a los exhaustos familiares, cuyos arrebatos salían del fondo mismo del carácter de aquellos insensatos. Aunque hubo ocasiones en las que sentía miedo, siempre fue un hombre sin tacha y sin temor en la vida pública. No obstante, en ocasiones se mostraba indeciso y tembloroso, no quería convertirse en un detractor irreconciliable de la Santa Hermandad y, menos aún, porque él era uno de tantos. El que toma una decisión y ejecuta aquello para lo que sirve o se siente llamado, desconoce su vocación y no debe empeñarse en tareas imposibles y absurdas. En esos tiempos, cuando las ideas chocan y se ponen en tela de juicio las bases fundamentales, es un deber el acudir con presteza a su defensa. Por dicho motivo,

en la postura de Juan se veía una concepción clara y positiva de la existencia, un sentido inalterable y una realidad perfecta pero sin esa fe que engendra el heroísmo.

Cada día que salía de la prisión comenzaba a caminar rápidamente sin rumbo. No sabía por dónde dirigir sus pasos. Un peso le oprimía en su pecho, los latidos los notaba claramente en las sienes. Todo era furtivo y vago. Los sentimientos se dilataban y devoraban el alma de Juan. El dolor que sentía ante un semejante le enternecía el corazón, despertaba en él la piedad y el amor. La idea de justicia que tenían aquellos familiares era contraria a la de Juan, ya que hay una injusticia que a los justos les hacía padecer moralmente.

Fueron muchas las noches en las que no fue capaz de conciliar el sueño. Una tristeza infinita le dominaba. Cuando el sueño le calmaba su angustia, tenía pesadillas. Eso sí, era un hombre fuerte en medio de los obstáculos.

Reinaba en España Felipe III, que cumpliendo los deseos de su padre, se casaba con Margarita de Austria en Valencia, en un matrimonio destinado a consolidar la alianza entre la rama española y austriaca de los Habsburgo. El matrimonio fue celebrado por poderes en Ferrara, el día de San Leopoldo, patrón de la Casa de Austria, para ser confirmado luego en Madrid. Al tiempo que el archiduque Alberto, gobernador de los países bajos, contraía matrimonio con Isabel Clara Eugenia. Un reinado agitado interiormente por las intrigas contra el duque de Lerma, valido. Cuando el archiduque Alberto contraía matrimonio en Valencia, quedó encargado del gobierno de Flandes el arzobispo de Colonia, Alberto Isabel fueron jurados por los estados fieles a la causa católica, mientras el de Orange, apoyado por Carlos IV e Isabel de Inglaterra, lograron triunfos en el Güeldres. En el año 1600, Mauricio de Orange desembarcar en Ostende, contra el que acude el archiduque; pero la escuadra holandesa, que protege al ejército desembarcado, salva al de Orange, que en las Dunas había logrado infligir importante derrota a las tropas de los soberanos de Flandes. Al llegar los ejércitos de Italia, el archiduque sitia a Ostende, la plaza fuerte

de Orange; el sitio se prolongó durante meses y meses, gracias a los auxilios frecuentes ingleses y franceses; puesto al frente del ejército Ambrosio de Spínola y de la flota su hermano Federico, después de destrozar a la escuadra holandesa, se logró la rendición en el año 1604. Después de un triunfal viaje de Spinola a España, vuelve a Flandes, continuando con éxito las operaciones. Todas estas noticias llegaron a Llerena, donde estaba el tribunal inquisitorial.

Mientras tanto, Juan, por las mañanas decidía dedicar la mañana a lo que más le gustaba. Se iba al campo con su amigo el licenciado Ximénez a rodearse de aquellas especies autóctonas tan representativas como la encina o el alcornoque, árboles que se erguían a cada paso que iba dando, las jaras entorno a la ribera de los Molinos, confiando en que ello le ayudaría a recobrar el ánimo suficiente para poder continuar la práctica de la medicina. Allí destapaba el frasco de la inventiva y se ponía a recoger orégano, tomillo, romero y manzanilla, especies herbáceas que poblaban el monte para los preparados curativos que elaboraba. El camino de regreso lo hacía lentamente, meditando, buscando afanosamente la distracción para evadirse de los problemas. Día a día, y con el fin de rechazar la tremenda congoja que le suponía asistir a los enfermos de la prisión, se entregaba con más ímpetu a sus estudios, al conocimiento de las propiedades curativas de las plantas, buscando la parte mejor de las cosas.

—Pero háblame, amigo Juan, estudiaste en Salamanca, me gustaría visitar algún día esa ciudad de la que tan bien me han hablado— se interesó Miguel Ximénez.

—Salamanca tiene todo lo que una persona pueda desear. Es una vieja ciudad que hunde sus raíces en los tiempos celtas. Ahora mismo se encuentra en su momento de esplendor. Pasé buenos ratos en la Universidad, una de las más antiguas de Europa, con sus edificios de Escuelas Mayores, Escuelas Menores y el Hospital del Estudio. También, su catedral, la iglesia de San Benito, el colegio mayor San Bartolomé, nuestro querido convento de San Esteban, donde aún se recuerda la

breve estancia de Colón y el gran apoyo que recibió de la Junta de profesores salmantinos. Pero, lo que más me llamó la atención fue una fachada que estaba decorada con conchas, dispuestas a tres bolillos, llegué a contar trescientas, una mezcla sin par de goticismo naturalista, mudéjar y renacimiento.

—¿Y dónde residías?— preguntó Miguel.

—En una casa de pupilaje. Llevé una vida de sobriedad, medida y concentración en el estudio. Muy lejos de pláticas amistosas, dedicación al juego o lances amorosos; eso sí, constantes lecturas literarias, jornadas que fueron de lo más enriquecedoras.

—Te ruego que prosigas, amigo Juan. Eres un hombre de grandes valores y conocimientos.

—Pues imagínate una población bulliciosa. Allí vivía una sociedad muy variopinta, en su mayoría escolares, profesores, clérigos y nobles. Al norte estaba el barrio judío, allí nunca me acerqué. Era un barrio que estaba tapiado, pero era una comunidad respetada por los salmantinos.

Aquella jornada por el campo fue muy enriquecedora para Miguel, concentrado en las explicaciones que le daba su amigo Juan sobre su estancia en Salamanca y los conocimientos que tenía sobre las propiedades curativas de las plantas. Con todos estos conceptos tan valiosos para el licenciado, Juan miraba las plantas y las flores, abundantes en las leves ramas. El atractivo de la soledad del bosque penetraba en su alma, los ruidos medrosos del agua corriendo por el río y el rumor que el viento producía en los árboles. Los troncos de los árboles se hacían visibles y sus sombras rayaban el suelo. Cuando habían recogido suficientes plantas herbáceas y raíces para usos medicinales, regresaron antes de que oscureciera, en la serenidad del atardecer. Los primeros que presienten la llegada de la noche son los árboles que se van quedando quietos y la fraga enmudece.

Corría el año 1601, aquella mañana se levantó Juan muy temprano. Había mucho ajetreo. Varias doncellas estaban arreglando y limpiando todos los aposentos. Los familiares del Santo Oficio estaban encantados con los preparativos, estaban

esperando la llegada a Llerena del Cardenal Fernando Niño de Guevara, Inquisidor General, que le había otorgado el propio rey la condición de juez supremo en todas las apelaciones de las sentencias de los tribunales provinciales. A partir de ese momento el Inquisidor General podía actuar sin estar mediado por Roma. El inquisidor general era en realidad un cargo de la monarquía más que una dignidad eclesiástica.

Ante la llegada de aquella comitiva, Juan se dejaba arrastrar por el pensamiento que originaba sus dudas y sus conjeturas sombrías. La aparición en grupo de aquellos caballeros fue imponente. El pulso y el corazón de Juan se paralizaron. Fueron recibidos y agasajados con gran pompa. El abolengo y los fastos. Todos vestían de negro y tenían gallarda elegancia y prestancia. El Cardenal vestía muceta con capucha y el birrete cardenalicio de color rojo escarlata en la misma posición. Juan procuró concentrar su atención en el Inquisidor General. Sus facciones rebosaban orgullo, su barbilla adoptaba una posición recta. Era un personaje muy altivo, de acuerdo con el cargo que ostentaba, y su voz penetraba hasta lo íntimo. Había estudiado derecho en la Universidad de Salamanca y era sobrino del Arzobispo de Granada y Presidente del Real Consejo, don Fernando Niño y Zapata. Un joven apuesto, de marcial aspecto, ondeaba la bandera con el escudo de la Inquisición. Juan nunca llegaría a comprender qué significaban aquellos símbolos que ostentaba el escudo inquisitorial. Y, sobre todo, porqué aparecía una espada en un escudo que se consideraba representante de una institución religiosa. La espada simboliza el trato a los herejes, la rama de olivo la reconciliación con los arrepentidos. Un ejemplo más de la situación opresiva que existía en España. La dureza y la violencia con la que actuó la Inquisición durante estos años le dio fama de dura y violenta, quizás no sin razón.

Se adentraron en la casa con paso enérgico, haciendo sonar los tacones de sus botas sobre el embaldosado. Antes de ponerse a debatir los asuntos que le habían llevado a Llerena, entraron todos en el comedor. La comida estaba preparada. Cada uno tomó lo que se le antojó, colocándose en grupos.

Juan, como de costumbre, se sentó con el licenciado Ximénez. Las conversaciones eran muy animadas.

—¡A la salud de ustedes!— dijo el Inquisidor General levantando su copa de vino.

Después se retiró a una estancia junto a un grupo de personas de alta posición y que integraban el Consejo. Los asuntos más importantes iban orientados al nombramiento de cargos respaldados por el nuevo Inquisidor General que había sido nombrado recientemente, el aparato administrativo y las actuaciones que llevarían a cabo.

Dos días permaneció en Llerena la comitiva. Tras su marcha, la tranquilidad renació. Cesaron los murmullos y movimientos gradualmente entre la población que consideraba que iban a acrecentarse las detenciones. Juan pudo dormir tranquilo. Le apesadumbraba dormir en el mismo edificio con aquellos personajes tan altaneros y sombríos. Cuando se marcharon, sintió el corazón aliviado.

Transcurrieron tres años. Cuando parecía que Juan había cobrado la tranquilidad suficiente, le llegó la triste noticia del fallecimiento de su madre. Fue un golpe dolorísimo que vino a contristar el ánimo de Juan. Su madre, extenuada por una larga enfermedad, fallecía en Logrosán. Una de las criadas que atendía a Juan, cubierta de palidez, se precipitó en la biblioteca para anunciarle que había fallecido su madre. En ese remanso creado por la muerte todo tiene otra luz y otra resonancia. Se revela la personalidad más íntima y profunda del ser. Un violento escalofrío sacudió su cuerpo. Juan necesitó un esfuerzo inmenso para no venirse abajo. Sobrecogido por la enorme impresión, no acertaba a hablar, ni a moverse. Miró a la criada con desesperación, luego bajó la cabeza y se retiró a sus aposentos, guardando un profundo silencio. Desde los trece años había vivido alejado de su familia, pero nunca había perdido el cariño que tenía hacia los suyos. Salía a la calle triste, cabizbajo. En su cabeza las ideas chocaban, se golpeaban, quería regresar a su pueblo. El cielo de su pensamiento se iba poblando de muchas consideraciones. Tardó mucho en encontrar la concordia y la paz. Después de ob-

servar y conocer tantas injusticias, quería conocer la fuente de donde manaban tales iniquidades.

Pasado un tiempo, dejó atrás la amarga experiencia del fallecimiento de su madre, se acostumbró a la existencia monótona. Haciendo de tripas corazón, Juan acudía casi diariamente a la prisión intentando levantar la moral de los presos, como para probarse así mismo que aquellas actuaciones que él consideraba impuras, aquellas impresiones pasajeras no harían decaer su anhelo de cumplir con su deber como médico. Con su bastón que manejaba con una destreza extraordinaria, deambulaba por las celdas, ante aquella muchedumbre abigarrada, y seguía con su mirada atenta y reposada los movimientos de los reos que parecían como figuras fantasmagóricas que se balanceaban. en vano encomendaba a Dios su pena, ya para que la remediará, como en su omnipotencia podía, ya para qué se la pesase a su favor en el día de las justicias, Intentando recatar su pena de los otros, se olvidaba de que era un médico del Santo Oficio. Los familiares de los ajusticiados miraban sin miedo la cruda realidad, seguros de vencer siempre, o dispuestos a morir antes de ser vencidos. Era una lucha contra el mal, contra el orden establecido, con la serenidad o el denudo de cambiar o mejorar aquella brutal situación.

En aquel espacio abierto, frente a la iglesia de Nuestra Señora de la Granada, se leían las causas en voz alta ante la muchedumbre congregada. El auto de fe era una manifestación pública cuidadosamente escenificada en la que se pronunciaba la sentencia a un acusado de cometer un delito de fe en medio de una gran ceremonia. Esta escenificación perseguía que el reo hiciera delante de todos los asistentes un "acto de fe" para que le fuera concedido el perdón de Dios y la salvación de su alma en el otro mundo. Es lógico que fuera un instrumento utilizado por la Iglesia como propaganda y ostentación de su poder, y provocara el terror en los fieles.

Juan se alejaba presto de aquel lugar, para refugiarse en la iglesia de Nuestra Señora de la Granada. Se encontraba desconcertado, no sabía qué hacer para ayudar a aquellas pobres

almas. Corría presuroso entre los puestos de los libreros y plateros que ocupaban los miradores de la planta baja. La angustia indecible le ahogaba. Hasta allí se oían los lamentos de los condenados que se consumían en las llamas. La traición, la herejía y la brujería eran delitos que llevaban a hombres y mujeres a sufrir un calvario en la plaza de Llerena y que se encaminaban con seguro paso la muerte, en medio de las llamas miraban con ojos compasivos a sus verdugos, y cuando parecía que les faltan alientos, alzaban su cántico de triunfo, que como su alma desprendida del polvo de la tierra, se perdía en el cielo.

El cabildo eclesiástico asumió el compromiso de dar preferencia al cabildo concejil en la ocupación y disfrute de los treinta y dos arcos de la fachada de la iglesia en los actos públicos a celebrar en la plaza. El cabildo concejil de Llerena agasajaba a los miembros del Tribunal inquisitorial con colaciones y les permitía asistir a los actos públicos en lugares preferentes, en los arcos de los corredores altos de la iglesia y la ciudad en los corredores bajos.

A veces, cuando Juan regresaba la prisión a visitar a los enfermos, ya no los encontraba. Los reos eran interpelados uno a uno por el tribunal de la Inquisición y tras el proceso eran mandados a la hoguera, tras haber sufrido torturas, una gran masa de elementos neutros y convicciones dirigidas a la superstición, que incluía procesos relacionados con la brujería, la herejía y una amplia variedad de delitos relacionados con la heterodoxia religiosa. El aire de la prisión se tornaba pesado, irrespirable. Juan, con los dedos agarrotados y el corazón entristecido, recordaba sus paseos por los parajes que circundaban el monasterio de Guadalupe, que le parecían entonces un vergel paradisíaco, con el corazón henchido de reconcentradas ternuras. Cuando los carceleros gastaban bromas a los reos, a Juan le irritaba de un modo evidente. La ira brillaba más de una vez en sus ojos, y a veces se impacientaba tanto que ponía freno a los carceleros. No podía contener el impetuoso denuedo que revelaba su semblante. Entre los reos se creaba un fuerte sentimiento de culpa; se les intimaba a buscar en su

memoria cuando habían actuado contra la fe, y así el tribunal inquisitorial provocaba su rápida y profunda destrucción psíquica. A consecuencia de ello muchos perdían la razón.

Pero, no solamente ayudaba a aquellos presos víctimas del infortunio. Su profunda gratitud también llegaba a algunos hundidos hogares, a los que asistía como médico y proporcionaba a los atribulados padres de familia, medios para que volvieresen a la vida del trabajo, dejando la vida miserable del pordiosero. Así se comprende que la noble figura de Juan, a más de ser admirada por los vecinos de Llerena, descollar a entre sus compañeros, siendo respetada por los poderosos y por los más desgraciados. por ese motivo, ganándose las simpatías de todos, se le veía como un instrumento providencial entre los familiares de la Inquisición, combatiendo la miseria y asombrando a todos con la enérgica y generosa resolución con que acometía su trabajo como médico y se imponía a todos los sacrificios, resuelto a que la voluntad del hombre remediara los atropellos que cometían algunos de sus compañeros del Santo Oficio.

El 1 de abril de 1605 León XI sucede al Papa Clemente VIII, que estaba afectado por la gota y se vio obligado a pasar gran parte de sus últimos meses de vida inmovilizado en la cama. Veintiséis días después, el 16 de mayo de 1605, Pablo V, procedente de una familia de noble alcurnia, sucede a León XI como papa. Falleció a consecuencia de un enfriamiento que cogió el día de su coronación. Los florentinos le apodaron el *Papa Lampo* (Papa relámpago). Alessandro Octaviano se distinguió por la gran defensa de la independencia de la Iglesia respecto a Francia y por su rechazo del nepotismo. Su encendida defensa de la Contrarreforma y el ser partidario de San Felipe Neri le valieron a Alejandro de Médici el nombramiento de pontífice en 1605, a pesar de la oposición manifiesta del rey español Felipe III, en un cónclave de sesenta y dos cardenales dividido en tres facciones: la española, la francesa y la de los cardenales nombrados por el papa anterior. El candidato de los cardenales era César Baronio, pero habiendo

criticado los métodos de la administración española en el sur de Italia, su nombre fue rechazado por el rey.

El pontificado de Pablo V, de más de quince años, puede considerarse abundante en frutos, tanto doctrinales, litúrgicos y devocionales como políticos y artísticos. Beatificó a Ignacio de Loyola (1609), Teresa de Jesús (1614), Felipe Neri (1615), Francisco Javier (1619) e Isidro Labrador (1619), a quienes su sucesor canonizaría en 1622. Lo que le ha granjeado mayor notoriedad es que encargara a Carlo Maderno la fachada de la basílica de San Pedro, modificando el proyecto original de Miguel Ángel. Como va dicho, es allí donde consta su nombre, en el centro de la inscripción en piedra que, traducida del latín, dice: EN HONOR DEL PRÍNCIPE DE LOS APÓSTOLES, PABLO V BORGHESE ROMANO, SUMO PONTÍFICE, AÑO 1612, 7º DE SU PONTIFICADO.

Cuando Juan estudió en Salamanca, tuvo conocimiento de Pablo V durante su estancia en Madrid, en 1594, cuando tomó contacto con la Congregación de Indignos Esclavos del Santísimo Sacramento; y, sobre todo, cuando Pablo V fue Secretario de la Inquisición Romana en 1602, quiso tomar algunas medidas para mejorar las condiciones de las cárceles ubicadas en el estado de la Iglesia. Su profunda cultura jurídica y su visión intransigente se llevaron inmediatamente a la aparición de conflictos con algunos principados italianos.

Corría el año 1606. Se estaban realizando obras en la Casa Maestral, bajo la vigilancia de la milicia acantonada en la ciudad y que asistía al Santo Tribunal acatando sus órdenes. Un edificio que ya se encontraba en lamentable estado de conservación a finales del siglo XV, habiendo siendo el núcleo principal de la Orden de Santiago. Ya había sido restaurado en el primer decenio del siglo XVI para instalarse los familiares del Santo Oficio, que contó siempre con la ayuda del cabildo llerenense. Pero, una vez que abandonaron el edificio en 1570 y se trasladó al palacio de los Zapata, volvió a necesitar una urgente reforma. El palacio episcopal también se utilizó como primera sede de la Inquisición. A Juan le gustaba debatir en el edifi-

cio episcopal los problemas existentes en Llerena con el padre Damián Crespo, paseando por en el patio central, porticado en tres de sus lados, de grandes arcos peraltados. A veces, la conversación duraba tanto que continuaban sus paseos por otras estancias que se abrían hacia el espacio de la huerta mediante arcos de medio punto de ladrillo enmarcados con alfices.

En noviembre de 1607 llegó a Llerena un destacado miembro del clero de Roma, Agustín Llanero, agustino descalzo. Era alto y delgado. Un personaje entristecido, inmóvil, siempre silencioso, de destacada palidez de alabastro. Que recientemente se había trasladado a España. Había sido testigo directo del nombramiento de Pablo V el 16 de mayo de 1605 en el Palacio Del Vaticano, y en la consagración por el Cardenal protodiaco Francesco Sforza el 29 de mayo. En 18 de febrero de 1606 se le había permitido el acceso al sacerdocio.

Le contó a Juan que había tenido problemas en la congregación de Roma con algunos dominicos en el mantenimiento de sus creencias sobre el libre albedrío, decisión que no dejó de suscitar controversia. Incluso había presenciado algunos ritos de brujería bajo el influjo de la luna, brujas que se reunían en un claro del bosque de Bomarzo, atraído por la inmensidad y el ambiente, donde las mujeres, casi desnudas, ebrias de la olorosa noche, cantaban y brincaban mirando sus sombras lo mismo que los chivos enardecidos alrededor de una fogata, y de donde huyó Agustín Llanero angustiadamente.

En los años en los que Juan vivió en Llerena, la ciudad había experimentado una reforma urbanística importante debido, sobre todo, al aumento de población. Su espacio placero se convirtió en el centro de la vida pública y de las festividades (autos sacramentales, juegos de cañas y corridas de toros). El Santo Oficio se situaba en los primeros arcos de la fachada del templo de Nuestra Señora de la Granada para presenciar los actos, previa autorización del párroco don Juan Lozano, sacerdote rígido que no se dejaba amedrantar ni por los familiares del Santo Oficio.

—¡Qué cruel es la vida!—, le dijo Sorapán de Rieros al padre Lozano.

—Cada cual mira su propia conveniencia y procura solucionar sus necesidades—, le contestó Juan Lozano.

Era lógico actuar así en aquella época, en aquel ambiente mezcla de terror y de veneración en la vida ordinaria. La Inquisición era una institución independiente de la Iglesia pero estaba respaldada por la Corona para perseguir a los herejes. Juan percibía por aquel entonces 50.000 maravedíes de salario. Al pueblo llano, en el que anida siempre una latente xenofobia, le gustaba ver cómo se hacía escarmiento en los pecados ajenos, no en los propios y la Inquisición fue decisiva en la limpieza étnica.

Juan, observando lo que tenía a su alcance, meditó y pasó de la desesperación a la indiferencia. Estos sentimientos le ayudaban a poner el máximo interés en el ejercicio de la medicina. Su manera de expresarse y hasta la forma de actuar contrastaban demasiado con las costumbres y los gustos de otros familiares del Santo Oficio. Algunas noches tardaba en dormirse rememorando los felices acontecimientos que vivió durante su estancia en Guadalupe, pero casi siempre una sombra le entristecía al final. Así pasaron los días, alternando los ratos de dicha desbordante con otros melancólicos y tristes, intentando dar tregua por breves días al ejercicio de la medicina, con el objeto de reponer las agotadas fuerzas y buscando en el momentáneo reposo alivio a su delicada salud.

Juan acudía por las tardes a la iglesia de Santiago a oír misa, entabló una buena amistad con el sacerdote Martín de Bolaños. Nunca olvidará el cariño hacia él, en un ambiente tan poco propicio para ello. Su vida cambió una tarde. Aunque era un hombre distraído, retirado de cortesánías y de vida comunicativa, forzosamente tuvo que distraer su atención ante la presencia de una mujer, de gracioso semblante y angelical inocencia, que se sentaba bastante cerca de su sitio, y que se cubría el rostro con una redecilla que oprimía el abundante cabello negro. Juan la observaba con el rabillo del ojo. Vestía de manera recatada,

debía llevar una vida de poco esparcimiento. En el momento de recibir la comunión, Juan estaba expectante, la dama se quitó la redecilla y Juan pudo ver el encanto de una sonrisa en los labios de aquella mujer, deteniéndose en su perfil que se destacaba sobre el fondo de las paredes del templo. Era alta, estaba muy delgada, vestía una falda de terciopelo labrado en que las flores estaban en lo alto y el bajo era de raso. Tenía los ojos negros y con un suave sonrosado en las mejillas.

A medida que transcurrían los días aumentaba el interés de Juan por aquella dama. Todas las tardes iba a misa Juan para contemplar ese rostro agraciado del que se había quedado prendado. Un día observó que la dama había mantenido una distendida conversación con el cura. El padre Goicoechea era un hombre de unos sesenta años, alto, muy flaco y de rostro arrugado. Cuando se marchó la joven, Juan le preguntó:

—¿Quién es?, ¿Cómo se llama?

—María de Linares— respondió el padre Goicoechea con voz grave.

—¡Hijo! ¡Mi querido Juan!—exclamó el padre. María es una candorosa y atemperada dama.

—No siga usted! —interrumpió Juan— ¡Está usted considerando que no puedo acercarme a ella!

—Puede que lo hiciera, en efecto..¡Pero ya me dirá usted qué reacción tiene su padre!

—María no te mira...cuando tú la miras a ella! Pero cuando no puedes observarlo, apenas aparta de ti sus ojos., le dijo el padre Goicoechea.

—Lo cual podrá muy bien consistir en que efectivamente sospecha nuestras relaciones— replicó Juan.

La incertidumbre y el desasosiego avivaba los sentidos y sentimientos de Juan.

Y ya no pudieron añadir más, la imagen de la dama resultaba impresionante, inmóvil, se dio la vuelta y se volvió hacia ellos. Juan la contempló detenidamente, tras un profundo silencio y con los ojos clavados en María, juvenil y de esbelta figura.

El padre Goicoechea rompió el mutismo en el que se hallaban.

—María, te presento a Juan Sorapán de Rieros, médico del Santo Tribunal y muy devoto de la Virgen.

María le miró con el ceño un poco fruncido, pero no dijo nada de particular. Clavó los ojos en él, con helada expresión, luego dominada por un estremecimiento, se limitó a despedirse con un lacónico:

—¡Adiós!

A María le molestó extraordinariamente que Juan estuviese relacionado con tal institución. Su respuesta fue muy expresiva pero nada amable, a pesar de ello, la melodía de su voz llegó hasta el corazón de Juan. En su afán por desviarse de la cuestión, volvió a quedarse callada. Instantáneamente se marchó por el camino más rápido, salvando los obstáculos que se la oponían, un candelero de hierro, y dando largos pasos se dirigió hacia la puerta.

A Juan le costaba trabajo reconocer que aquella amable y delicada joven se hubiera mostrado tan áspera y silenciosa. Por instinto natural, la juventud de aquella época, experimentaba repugnancia hacia lo que consideraban malo, relacionado con un tribunal inquisitorial que utilizaban en las torturas fuego candente, golpes en las articulaciones, damas de hierro y ruedas de tormento, que ponían en peligro la vida del reo y provocaban mutilaciones permanentes.

A pesar de ese desplante, a Juan le había resultado encantadora. No pudo por menos de pensar en que aquella joven estaba disimulando y había intentado ocultar delante del cura la curiosidad y el interés que despertaba en él. Y, a pesar de haber quedado un tanto desorientado con aquella respuesta, volvió todos los días a la iglesia de Santiago con el fin de volver a encontrarse con ella. Así transcurría el tiempo. Apenas volvían a reencontrarse en el templo, llamaba a su presencia a María, se miraban sin pronunciar una palabra, conociendo cada uno hasta qué punto resultaban largas las horas de volver a verse. No tardó María en observar la inquietud de Juan y su angustia y en leer dentro de su corazón.

Pasaron varios días. María se sentaba cada tarde en un lugar distinto. A Juan le crispaba los nervios esa especie de aislamiento. Una mañana, ya avanzado el mes de abril, por fin, fue directamente al asunto que le preocupaba y esperándola a la salida de la iglesia, se dirigió a ella.

Mientras se desarrollaba aquel idilio, María por fin se acercó a Juan y le explicó a Juan que procedía de Jaén, que su padre había tenido problemas con algún que otro familiar del Santo Oficio. Juan, al comprenderlo, la sujetó con sus manos en ambos hombros de María y los oprimió con fuerza. La miró. Tenía los ojos muy negros y brillantes, y los labios estremecidos. Estaba claro que pasaba por una fuerte emoción.

—No puedo corresponder a tu llamada angustiada. Eres una mujer que tienes valor y fuerza de voluntad y posees un corazón capaz de sentir el dolor en toda su intensidad. He intentado en vano romper tu frialdad hacia mí.

María, presa de la cortedad, asintió con la cabeza, tenía un nudo en la garganta y los ojos llenos de lágrimas.

—Me alegro de conocerte—, expresó Juan.

Arguyendo que se le hacía tarde, se despidió de ella. Entre la multitud se fue alejando sola con sus pensamientos. Absorta en sus recuerdos. Juan admiraba esa mezcla de cualidades y escasos defectos, veía en aquella joven energía y pasión, cualidades que acabaron por dominarle completamente.

Desde aquel momento, la relación entre ambos fue estrechándose. Juan fue ayudándola a recuperar el ánimo, aumentando el interés entre ambos. Ambos intimaban cada día más. Coincidían en la manera de pensar y de ser. Aquel rostro pálido comenzó a resplandecer con una sonrisa que asomaba a sus labios. Por su parte, Juan tenía con ella detalles y atenciones superiores a los que prodigaba a los demás. No podía vivir sin ella de manera alguna, y no quería perder un ápice de su precio y cariño. María creyó en la sinceridad y en la constancia de Juan.

Cuando Juan regresaba a sus aposentos, todas las impresiones tristes parecían haber huido, todas aquellas ideas som-

brías parecían haberse olvidado. Era imposible olvidarse de aquella elegante doncella.

Juan procuró acabar de enamorarla con el pretendido remedio que puso a su pasión. Una mañana se declaró Juan a María. El momento no podía ser más propicio, lucía un sol espléndido que invitaba a pasear. Ambos se contemplaron fijamente. Juan nunca olvidaría el instante aquel, contemplando aquel rostro de hermosas líneas rodeado por el cabello. María con un resplandeciente semblante, tímida y angelical. Se colorearon sus mejillas. A pesar de la situación, más bien embarazosa para Juan, surgió una sonrisa de los labios de María. Sin decir nada, porque no hacía falta decir nada, María y Juan cambiaron una mirada que resumía sus pensamientos mejor que cualquier frase.

Juan y María coincidían en la manera de pensar y de ser de forma asombrosa. Poseía dulzura y grandes virtudes, todas las grandes cualidades para una joven mucho más joven que Juan. Tenía detalles con ella y atenciones superiores a los que de ordinario prodigaba a los demás y en correspondencia recibía cada día una sonrisa amable que resplandecía en su rostro. Llegó el momento de conocer a la familia de María.

Algunos días después le emplazó el padre de María para reunirse en su casa. Juan confiaba llegar a introducirse en la vida de la familia Linares, que gozaban de una situación privilegiada en Llerena, e intentar arrancar a María aquel estado de obsesión en que la colocaba su desprecio hacia los familiares del Santo Oficio. Juan llegó muy ufano y alegre, pidiendo albricias con sus ojos risueños, con su paso vivo y firme. Tras pedir permiso entró en la casa de la familia Linares, dio un paso hacia la puerta, y antes de llamar, se agachó para acariciar la cabeza del perrito que estaba en un lateral. Al oírle ladrar, María, que estaba en la salita, se levantó del sillón y salió corriendo hacia la puerta.

—Buenos días.

Ella le saludó con un gesto bajando la cabeza y le invitó a entrar en su casa, deshaciéndose de dulzura pero exagerando su coquetería, deteniéndose en cada paso que iba dando.

Influido por la cariñosa acogida, tenía ansias por encontrarse con el señor y la señora Linares.

—Adelante, adelante, gritó el padre de María desde algún lugar de la casa. Paseaba, paseaba a lo largo de su gabinete. A ratos detenía la marcha y se quedaba mirando hacia alguno de los muros, pensando en el recibimiento que tenía que hacer a Juan.

Juan entró en el vestíbulo y se dirigió hacia la sala de estar siguiendo los pasos de María. La casa resultó grande para Juan. Un pasillo que daba la vuelta a un patio central, a lo largo del cual se organizaban las habitaciones. En una butaca estaba sentada la madre de María, cosiendo, pero levantó la cabeza y saludó a Juan, el cual correspondió al saludo.

Hernando Linares abandonó el gabinete y se dirigió hacia la sala de estar con las manos a la espalda. De pie, al lado de su esposa, reclinada en un sofá, se encontraba el padre de María cuando Juan se presentó, reparó en su rostro, repleto de arrugas y con una mirada majestuosa. Sus ojos se abrieron desmesuradamente y sólo dirigió una leve sonrisa a Juan. Francisca, la madre de María, se pasó por los labios un pañuelo bordado que tenía en un bolsillo y disimuló una sonrisa. Francisca era una de esas mujeres que tenía facciones romanas, vestía una ancha falda de brocado y muchos pliegues que la estilizaban. Las cortinas limitaban a su derecha el campo visual. Ese acto de solicitar al padre la mano de su hija para casarse era sinónimo de solicitar la potestad y el control sobre ella. Hernando era un hombre sazonado y ameno en su trato, había siempre en él serenidad y reposo. Francisca era una de aquellas damas que piensan mucho en el porvenir de sus hijos, no se empalagaba nunca de su hija, pero quería lo mejor para ella, como cualquier madre que se precie. Hernando amaba a su esposa, como aman los hombres honrados.

Juan y Hernando permanecieron un rato en silencio, uno a cada lado. La situación resultaba violenta. Hernando Linares era un hombre frío e imperioso. Su inquisidora mirada parecía querer leer dentro de la cabeza de Juan sus pensamientos. Los

minutos rodaron sobre la frente de Juan que intentó dominar los nervios, alzando la cabeza y adoptando una firme actitud.

—No quiero quitarle demasiado tiempo, y paso a decirle y a explicarle el objeto de mi visita.

Después de oírle hablar Juan, no le preocupaba tanto lo que le había dicho como lo que dejó por decir. Nunca dejó de preguntarse: ¿Qué pensará realmente el señor Hernando sobre mí?. Nada más fácil que el día menos pensado enderece Hernando sus torcidos pensamientos hacia Juan. Pero, eso no iba a suceder, ya que el matrimonio fallecería a los pocos años.

Hernando Linares levantó la cabeza, pasóse las manos por ella y le habló claro y rotundamente, con un acento ronco que le estremeció a Juan.

—Conozco el motivo de su visita. Ha sido un golpe demasiado fuerte para nuestra hija. Pocas a su edad se han visto en el trance de encontrarse ante un familiar del Santo Oficio que le declare matrimonio—, declaró Hernando Linares.

—Lo que me extraña es que su familia no haya logrado sacarla de esa angustia. No todos los familiares pensamos y actuamos igual—, contestó Juan.

—La cuestión es más complicada de lo que parece— indagó fríamente Hernando—, una mujer de su edad hablando de la muerte y aludiendo a los sufrimientos que un cuerpo humano puede soportar no es corriente. Transijo, pues, con que sea un hombre de orden entre las damas. Yo no soy de los que excomulgan a un caballero por hallarle besando la mano de una dama. Mi hija es una joven inexperta y la sensación que le produce el encontrarse con la vida real la produce una sensación de pánico. Aunque muestre un impulso de suficiencia personal que la anima.

Juan hizo verdaderos esfuerzos para lograr encontrar las palabras adecuadas. El momento no podía ser más propicio. Su desconcierto era cada vez más grande.

—Sí, ya me ha contado que algunos familiares han tenido serios problemas.

—Efectivamente, inocentes y no culpables fueron perseguidos, juzgados.—replicó Hernando—. Incluso dos miembros

de mi familia sufrieron esta persecución, si un miembro era sospechoso, sus familiares también lo eran. Mucho influyó en nuestras vidas, sin duda alguna, aquellas pérdidas.

Juan asintió, por su semblante pasaron claramente las impresiones negativas que tenía de las actuaciones del Santo Oficio, sacudiendo a su imaginación, pero agradeció profundamente las primeras demostraciones de afecto y confianza de Hernando. Se sintió conmovido, alzando los ojos y moviendo los labios como si estuviera rezando. Sabía perfectamente a qué se refería Hernando.

—Efectivamente, la actividad procesal del Santo Oficio es bastante represiva. En la mayoría de los casos no se sabe ni el posible delito que un reo ha cometido.

Hernando alabó las palabras de Juan, le manifestó que le honraban. Hernando terminó de profundizar en el pasado de Juan. Miró alrededor, y advirtiendo alguna distancia a María, la llamó.

—No puedo hacer nada por impedir este enlace.

Seguidamente, entró en el aposento y se sentó sobre un diván, cruzando sus piernas, y apoyó su medio expresivo semblante en una de sus manos. María permaneció impasible, ligeramente, sonriente. Se quedó un momento silenciosa y Hernando contemplando el rostro de su hija, entendió vagamente que era preferible aceptarle a Juan. María debía entender mucho del modo de convencer a su padre, porque con suavidad casi de súplica, solamente con la mirada, conseguía lo que se proponía.

Una vez que Hernando Linares consintió. María sonrió dulcemente. Movié la cabeza y, respiró aliviada. Le miraba fijamente sin parpadear con sus enormes ojos, muy abiertos. María se llevó una mano a la frente. Flotaba en su boca una bella sonrisa al haberle proporcionado el consentimiento de su familia una gran satisfacción.

Juan y María, sin decirse nada, cambiaron una mirada que resumía sus pensamientos mejor que cualquier frase. María respiró, estrechó las manos de su padre entre las suyas y se echó a llorar y a reír al mismo tiempo, con el franco abando-

no de quien recobra su perdida paz. María era la sencillez y la espontaneidad personificada. Resultado de aquella escena fue que, entre lágrimas y besos, María y Juan acordaron no separarse jamás.

Desde aquel día, se contemplaron con más detenimiento y se sintieron íntimos, gozosos, con una gloriosa llama de alegría. Sentía Juan que los ojos de la dama le atraían y le acercaban a ella. Fue todo tan rápido, tan inesperado, que transcurrieron varios días para que ambos se unieran en matrimonio. En el interior de la iglesia estaba María dichosa, triunfante, de pie, junto a su padre. Cuando Juan entró se dirigió hacia la capilla del prior y estrechó la mano suave de María, confiada y cariñosa, que no temblaba entre las manos de Juan, estableciéndose la comunicación entre ambos, en silencio, amantes efluvios de corazones inocentes, dos vidas que se iban a fundir en una.

Asimismo, pasado el tiempo Hernando le contó a Juan, como se cumpliese un penoso deber, confidencias de los trágicos sucesos por los que había pasado su familia con el Santo Tribunal. Confidencias que al conocerlas Juan le sumió en una trágica desesperación.

Llego el día más feliz para Sorapán de Rieros. Aquellas semanas pasaron sin ningún accidente digno de mención. Los enamorados paseaban por los jardines, rodeados de flores, con un cielo infinito ante los ojos, embebidos en su mutua contemplación, temeroso Juan de que todo fuera un sueño. María, en toda la plenitud de su hermosura, una mujer abierta al generoso influjo del sol y mostrando todos sus encantos.

Los primeros días se preocupó Juan de la reunión que había mantenido con Hernando Linares; pero después, descansando en sus benévolas intenciones y en la seguridad del cariño de la familia de su amada, y embelesados su corazón y su espíritu con la dulce idea del casamiento con María Linares, se desimpresionó de aquella pueril complicación y esperó con agrado el día que iba a contraer matrimonio.

Iban pasando los días y atrás quedaban los rigores de las inclementes tardes de febrero y marzo, la lluvia desoladora.

Juan no acertaba a definir el sentimiento que le inspiraba el hecho de irse a vivir con su amada, él que siempre había sido un hombre solitario relacionándose con las estampas de los libros y prestando el máximo interés a las hierbas y raíces que cogía en el campo para sus brebajes. Se adentraba a menudo en las espesuras de los bosques, arañándose en las zarzas, por entre los robles de troncos vestidos de líquenes y los castaños cargados de los erizos de sus frutos, siguiendo las sinuosidades de las veredas y por los arroyuelos olvidados entre herbazales, siguiendo el zigzag de los senderos casi ocultos entre las hierbas. Cuando presentía la llegada de la noche, regresaba.

A Juan le habían quedado grabadas aquellas lecciones que había aprendido en Guadalupe. Sobre todo, las referencias al frexnense Francisco de Arceo. Recordaba su famoso bálsamo, el *bálsamo de Arceo*, tenía efectos antisépticos, antibióticos y cicatrizantes y contenía trementina y alcanfor. Francisco Arceo también dejó un interesante inventario de productos farmacéuticos curativos, tanto naturales como elaborados. Fue una clara fuente de inspiración para Sorapán de Rieros. En un estante de su habitación tenía libros de López de Corella, Luis de Lemos, Nicolás Monardes, todos relacionados con la ciencia médica o la higiene mejor dicho, destacando sobremanera a Francisco Núñez de Oria con su importante tratado higiénico dietético titulado *Aviso de sanidad pública* de 1569 y el libro de Blas Álvarez de Miraval, titulado *Conservación de la salud del cuerpo y el alma*, que Juan le tenía ya deshojado de tanto abrir sus páginas.

Mientras tanto, a Hernando Linares y su esposa, la boda de la hija de una de las casas más engréidas de Llerena les encantó, con la justificación de la necesidad de tener un heredero, un nieto.

Juan dedicó su tiempo a María, y rehuyó las invitaciones a reuniones o banquetes a los que acudía frecuentemente en Llerena. Además, se encargó de los preparativos para recibir dignamente a María en su nueva casa. Pasaron algunos meses. Juan y María contrajeron matrimonio en el mes de abril del año 1608 en la iglesia de Nuestra Señora de la Granada, en la

suntuosa capilla gótico—renacentista de Luis Zapata, el día señalado, a la hora señalada y en el lugar señalado para tan gran suceso, sin que cosa alguna contrariase el plan formado a su debido tiempo por Juan y Hernando Linares. Al lado de Juan estaba María, vestía de azul, porque se asociaba a la Virgen y fue el color favorito de las novias, porque representaba el amor eterno. Bella mujer, de pupilas aterciopeladas, medrosa, con cabello negro de liso peinado, contemplando sumisamente a Juan. María lo era todo para él. Juan tenía veintinueve años y María, mucho más joven que él, diecinueve años. Aquella mañana María estaba triunfante, llena de júbilo y espléndida hermosura. Era una mujer alegre y de buen corazón. Juan la miraba como el ciego mira al sol, que aunque no lo ve, siente el calor en las pupilas ciegas. Había alcanzado la paz y la felicidad, después de tantos años de soledad y pena; de tantas horas de fúnebres visiones.

El matrimonio se fue a vivir a una casa que había comprado Juan Sorapán, muy cerca de la residencia del matrimonio Linares, en un recogido lugar de augusta pureza, cerca de la iglesia de Santiago, pero alejado del barrio de la Morería. La vivienda tenía un gran salón decorado con ornamentos litúrgicos y cuadros religiosos, donde el matrimonio pasaba la mayor parte del día al calor de una chimenea con un sistema de emparrillado que permitía al aire entrar por debajo del combustible, logrando que el fuego permaneciera vivo durante más tiempo y logrando apartar la ceniza y los olorosos humos. También, había una caja compartimentada con espejo en el interior de la tapa, que contenían pomos, cajas de peines, bandejillas, azafates, peinadores y tenazuelas (pinzas para arrancar el vello). Arcas, bufetes y escritorios completaban el adorno de la cámara y de la consulta de Juan, que disponía de sillas bajas, llamadas de mujer o de devanar seda, junto a bufetillos y escritorios de estrado, en los que se guardaban papeles, pequeños libros, adminículos y objetos de uso. La felicidad de aquel matrimonio no tuvo contrariedades.

Durante la estancia de Juan en Llerena, la Inquisición española se ocuparía principalmente del problema morisco y de los focos protestantes que iban surgiendo, a pesar de que los procesos más importantes se sucederían en Valladolid y Sevilla. Estos procesos acabarían prácticamente con los intentos de implantar un protestantismo en España.

Por otro lado, la Inquisición luchaba contra los moriscos, cuyas tensiones aumentaban, hacía años que se había terminado con la insurrección de las Alpujarras (1568—1571), ahora se iba a llevar un proceso general de expulsión de los moriscos en 1609, durante el reinado de Felipe III. Ya desde el reinado de los Reyes Católicos venía arrastrándose este problema. Mientras el pueblo dio los moriscos, los nobles los apreciaban por su laboriosidad y constancia, pero todas las medidas encaminadas a su conversión, fueron infructuosas. El arzobispo de Valencia, beato Juan de Rivera, enviaban memoriales a la corte reclamando su expulsión. Por fin, el duque de Lerma consiguió el mandato real para expulsión de los moriscos valencianos, medida que se mantuvo en secreto hasta el año 1609. Finalmente, se dio publicación esta orden, señalando como punto de embarque el puerto de los Alfaques, Vinaroz, Valencia y Alicante. Se les autorizó para llevarse los bienes muebles. El duque de Gandía se señaló por su espíritu de protección, acompañándoles hasta los puertos de salida.

En aquel mes de abril de 1609 se iba a producir uno de los mayores éxodos que había sufrido España, cuando trescientos mil españoles se vieron obligados a abandonarlo todo por el mero hecho de ser cristianos nuevos. Ese mismo día, el 9 de abril de 1609, se firmará la tregua con los protestantes holandeses tras la Guerra de los Doce Años. De esta manera, el rey Felipe III había pactado con los herejes protestantes, pero había sido capaz de expulsar a una gran parte de su población. El rey estuvo apoyado por el Papa y un buen número de eclesiásticos que consideraban que una total conversión requería de una prolongada asimilación en las creencias y sociedad cristianas. Pero el principal motivo radicaba en que los mo-

riscos habían ido adquiriendo cada vez mayor peso político y económico y ponía en riesgo la continuidad de la Monarquía Hispánica. Esta opinión se veía reforzada por las numerosas incursiones de piratas berberiscos, que en ocasiones eran facilitadas o festejadas por la población morisca y que asolaban continuamente toda la costa mediterránea. Los moriscos empezaron a ser considerados una quinta columna, y unos potenciales aliados de turcos y franceses. De ahí el temor de una posible colaboración entre la población morisca y el Imperio turco otomano en contra de la España cristiana. Los moriscos suponían la mayor amenaza para los intereses de la Corona Española. En el mes de diciembre de 1609 se decretó la expulsión de los moriscos de la Mancha, Castilla y Extremadura, a la que siguió, al año siguiente, la de los de Aragón, Murcia y Andalucía. Con los validos de Felipe III, la crisis española se hizo inevitable, y la falta de recursos condujo a la venta de cargos públicos, inaugurándose así los fraudes que precipitaron a la Hacienda hacia la bancarrota.

La vida de Juan se completaba en su esposa, que formaba parte de su propio ser. Se afanaba por concederle cuanto quería. El 4 de junio de 1610 gran alegría florecía en el corazón del matrimonio, Juan y María, con el nacimiento de su primer hijo, Eugenio Sorapán. Eran las ocho de la tarde, en una pequeña habitación con suelo veteadado de tablones, vino a la vida Eugenio, concebido el seno materno, engendrado amorosamente. Cuando un hombre nace a la vida, una estrella brilla en el firmamento de su corazón. El hombre adquiere el ineludible compromiso de poner en juego todos sus resortes para dominar su corazón por los bienes que le rodean. Con el tiempo fue licenciado y clérigo. Juan, se conmovió de alegría y la esparció y comunicó a sus amigos y vecinos de Llerena.

Pero, la población comenzó a sufrir una plaga. La enfermedad de la peste que comenzó a asolar a la población propagada por las ratas y las pulgas que despertaron del letargo invernal entre el ropaje que algún forastero introdujo en la ciudad. Lo cierto es que la peste hizo acto de presencia en Llerena,

tomando los oficiales concejiles una serie de medidas tendentes a cortar o aminorar su propagación, tales como nombrar a regidores como comisarios para este delicado asunto, solicitaron la colaboración del clero para llevar a cabo continuas rogativas a Dios por intercesión de Santa María de la Granada y de San Roque; y, cerraron todas las puertas de la villa, dejando abierta sólo una de ellas bajo la custodia de un portero *delator de enfermos*, respaldado por guardias de seguridad. La naturaleza de la epidemia no consentía dilaciones.

Mientras la desgracia se había cebado con gran parte de la población. Contrataron los servicios de varios médicos, incluso el de Juan Sorapán, así como el de boticarios y barberos—sangradores para detectar y curar enfermos, que luchaban en vano contra la oleada de mortalidad. Los enfermos fueron aislados en la ermita de San Benito, encargándose *los pícaros de la villa* de transportar a los sospechosos, donde quedaban bajo la asistencia de cuidadores y la vigilancia de una guardia para impedir que enfermos y sospechosos abandonasen la cuarentena. Afortunadamente, el brote pestilente desapareció al año siguiente.

Tomás Sorapán, el segundo de sus hijos de Juan y María, nació al declinar el día un 20 de abril de 1612, no tuvo estudios, pero por legado de su mujer tuvo el mayorazgo de Sancho de Sande.

Durante los últimos cuatro años de permanencia en Llerena dedicó la mayor parte de su tiempo a cuidar de su familia y a leer la filosofía clásica griega, haciendo extensivo su planteamiento en la obra que escribirá años después en Granada, partiendo de los textos clásicos. También se interesa por la obra de Hipócrates, sobre todo en lo relativo al tratamiento dietético considerando que es el logro del equilibrio entre los ejercicios físicos, la comida, y las bebidas. No olvidemos el tratado hipocrático, y los libros sobre la dieta están dedicados al estudio del funcionamiento contrapuesto entre la cualidad y la función de los alimentos y los ejercicios físicos. Además de Hipócrates, también lee los tratados de otros destacados per-

sonajes de la antigüedad clásica, tales como Homero, Platón, Cornelio Celso, Galeno y Aristóteles. Juan nos expondrá años después en una obra memorable los bondadosos efectos del ejercicio físico en la salud corporal.

Una noche se hallaban en su gabinete, María y Juan. Habían hablado larga y cariñosamente de la conformidad de pensamientos como base inquebrantable del matrimonio. De repente, Juan dejó de leer un libro que tenía entre sus manos y se acercó a María y le puso la mano en el hombro.

—Pronto llegará mi próximo destino— le dijo, clavando en ella su mirada.

María aguardó un poco, y le contestó:

—Yo me quedaré en Llerena. No sé el tiempo que estarás alejado de nosotros.

Juan la estrechó entre sus brazos y la besó en la frente. Sonrió afablemente, señal inequívoca de complacencia, iluminó su semblante triste.

Así transcurrió el tiempo. Y aquí pudiera terminar la presente historia; y, sin embargo, aquí es donde principiará a ser interesante la vida de Juan Sorapán.



Palacio de los Zapata, lugar de residencia de Sorapán de Rieros en Llerena

IV

Su etapa en Granada, 1616—1619

El 20 de julio de 1616 partió solo hacia Granada, setenta y dos leguas le separaban de distancia entre ambas ciudades. Eugenio y Tomás se habían quedado con su madre en Llerena. El sol apuntaba por Oriente. Durante todo el viaje se mantuvo el cielo azul y el sol brillaba alegremente, flotaban lejanas nubes. Acababa de abandonar Llerena donde había pasado dieciocho años de su vida. Seguramente los más amargos por las crueldades que tuvo que soportar; aunque desde el punto de vista familiar, los mejores años. Abismos de horror entre vieron los ojos de Juan a través del velo de gloria y de ventura que envolvía la vida del médico en aquellos años.

El camino hacia Granada siempre estuvo muy transitado, tanto los caminos anchos como los atajos y pedregosas trochas. Para colmo del infortunio, las pésimas condiciones del viaje no impedían que Juan fuera meditando que por más que aquellos sucesos que había vivido en Llerena habían enturbiado su vida, los familiares del Santo Oficio habían dado un giro brutal a la vertiginosa carrera de Juan y habían encenagado su corazón, un manantial inagotable de remordimientos. Las continuas visitas que tuvo que hacer a la prisión acabaron por causarle espanto, surgiendo una fe ciega en la inagotable bondad y acendrado cariño hacia aquellas almas destinadas a

morir. Muchas y diversas causas le llevaron a Juan a meditar en su largo camino hacia Granada. La honda impresión que produjeron en él las largas horas que pasaba atendiendo a los enfermos en la cárcel, la desastrosa muerte de muchos de los reos condenados a los más crueles castigos; la melancolía con que, a su pesar, recordaba el rompimiento con muchos de los familiares del Santo Oficio; pero, también, le quedaba la dulce satisfacción de los últimos años al lado de su amada esposa y el respeto con que la sociedad le saludaba por las calles de Llerena. Todas esas causas habían dado lugar a un profundo cambio en sus pensamientos e ideas, mirando con mayor disgusto cómo la vida iba transcurriendo con rapidez.

Cuando iba disfrutando del viaje, viendo a los pájaros levantar el vuelo en busca de comida para sus crías, un bronco ruido de fuertes pisadas rompió el encanto de aquel camino que había cogido Juan. Era un curioso personaje que iba a galope y que Juan había distinguido entre los árboles. Tenía unos cuarenta años de edad. Iba camino de Antequera.

Aminoró la marcha y se acercó a Juan. Le contó que había ejercido el cargo de racionero en la Catedral de Granada, allí había pasado los mejores años de su vida, habiéndose creado un círculo de amigos entre los poetas que vivían en la ciudad granadina, tales como Juan de Arjona, Gregorio Morillo y Andrés del Pozo. La fama de la ciudad granadina había traspasado fronteras. Nuestro personaje en cuestión se llamaba Agustín de Tejada y juró no volver a Granada dado que había tenido serios problemas con el Cabildo de la Catedral, los cuales motivarían su pronta vuelta a Antequera. Le advirtió a Juan de la enorme influencia que ejercía el Cabildo entre los vecinos de la ciudad.

Todo estaba quieto bajo sus miradas. Juan le relató los amargos momentos que había pasado en Llerena cuando iba a visitar a los presos. Había acabado cansado y con el alma marchita al presenciar tanta crueldad. En la apoteosis de cada crepúsculo había una especie de precaución terrible, que se podía

interpretar como una despedida a la que estaban condenados a no ver la aurora.

Al despedirse de Juan le regaló un cuadernillo en cuya primera hoja, en manuscrito, se podía leer *Flores de poetas*. Deseándole que en su nuevo destino volviera a empezar su vida con ansias renovadas.

Apoyó su mano en el hombro de Juan, empuñó la brida y, con un esfuerzo, montó en su caballo y se marchó.

Juan siempre guardó un recuerdo imborrable de aquel vate, vivaracho y ocurrente. No puede negársele a este poeta la elocuencia y el deseo constante de agradar a todo el mundo. Desde entonces comenzó a escribir con excepcional talento en un cuaderno que siempre llevaba consigo las enseñanzas que había adquirido en el monasterio de Guadalupe y en Salamanca, dentro de una especialidad médico—literaria—folklórica, estudios centrados en la salud del cuerpo y el alma, la anatomía.

Pasaron varias horas. Decidió que lo más sensato era que se echase a descansar. Con cierto abandono se apoyó en su brazo derecho y se recostó a la sombra de un árbol, mientras la mano izquierda jugaba con las ramas y tendió las piernas con dignidad. Después de descansar unas horas, apretó con sus manos unos mendrugos de pan y los agitó alegremente, los pájaros revoloteaban alrededor de Juan. Conservaba su agilidad, se montó en su caballo, le espoleó y partió.

Tras descansar en repetidas ocasiones en las posadas de paso, llegó a una de ellas, cansado del largo trayecto. La posada tenía un solo piso, con tan pequeña altura que daba cierta apariencia cómica, los jinetes podían tocar el tejado desde los caballos. La fachada era sencilla, humilde, generalmente entramada con pisos volados. Un portalón abierto entre la calle y un zaguán que conducía al patio que servía de apeadero a los viajeros y trajinantes; aquél rodeado de galerías sobre postes de madera.

Encontrándose en la cuadra de una de ellas, cuando estaba ofreciendo rapé al caballo, le sorprendió un caballero que acababa de llegar, se llamaba Francisco Mondego. Enseguida entabló conversación con Juan. En aquella cuadra con techum-

bre de brezo, le relató que había estado en el mes de abril en Madrid, allí presenció el sepelio de un curioso escritor de ascendencia conversa en el convento de las monjas Trinitarias Descalzas, que había fallecido de diabetes. Se trataba de un novelista que había sufrido años atrás un duro cautiverio en Argel durante cinco años, pues había sido apresado cuando regresaba desde Nápoles a España a bordo de la galera *Sol*, una flotilla turca comandada por Mami Arnaut. Hizo presos a este escritor de nombre Miguel y a su hermano Rodrigo el 26 de septiembre de 1575. Fueron capturados a la altura de Cadaqués de Rosas o Palamós, en una zona que actualmente recibe el nombre de Costa Brava, y llevados a Argel. Miguel de Cervantes, que era su nombre, fue adjudicado como esclavo al renegado griego Dali Mamí. El hecho de haberse encontrado en su poder las cartas de recomendación que llevaba de don Juan de Austria y del duque de Sessa hizo pensar a sus captores que Cervantes era una persona muy importante y por quien podrían conseguir un buen rescate. Pidieron quinientos escudos de oro por su libertad. Trató de escapar en cuatro ocasiones, pero no lo consiguió.

En mayo de 1580, llegaron a Argel padres mercedarios y trinitarios (órdenes religiosas que trataban de liberar cautivos, incluso intercambiándose por ellos si era necesario). Uno de aquellos frailes era fray Antonio que partió con una expedición de rescatados. Otro de aquellos frailes, fray Juan Gil, que únicamente disponía de trescientos escudos, trató de rescatar a Miguel de Cervantes, por el cual se exigían quinientos. El fraile se ocupó de recolectar entre los mercaderes cristianos la cantidad que faltaba. La reunió cuando Cervantes estaba ya en una de las galeras en que Azán Bajá zarparía rumbo a Constantinopla, atado con dos cadenas y un grillo. Gracias a los quinientos escudos tan arduamente reunidos, Cervantes fue liberado el 19 de septiembre de 1580. El 24 de octubre regresó a España con otros cautivos también rescatados a Madrid.

Los arrieros que estaban en la cuadra, apoyados en sus albardas, escuchaban expectante el relato de Mondego. A Juan le

recordó aquel soldado peregrino que pasó por Guadalupe en 1580 y los libros que había tenido la oportunidad de leer de este insigne personaje durante su estancia en Llerena, como *El viaje del Parnaso*. Una obra que contiene numerosas referencias autobiográficas de la vida de Cervantes, desde su participación en la batalla de Lepanto hasta la queja por su mala fortuna literaria y su autorreivindicación como poeta. Por ese motivo, Juan conocía parte de la vida del novelista cuando Mondego comenzó su relato en aquella cuadra.

Después de esta entretenida conversación. Juan Sorapán se marchó a descansar. La alcoba de la posada tenía el techo muy bajo, con las paredes encaladas y adornada con un cuadro devoto mal pintado. La cama no tenía colgaduras y la colcha era de algodón y las sábanas pequeñas. Eso sí, tenía un candil colgado por la varilla de garfio en una esquina que le permitía tener luz en la alcoba. A la mañana siguiente puso rumbo a Granada. La categoría de médico de la Real Chancillería, que era una especie de Tribunal Superior de Justicia en 1616, le garantizaba un puesto importante en la ciudad. En Granada residió en el Palacio de la Chancillería, junto al presidente, algunos oidores, alcaldes de la Cortes y algún que otro fiscal.

Tras atravesar serpenteantes calles granadinas, llegó a su destino. Al encontrarse frente a la fachada del convento admiró este edificio fundado por los Reyes Católicos el 20 de marzo de 1492. El mayor de los erigidos en el antiguo reino de Granada. La portada de la iglesia se presenta en un atrio con tres arcos de medio punto, sostenidos por columnas dóricas, de fustes acanalados. En las enjutas se sitúan las iniciales de los Reyes Católicos, así como los escudos del emperador Carlos V. En la parte más elevada de este pórtico antepuesto se encuentran cuatro gárgolas.

Juan entró al convento por la iglesia, majestuosa, lo primero que le llamó la atención nada más entrar fue el amplio arco carpanel que sustenta el coro. En una de las capillas laterales se postró de rodillas ante la imagen de la Virgen de la Esperanza, una talla de alabastro realizada en el siglo XV. Seguida-

mente y, una vez que presentó sus respetos al padre prior, se marchó a descansar. Según se dirigía hacia su habitación pasó por varias estancias en cuyas paredes colgaban tapices con temas bíblicos, en los laterales había escritorios de taracea, arcas encoradas sobre burrillas, cuadros con asuntos religiosos o bodegones, sillas de costilla.

A Juan le correspondía una habitación en una de las galerías del convento de la Santa Cruz la Real. El lugar ideal para pasar varios años de su vida. Pero los resultados para Juan no serían demasiado brillantes, porque volvería a sufrir las mismas circunstancias por las que había pasado en Llerena, sobre todo cuando comenzó a visitar la cárcel. Experimentando un gran malestar cuando se acercaba a las últimas reservas de dignidad por las que podía pasar un hombre o una mujer, un amasijo de limitaciones y debilidades.

La puerta de su habitación tenía antepuerta y montapuerta que corrían con argollas sobre palos. Lo primero que hizo fue abrir descorrer un cortinón que estaba tapando la ventana y abrirla para que se ventilase un poco, el cuarto llevaba cerrado bastante tiempo y había generado un olor muy desagradable. La estancia que apareció a la vista de Juan era tan modesta como agradable. Se encontraba esterada, tenía cuatro sillas de estrado y una butaca italiana de nogal tallada a mano, y un gran armario de madera repleto de libros y dos sillas de cadera de brazos, componían su mueblaje. En una de las paredes, un crucifijo de marfil y varios objetos de escritorio.

Esa noche durmió tranquilo. Al día siguiente se propuso conocer el convento. El melancólico silencio de aquellas estancias le agradaba. Ascendió por unas escaleras hacia un corredor angosto, tenía bajo el techo, y solo estaba iluminado por una ventana en un extremo. A ambos lados había varias puertas que daban a distintas estancias. De pronto, escuchó unas risotadas, agudas. Se detuvo, y como tenía curiosidad por saber quién era, intentó llamar a la puerta. En ese momento, se abrió una puerta y salió de ella una criada, de figura maciza, de unos cincuenta años.

—No haga ruido, no llame a la puerta— dijo la criada, que entornando los ojos, se fue a dormir.

Juan regresó a su estancia con pisadas tácitas.

Esa mujer se marchó sin decir palabra. Juan, que seguía con la duda, averiguó con el tiempo que aquella estancia era la de Luis de Góngora, un poeta muy culto, que una vez que había sido nombrado capellán por el rey Felipe III había regresado a Granada durante unos días y fue entonces cuando dedicó esa *laus civitatis*, alabanza a la ciudad, tal vez una Granada demasiado idealizada, como luego hiciera con su ciudad natal Córdoba, dedicándole también un bello soneto que empieza “*¡Oh excelso muro, oh torres coronadas/ de honor, de majestad, de gallardía!...*”. Conocía Góngora los romances fronterizos en los que se hablaba de Granada; mostró especial entusiasmo por sus monumentos, su Universidad, su Chancillería, sus cármenes, su clima y hasta por la belleza de sus mujeres; nada se deja en el tintero pues a través de sus más de doscientos versos aparecen nuestros ríos, sus manantiales, la Alhambra, el Generalife, el Albaicín, el Sacromonte, la Capilla Real, la Catedral y en el verso 193 un precioso piropo a nuestras mujeres: “*...y a ver de tus bellas damas/los bellos rostros iguales/a los que en sus hierarquías/las doradas plumas baten/...*”. Penetramos en el florido vergel de la poesía. Allí Juan conoció al más armonioso de nuestros creadores, heredero de una tradición literaria encauzada desde el renacimiento por el álveo de la cultura clásica.

Luis de Góngora se limitaba a recoger una idea generosa para arrojar sobre ella la luz de su capacidad poética y ofrecérsela adornada con la magia de la poesía. Era frecuente reunirse con amigos en su estancia, escuchándole con atención y recogimiento su lenguaje augusto. Juan se olvidó de aquel vate, cuyos poemas se escribieron para almas más revueltas y tempestuosas que la de Juan.

Por entonces, en la Universidad de Granada se leían muchos refranes y se interpretaban como lección en medicina. Era una época tan temida para algunos, a pesar de la novedad y del

buen efecto de todo lo que le originaba el nuevo cargo, en el fondo sentía vibrar un malestar que le ocasionaba angustia. Su familia se había quedado en Llerena.

Habían pasado algunos días de la llegada de Juan a Granada. Tuvo que certificar la muerte de un hombre, Juan López, que había asesinado “alevosamente” a su esposa. Fue prendido por la Santa Hermandad, y ejecutado con garrote y asaeteado. Humanitaria clemencia, pues antaño se asaeteaban vivos. Lo mismo ocurrió con un franciscano —al que se supone una especial unción religiosa—, gorrero de profesión en la plaza de Bib—Rambla, primera plaza de la antigua Medina Garnata en tiempos nazaríes, por haber dado muerte a su esposa y a su aprendiz, al ser sorprendidos juntos en la cama.

Estos primeros días en Granada le recordaron los sufrimientos que él creía haber dejado atrás. A pesar de que nada más llegar a Granada, llegó cargado de ideas y de entusiasmo. Era un lugar ideal para meditar, la combinación de montaña y valle daba reposo a la vista. El sol de la tarde dejaba en Juan resignación y tristezas acendradas, haciéndole recordar su vida en Llerena. Llegaba a la ciudad de Granada con renovados ideales.

Juan conoció una ciudad muy variopinta, una de las más pobladas del continente, aún mantenía su aspecto pretérito aunque había entrado de lleno el escenario de la vida económica y de los fastos cívico—religiosos según la moda renacentista. Granada ejercía una gran influencia económica en Europa, aún quedaban los restos de aquellas construcciones hispanomusulmanas armoniosamente fusionadas con la arquitectura tradicional andaluza. En la Alcaicería podía encontrar todo cuanto uno podía necesitar. Contaba con cientos de tiendas. Era un sitio genuino y vital donde Juan podía encontrar ricas telas y de coloridas tonalidades para su esposa.

Más allá de las ensoñaciones literarias en la que comenzó a estar inmerso desde su llegada a Granada, Juan era consciente de las necesidades cotidianas, siempre las más perentorias ya que debía atender a sus pacientes diariamente. Intuyó que el eje de su vida debía centrarse en los enfermos.

Frecuentemente, se sentaba en un rincón de la estancia, oculto entre un armario y un sofá, silencioso, gozando de la última ráfaga de luz que se iba, entregado a la lectura. Una especie de arcaísmos semovientes se percibía en aquel médico cuando se sumergía en la lectura de libros como *Acerca de la materia medicinal y de los venenos mortíferos del médico griego Dioscórides*; pero, sobre todo, en sus *Plantas y remedios medicinales (Peri hyles iatrikes)* que era un amplio tratado en el que se describen centenares de plantas, animales y minerales con sus propiedades terapéuticas, analizando sus principios activos. Juan admiraba cómo el médico griego transmitía sus conocimientos basados en una observación y experimentación personal y directa de los fármacos estudiados.

En muchas ocasiones, la criada subía a avisarle para la cena. Parecía un poco molesto que le interrumpiesen. La criada guardaba silencio, de sus ojos paría un río de ironía y, sin decir palabra, giraba sobre los talones y salía con breve pero cortado paso de la estancia. Aquel hombre franco, sencillo y amable, se quedaba a merced de sus pensamientos. La criada le servía una olla de algo más de vaca que carnero y un trozo de queso manchego.

Por las mañanas bajaba a desayunar tras el toque de una campanilla. La criada procedía a distribuir las tazas y cucharas, con su amabilidad habitual. Eran varios los familiares del Santo Oficio que compartían mesa con él. Algunos le saludaban con mirada fría y distante, otros con una distraída inclinación de cabeza o con sonrisa amable. Esos cambios de carácter no le molestaban a Juan. Todo estaba en silencio y solo se oía el ruido de las cucharas en los platos o en las tazas.

A los pocos días de su estancia a Granada, tuvo que acercarse a la Real Audiencia, ante la llamada de uno de los fiscales que precisaba de sus servicios como médico del Santo Oficio. Un magnífico palacio clasicista proyectado por el arquitecto Francisco del Castillo el Mozo, siguiendo las trazas de Juan de Herrera, siendo obra de los canteros Martín Díaz de Navarrete y Pedro Marín. Nada más llegar, observó la maravillosa

fachada que se presentaba ante sus ojos, con dobles pilastras corintias, arcos de medio punto y placas conmemorativas y un gran frontón triangular sobre balcón superior con los símbolos de la justicia y la fortaleza y el escudo real. En la parte superior del edificio balaustradas de piedra y columnas jónicas adinteladas. Allí le presentaron al presidente, algunos oidores, dos fiscales y un numeroso grupo de oficiales. Conoce a fray Gabriel Pizarro de Hinojosa, natural de Trujillo, población muy cercana a Logrosán. Años después, volverían a reencontrarse.

Hizo razonables progresos en el estudio del conocimiento de las plantas y los aplicó a la ciencia médica. Fue adquiriendo mayor conocimiento de la ciudad de Granada y sus habitantes. Cuando alguien le censuraba por pertenecer al Santo Oficio, no podía evitarlo, era algo consustancial consigo mismo. Su único alivio consistía en pasear por las calles de Granada, en la soledad, apreciando un mundo de sensaciones que él deseaba vivir. Calles empinadas que conducían a la Alhambra, la Catedral aún en construcción, las Torres Bermejas, el convento de San Cristóbal, el Hospital Real o San Nicolás. Experimentar el encanto de las gentes sencillas.

Juan rezaba algunas tardes en la iglesia del convento ante una reliquia del *lignum crucis*, que había donado Boabdil, último rey musulmán de Granada, a los monarcas católicos. Uno de los frailes que convivía con Juan, le relató una curiosa leyenda en torno a una imagen de la Virgen gótica que recibía culto junto a la reliquia. La Virgen de la Esperanza fue encontrada en Sierra Nevada por el tesorero de los Reyes Católicos, Ruy López de Toledo, y Diego de Mendoza, en 1492. Al parecer estos dos andaban por la Sierra, cuando encontraron a un pastor de ovejas, que les reveló, que había escuchado que salía música de cierto sitio desconocido para ellos. Los tres, se apresuraron a indagar y a descubrir el lugar, y tras un sueño premonitorio de Ruy López, dieron con una cueva de donde emanaba una luz misteriosa. Dentro de la cueva encontraron esta bellísima Virgen. El pastor, Diego López Toribio, se hizo hermano lego del convento de Santa Cruz la Real. La Virgen

pronto tomó gran notoriedad y devoción. Entre los primeros devotos estaba Cidi Yahia, primo de Boabdil, llamado como cristiano Pedro de Granada, que mandó grabar en su espada “en la Virgen de la Esperanza he puesto mi confianza”. Se construyó a la imagen una capilla, donde reposan las hijas de Ruy López de Toledo, según se puede ver en las inscripciones que en ella se encuentran. En esta capilla, de dimensiones considerables, se siguen celebrando Eucaristías.

Una tarde, mientras Juan dormía una reparadora siesta, le llamaron para que asistiera a un enfermo que no era precisamente cristiano, pero era un hombre modesto, de conducta simple y franca.

Subió las escaleras, jadeando, el padre Atanasio.

—Necesita ayuda. Más de la que imagina, gritó desde la puerta.

Juan le preguntó qué sucedía y le contestó que un anciano ateo se encontraba muy enfermo. Que necesitaba ayuda inmediata.

—Usted no puede ser insensible para con la angustia de un desgraciado anciano que suplica ayuda.

Sorapán de Rieros frunció los labios, en un gesto indescifrable, y dijo:

—De mí no la aceptaría jamás. Estoy acostumbrado a que nadie lo haga. Desde hace mucho tiempo la esperanza se ha extinguido ante mis ojos.

—¡Ay, si nosotros supiéramos, o pudiéramos medir las consecuencias de nuestros actos! Sería como poseer el don de adivinar el destino.

Sorapán inclinó la cabeza con pesadumbre. Y con voz bronca, dijo:

—Lo haré, por obediencia, estamos en el mundo para actuar en el nombre de Dios, y no para esperar milagros, acompáñame a ver al enfermo. El buen corazón del anciano desbordaba de reconocimiento cuando vio que el médico se esforzó por atenderle.

Cogió el maletín con el instrumental necesario y se dirigió a verle enseguida. Después de recorrer varias calles, la gente

les observaba, llegaron a la casa del enfermo. Al entrar en la alcoba, Juan se puso delante de aquel anciano, tenía el mentón erguido y una expresión moribunda y fuertes dolores.

—Ya sé que usted no cree en Dios— repuso Juan.

—Sí, lo confieso. Yo no creo en Dios.

—Todos somos hijos de Dios— prorrumpió Juan, sosegándose.

Juan pidió al sirviente agua en una palangana y con un paño mojado fue calmando y limpiando al enfermo. Después cogió unas hierbas que llevaba en una bolsa de tela y tras preparar un caldo se lo dio a beber. Como agua milagrosa aquel anciano comenzó a despertarse de su letargo y tras varios días se recuperó.

El anciano le cogió una mano a Juan y se la besó con franca humildad:

—Hoy ha curado usted a un desgraciado, a quien no le queda otro refugio que su bondad.

Aquel día Juan Sorapán de Rieros se ganó a la multitud hereje y atea de Granada, aquella gente que odiaba a lo que representaba. Todos le elogiaron.

Al llegar Juan al convento de Santa Cruz la Real, le dijo al padre Atanasio:

—Celebro tenerte conmigo, Atanasio. Ofrécete por tus hermanos sacerdotes a diario. Qué triste es encontrarse con esos hombres de buena voluntad a los que no se les proporciona más tarea que ayudar en las ceremonias litúrgicas. Tu misión no está allí, tú tienes un papel activo en la Iglesia, tu misión específica es la de ayudar a tu prójimo.

Los ojos de Atanasio se cubrieron de lágrimas.

—Usted no es distinto de mí, le dijo Atanasio, tras una breve pausa y con una voz apagada.

—Te equivocas, no intento justificarme, no lo necesito, para hombres como yo hay pocos valores positivos, carezco de muchos valores de los que tú tienes, no hago sino ejercer un derecho legal, le contestó Juan.

—Amigo Atanasio— dijo con mirada suplicante y apretando al mismo tiempo las manos—me han pasado tantas cosas que todo ha cambiado para mí, que no soy el mismo de antes.

Juan se encogió de hombros. El silencio fue largo, interminable. Atanasio, una vez más, admiró la agudeza de aquel hombre. Juan se despidió de él.

Aquella noche mientras cenaban, el padre Atanasio comunicó a los presentes la proeza que había realizado el médico Sorapán de Rieros con tan solo unas hierbas. Juan había adquirido una gran sabiduría y conocimientos terapéuticos en las obras del médico griego *Dioscórides* y en la *del frexnense Francisco Arceo*. Juan se pasaba horas y horas leyendo tratados, que le hacían trasnochar en demasía, redundando en perjuicio de su físico, porque se tornaba cada vez más flaco y amarillo.

Habían pasado dos años de su estancia en Granada. Tuvo que soportar ver cómo un puñado de mujeres procedentes de Soportújar, vecino pueblo de las Alpujarras, eran humilladas y quemadas en la hoguera. En estas tierras se instalaron, tras la expulsión de los moriscos (1609—1613), gentes del norte que trajeron sus costumbres paganas y sus aquelarres. Según una leyenda, allí vivió una bruja temida en el mundo de los cuentos populares, una bruja que tenía patas de gallina y volaba en el interior de un almirez. No todas las brujas seguían las mismas prácticas, pero las siguientes eran las más comunes: la bruja reniega de Cristo y los sacramentos realizando un pacto con el demonio, en cuyo honor realiza ritos diabólicos en los que hace una parodia de la Santa Misa o de los oficios de la Iglesia, adorando a Satanás, príncipe de las tinieblas, al cual le ofrece su alma a cambio que le diese poderes sobrenaturales. Así, la brujería está directamente relacionada con el satanismo. Pero, la mayoría de aquellas mujeres eran curanderas, nada más lejos de los poderes y prácticas satánicas. Brujas o brujos, nigromantes, sortílegos, hechiceras o curanderos que eran acusados de hacer brujería, concededores de ritos de magia o adivinación y que curaban a los enfermos con prácticas diabólicas invocando a los santos, a la Virgen o al mismísimo diablo, dando lugar

a actos de herejía que eran denunciados por los mismos fieles por indicios comportamentales o por orden inquisitorial; así como las grandes herejías condenadas por la Iglesia Católica: judaizantes, moriscos y protestantes. El hombre es dominado por las circunstancias que le hacen perder su personalidad. Es el hombre quien las domina y somete a discernimiento para quedarse con lo que tengan de positivo y para darles cabida en los módulos que deben regir la evolución de la humanidad.

Juan atendía a los reos en los calabozos a solas, allí fue anotando todos los saberes y los conjuros de aquellos condenados por la Inquisición por sus presuntas prácticas satánicas y no todos estaban relacionados con la curación del cuerpo, sino también con la vida amorosa. La culminación suprema de la labor de un inquisidor era la conversión que significaba el arrepentimiento del condenado; sino, eran condenados a muerte o a cárcel perpetua porque –según los inquisidores— se apartaban de la Fe de Jesucristo y daban el ánima al demonio. La cárcel perpetua era un castigo más atroz que la propia muerte en la hoguera ya que en multitud de ocasiones le ataban y sujetaban fuertemente con argollas, los pies y manos; y le ponían la cabeza dentro de un casco de hierro que le bajaba hasta los hombros, y era cerrado por los costados claveteándole; de modo que la cabeza del paciente quedaba encerrada, sin más que dos muy pequeños agujeros en la parte de los ojos y uno algo más grande que la boca en la parte de esta. Cuando salía de aquel lúgubre lugar penitenciario, su alma y sus ojos se alejaban con rapidez para dirigirse al cielo que sobre él se extendía. Aquellas torturas que había presenciado en la cárcel le hacían palpar el corazón y aceleraba el ritmo de sus venas.

La locura colectiva provocada por aquellos actos fue causa de la muerte de centenares de miles de víctimas inocentes, donde la ignorancia alimentaba todo tipo de supersticiones. Ese sufrimiento evitable provenía de las tentativas de aquellos desgraciados para escapar de un sufrimiento inevitable.

Ha sido sin duda el Cristianismo el fenómeno que con más fuerza influido en la marcha de la historia de las civilizaciones,

sin llegar a cambio tan profundo, el mundo ha ido evolucionando y presentando diversos matices a los que el Cristianismo, partiendo siempre de principios inmutables, ha tenido que dar respuesta acorde con cada época y cada momento. Aquellos despiadados inquisidores, los hombres implacables que constituyeron el organismo viviente más odiado de todos los tiempos. Juan, como médico bondadoso, pero defraudado y amargado, intentó poner remedio a sus males físicos y también intentó sobre el alma de aquellas criaturas llevar la luz de la cristiandad con un trato cariñoso, practicando la medicina psicosomática. Movido por un gran sentimiento de solidaridad. Precisamente en su libro aconseja Juan la paz del espíritu, que junto a la salud corporal componen la felicidad; seguramente, acordándose de aquellos condenados que le confiaron sus saberes y sus intimidades, aquellos conjuros y fórmulas mágicas, los aquelarres y los encantamientos.

Las desgraciadas empresas acometidas contra los turcos y berberiscos, avivaron el sentimiento de odio que cautelosamente por alguien era alimentado en España contra los moriscos, a los cuales se culpó de auxiliar a los piratas mahometanos, y sin más meditaciones se dio un decreto de expulsión en 1609, por el cual medio millón de individuos fueron arrojados de nuestro territorio, lo que supuso un golpe de muerte a la edad decadente industria, porque aquellos moriscos expulsados eran los únicos individuos que por hábitos laboriosos y conocimientos útiles adquiridos de sus mayores cultivaban los campos de nuestra Península y ejercían los oficios mecánicos y la fabricación de paños y sedas. El decreto del gobierno de Felipe III fue muy elogiado desde el punto de vista de la unidad católica, sobre todo por los familiares de la Santa Inquisición, pero nadie pudo negar que produjo funestos resultados para la población, para la producción y para la riqueza del país.

Juan continuó con la costumbre que había adquirido durante su estancia en Salamanca de dar largos paseos por la ciudad. Frecuentaba el sombrío lugar llamado “El último suspiro del moro”, donde Boabdil se detuvo al abandonar Granada a los

cristianos, para contemplar por última vez la ciudad y lamentar su pérdida su madre. Desde allí, las torres enmarcadas por las montañas, eran lo suficientemente bellas como para hacer suspirar a cualquiera. Juan admiraba la grandeza de la arquitectura musulmana, el conjunto de los estanques y jardines. El aroma penetrante y agrio del boj, ese arbusto que le rodeaba cuando se adentraba en los jardines. Un visiteo sentimental por los parajes que frecuentaron los califas árabes.

La mañana la dedicaba a sus quehaceres y por las tardes turnaba sus obligaciones con algún que otro juego de mesa, la oca o la escalera con Diego Martín y con Baltasar Sánchez, que residían con él. Habitado a un método de vida desde su estancia en Llerena, recibía el trabajo con la misma alegría que las de asueto y con exacto entusiasmo se entregaba al ocio que al trabajo. Juan estaba excelentemente preparado para el trabajo, resuelto en sus actos.

Una mañana, serían las once, llamó a la puerta un peregrino. ¡Muy buenos días! ¡Aquí hay un peregrino que pide hospitalidad!—, exclamó la criada abriendo el ventanillo.

A estas voces acudió Juan.

—¿Qué desea usted?

—Perdóneme usted.—le respondió, vengo de paso y necesito hospitalidad o alguna limosna.

—No tengo inconveniente, espere usted que voy a mis aposentos—, añadió enfáticamente Juan. A los pocos minutos le dio dos maravedís y algo de comida.

Y así, correspondía Juan cada vez que algún necesitado acudía en su ayuda.

En multitud de ocasiones Juan se quejaba de los atropellos del Santo Oficio, pero a su lado tenía a su amigo Baltasar, hombre muy sabio.

—Con más propiedad que nunca, debemos decir como San Cipriano que toda la confusión que mueven los jefes procede de que “no se quieren remontar hasta el origen de la verdad, ni buscar el principio de cada cosa” y, por lo tanto, el medio más

expedito es argüirles sobre la posesión de la verdad cristiana sobre el uso que intentan hacer de ella,— le dijo don Baltasar.

—Sí, estoy de acuerdo, pero debemos de respetar la libertad del individuo y el juicio que cada uno dictare aunque desprecie la autoridad de la Iglesia,— aludió Juan.

—No, no, Juan, el protestantismo es una red de baños para hacer perder la fe, tiene por condición inherente y la inseguridad. En el protestantismo no son posibles los dogmas ni los principios. El protestantismo se atiene al principio fundamental de su sistema, no puede tener doctrina alguna, sino sólo relaciones— apostilló don Baltasar.

Juan pasó a ejercer como profesor de la Universidad de Medicina de Granada, que había sido creada en 1526, cuando el emperador Carlos I dictó una Real Cédula creando unos Estudios Generales en la Ciudad de Granada. La fundación surge de la Junta de Obispos y Letrados que se celebra en la recién erigida Capilla Real. Estos estudios se consolidaron con la Bula fundacional del Papa Clemente VII en 1531, que se conserva en el Rectorado de la Universidad.

Diez años antes de la llegada de Juan a Granada el Claustro propuso al rey Felipe III vincular a los catedráticos de Medicina a algunos Hospitales de Granada, concretamente al Hospital Real y al Hospital de la Cárcel de la Chancillería. En Granada, Juan era un apasionado de las estaciones de penitencia de Semana Santa; de hecho, estaba muy vinculado a las cofradías de la Vera Cruz y la Humildad de Cristo. Los actos realizados por la inagotable caridad del ilustre médico son conocidos y estimados por cuanto saben apreciar generosos arranques del corazón y sublimes movimientos de la conciencia. Su personal esfuerzo es digno de especial mención en las limosnas que ofreció a ambas cofradías, y a cuyas expensas se fundaron dos salas para enfermos faltos de recursos y que pertenecieran a la cofradía de la Vera Cruz, comunicadas interiormente, con su indispensable ventilación y las demás condiciones higiénicas, confortados con buenas puertas convenientemente situadas y ventanas rasgadas. El mismo Juan se personaba diariamente a

curar a los enfermos, deseoso de dar hospitalidad a los pobres que padecían enfermedades incurables, con gran recogimiento y con su asistencia médica buscando algún consuelo para sus dolores. y, a pesar de que no contaba con el apoyo de otros familiares del Santo Oficio.

— Que allá se las avengan con sus conciencias. Los que no tengan grandeza de alma suficiente para comprender mis caritativos propósitos—, decía Juan.

Juan Sorapán de Rieros fue un hombre íntegro, su fama traspasó los ámbitos provinciales. Entre el pueblo llano recibió muestras de reconocimiento por haber sido atendido en sus más imperiosas necesidades. Juan tenía perfecta conciencia de lo que es y significa la caridad, y de que cuando la lleva a la práctica, sabe armonizar el sentimiento con la razón que discierne la desgracia verdadera de la desgracia fingida y la conveniente dirección a la inteligencia que razona y el sentimiento en que la acción del bien se inspira. Frecuentemente visitaba el convento de Santa Isabel la Real, situado en el barrio del Albaicín. El convento se construyó en el palacete nazarí de Dar—al—horra, que había sido residencia de la madre de Boabdil. El convento contaba con unas setenta monjas. En el locutorio, se pasaba algunas tardes conversando con las clarisas; sobre todo, con sor Bernabé, era alta, recia y armónica. Sus manos, de blancura mate, afiladas, se destacaban sobre el hábito marrón sujeto con un cordón con tres nudos y toca larga. Esta soberana figura siempre tenía un libro entre sus manos y un rosario. Se había encerrado en el convento cuando apenas tenía siete años de edad y ya habían pasado sesenta años. Había tomado el velo con la mansedumbre que encierra el corazón humano cristiano y con declarado regocijo. En múltiples ocasiones, Juan se refugiaba en aquellas paredes junto a las franciscanas clarisas para encontrar alivio a sus males. Ellas le hablaban del alma, del amor, de la vida. Aquel aire tibio que respiraba en la prisión, parecía encontrar remedio entre aquellos muros. Aquellas venerables monjas eran consideradas venturosas y muy dignas en Granada.

El resto del tiempo, Juan Sorapán, cuando no atendía a algún enfermo o visitaba la prisión, se pasaba horas y horas escribiendo proverbios, y en consonancia con la ciencia médica y con sus estudios culinarios, había ejercido una influencia considerable en lo que se consideraba saludable y nutritivo. El estilo de vida propio, como la dieta, el ejercicio, el comportamiento social apropiado y los remedios médicos aprobados, era el camino hacia la buena salud y a todos los tipos de alimentos se les asignaban ciertas propiedades que afectaban la salud de una persona.

Si Sorapán de Rieros ha pasado a la historia del humanismo español fue por el libro que publicó durante su estancia en Granada en el año 1616, y que reza así en la portada: *Medicina Española contenida en Proverbios vulgares de nuestra lengua MVY PROVECHOSA PARA TODO Genero de estados para Philosophos y Medicos. Para Theologos y Iuristas, para el buen regimiento de la salud y más larga vida. Compuesta por el DOCTOR IVAN SORAPAN DE Rieros. Medico y Familiar del Santo Officio de la Inquisición de Llerena y Granada y de su Real Chancillería. Año 1616.* En cuya obra Juan utiliza los refranes como sustrato en el que se desarrolla su cultura y para explicar algunos temas médicos, biológicos, gastronómicos, dietéticos y con importantes referencias históricas y geográficas. Pero, es una obra que se centra en la salud, fundamentando su sabiduría en las obras de Avicena, Plinio, Aristóteles, Galeno, Hiparco, Aristófanes, Demócrito, Estrabón o Averroes.

Fue publicada cuando Juan tenía la edad de cuarenta y cuatro años, una obra que, dividida en dos partes, glosa cuarenta y siete refranes castellanos relacionados con la dietética antigua y que tuvo el honor de ser recomendada como libro de lectura a los estudiantes de la Academia de Medicina de Granada. Hasta este momento no se había publicado una obra de refranes con aplicación a la medicina. Si bien, Hipócrates formuló las doctrinas médicas condensadas en libros de aforismos, que durante siglos han servido de enseñanza a las es-

cuelas médicas. Mientras que Galeno y Avicena expresaron en forma de sentencias sus doctrinas.

Juan, era ante todo un humanista, tenía en sus aposentos varios libros de destacados matemáticos, poetas, filósofos, arquitectos y médicos clásicos. Había cogido de la biblioteca de la Real Chancillería varios libros y también tuvo entre sus manos los famosos discursos de Demóstenes que se habían publicado en griego en 1570, así como los tratados hipocráticos en la obra *La República* de Platón. Las referencias a la medicina en la obra de Platón son abundantes y de gran riqueza. Las menciones al médico griego Hipócrates en el *Protágoras* y en el *Fedro* han ayudado a los historiadores a precisar detalles biográficos del médico de Cos. Juan, investigó la medicina y cirugía antigua en las descripciones de autores como Homero, Herodoto, Hipócrates y Plinio, conociendo procedimientos quirúrgicos punitivos como la circuncisión, castración, amputaciones de las orejas, nariz, manos, evisceración ocular y mastectomía; y describe las heridas traumáticas, su manejo y pronóstico.

Juan estudió a Claudio Galeno, el médico de Pérgamo, que había publicado un pequeño tratado, *Quod optimus medicus sit quoque philosophus*, en el que la medicina era un arte filantrópico y los médicos, dada la destreza y dedicación que han de guardar con sus pacientes, deben ser virtuosos; tienen que estar disciplinados, al menos, por la virtud de la templanza. Creía Galeno en el valor terapéutico de las sangrías para casi todas las afecciones, incluidas las hemorragias y la fatiga. De hecho, en el pensamiento de Galeno dominó la teoría y el proceder médicos de Occidente durante quince siglos. La filosofía práctica de Galeno se sustenta en la idea de que las actividades con significado moral (apetitos y emociones) tienen un cometido en el mantenimiento del organismo.

Curiosamente, en el libro de Sorapán de Rieros aparece grabado en la portada de forma ovalada un escudo, cruzado con banda y en su parte inferior dibujó simulando aguas de río, presidido por un casco de caballero, y en el interior un castillo, aludiendo a su nobleza. Este escudo fue diseñado por el propio

Juan. Presenta varias partes: El sol en la parte central superior, castillo, cruz, tres figuras de panes por su apellido y una planta, que simboliza los tratamientos medicinales de hierbas. Dos frases: *In hoc signo vinces* (con este signo vencerás), fue el lema que le apareció a Constantino. *In virtute solis et panis* (en virtud del sol y del pan), fruto de sus lecturas de los clásicos. En su obra cita a numerosos autores filósofos, médicos, santos, poetas, historiadores y obispos. Por lo que se realiza un análisis crítico y discrepa a veces, y así dice en el prólogo de su obra "... *pero entre tantos caminos descubrió mi deseo del bien público, una nueva senda nunca hasta ahora seguida, ni andada de alguno más compendiosa y fácil y no menos cierta y segura para conseguir nuestro disinio*".

Gracias a sus contactos diarios con los procesados de Llerena y Granada, entre los que se encontraban brujas, hechiceras y curanderos, fue tomando nota en un cuaderno sobre misteriosas curaciones. La obra de Sorapán tiene parte de inspiración del saber popular que contenía los procesos inquisidores en los que él tan directamente participó. Por supuesto conoció a brujos, magos y curanderos.

Sorapán de Rieros pudo transformar sus infortunios y pesares en la maravillosa piedra filosofal de la vida que es la literatura. Mantuvo la amistad de Gonzalo Correas, uno de los mejores amigos y apoyo que tuvo en Salamanca. Él fue quien le ayudó en la corrección de la obra. La Universidad de Salamanca le había nombrado ese mismo año corrector de imprenta. De hecho, Gonzalo Correas legó sus libros a la universidad, entre ellos los manuscritos inéditos de su *Arte de la Lengua Española Castellana*, que escribió en 1625 y su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, de 1627, donde dio muestras claras de su aprecio por la importancia y valor estético del folclore tradicional español; de alguna manera, siguiendo los consejos y los escritos de Juan Sorapán. Que ya le había dado muestras de las riquezas que tenía Extremadura considerando que "*debía ser elegida entre las demás, como más útil y conveniente para vivir una vida sana, y larga*". Continúa Sorapán de Rieros explicando

que “no tiene cosas esta insigne provincia que no esté significando su prestancia y excelencia, y diciendo ser la más conveniente de España para vivir los hombres sanos. Su temple es medio entre calor y frío, que declina al cual calor, acomodado para criar y sustentar los hombres con larga vida, principalmente para detener los viejos con menos peligro”; continúa diciéndonos que “no sólo es abundante la vera de Plasencia de frutas domésticas, cualquier parte de Extremadura, más también de silvestres castañas, bellotas y madroños, con que engorda tanto número de ganado de cerda, que hay jamones y chorizos extremeños casi para toda España. En prados, campos amenos, pastos y hierbas, es cierto que no sólo excede a las demás provincias de estos reinos, más a todas las que hasta hoy le han conocido. Lo cual no se puede negar, pues vemos que los ganados de Castilla, y de las montañas, parecerían si no bajasen a gozar de las hierbas, aires y aguas extremeños. De la fertilidad de la tierra, es provincia abundante de trigo, y cebada, tanto que no sólo sustenta la propia tierra, más mucha parte de Andalucía”. En sus escritos está claro el apego y el cariño que tenía Juan a su tierra.

Juan siempre le decía que lo había escrito por distracción y porque quería mostrar esta clase de trabajos. A Gonzalo Correas le gustaba mucho la literatura. Sentía el placer propio de declamar esos textos ante un auditorio. Mantenían buena relación, Juan en Granada y Gonzalo en Salamanca, donde ejercía como capellán del Hospital del Estudio, y en 1610 le había dado una cátedra de hebreo y cinco años después ganó la de mayores de griego y le autorizaron a dar ambas cátedras.

La primera parte de la obra de Sorapán de Rieros versa sobre “*la conservación de la salud del hombre*”, fue impresa por Martín Fernández Zambrano, según el propio autor explica en el prólogo, contiene “*todos los refranes que pertenecen a la conservación de la salud del hombre, divididos en los que tratan de la comida, bebida, ejercicio, sueño, Venus, accidentes del ánimo y mudanzas del aire y lugares; que son las cosas en qué consiste la salud usadas con moderada cantidad, calidad, modo y ocasión*”. La segunda parte de la obra refiere “*otros refranes en*

que también consiste la buena educación de los hijos y preservación de la peste y algunas dudas acerca de las preñadas”, fue impresa por Juan Muñoz en 1615. Desviándose de la norma entonces habitual, no escribió su obra en latín, sino en castellano, para que alcanzase a un público más extenso y con correctísima prosa. Es una auténtica enciclopedia de la salud y posee un gran valor literario.

Su decisión en esta época de consagrarse a las letras muy firme. Un hombre que había conocido la amargura pero también la gloria de lanzarse a escribir sus conocimientos sanitarios. El propósito del autor al escribir la obra fue *“abrir nuevo camino, nunca intentado de otro autor alguno antiguo y moderno, griego latino ni español, glosando los diversos refranes médicos de la lengua castellana, porque aunque es verdad que muchos han juntado refranes y dicho algo de ellos, ningún escrito palabras sobre lo que esta nueva medicina en sí contienen y algún otro ha recopilado de por sí solo refranes españoles que toca la medicina ni formado de ellos y sobre ellos arte o ciencia de conservar la humana salud. Encamínase, pues, Como así también se dice a librar a los humanos del recipe del médico, de la espátula del boticario y de la cinta del barbero”*. No fue un libro de fisiología, patología ni medicina operatoria, sino un tratado de medicina popular, basada en el empirismo de nuestro Refranero, dentro de nuestro secular folklore médico y con prosa un tanto con gorrita pero muy empapada en el gusto y enseñanzas de los clásicos, que Juan Sorapán conocía a la perfección.

A lo largo de su tratado sobre medicina en proverbios, comparte Sorapán de Rieros los sabios consejos de su inabarcable erupción en la ciencia médica, con las sanas orientaciones clásicas y tradicionales, apoyándose en un sólido fundamento bíblico y patristico. Un libro de erudición y experiencia médica teniendo como vía los refranes o proverbios populares, donde vemos el carácter científico que tiene la sabiduría popular.

Juan era un hombre dotado de un gran sentido del humor. Tiene gran amor a Extremadura, ensalzando en su obra a personajes como Hernán Cortés, Hernando de Soto y los hermanos

Pizarro. Ensalza y aconseja la alimentación sana, los ejercicios corporales, la correcta interpretación de los sueños, encarecimiento de la higiene infantil y que las madres den el pecho a sus hijos. Adquiriendo fama y trascendencia en el pensamiento europeo. cuando comenta los excesos en la comida, tiene adecuadas frases para censurar la gula y ponderar la templanza. Si toca los efectos de la pasión desenfrenada de la carne, fustiga la lujuria con argumentos persuasivos para ensalzar a su vez la castidad cristiana, como representante de la Inquisición, añadiendo continuamente ejemplos de personajes históricos como Hipócrates, Aristóteles, San Agustín o Riero de Avicena. Anulaba un día al mes la excesiva comida para conservar la salud corporal, recomendando el ayuno aconsejado por la Iglesia.

Son muchos los refranes comentados que presenta la doble vertiente terapéutica y ascética. No pierde ocasión Sorapán en fustigar lo que daña la salud del cuerpo como lo que perjudica la del alma. Con una apuntada contradicción entre la virtud y la salud perfecta. Nos ofrece gran lujo de citas que maneja con sabia enseñanza. Aún hoy admiramos la facilidad con que trae textos sagrados adornados con la interpretación moral desparramada en voluminosos comentarios de escritores eclesiásticos.

Juan Sorapán amó a su patria y también, cantó un himno a Extremadura al final de su obra, esbozando fuera de todo plan didáctico una especie de pequeña historia y descripción de la tierra histórica de Logrosán, hablando de ella cuando se refiere a las aguas: *“es el agua de aquella fuentecica que está en la cumbre más empinada de un alto monte sin peñas, cercana de Robles, al oriente, bien visitada del sol, entre Logrosán y Garciaz no lejos de Guadalupe, cuya agua es tan sutil, limpia, ligera, clara y suave de los pastores circunvecinos no usan beber de ella porque les aflige al instante tan cruel hambre que la comida de tres días la consume en uno, y así la llama la fuente de Vaciazurrones por el efecto que en ellos hace consumiéndoles la comida en bebiéndola”*. Está claro que Juan Sorapán había subido en varias ocasiones a los duros repechos de la serranía, desde su

Logrosán hasta las cumbres que dominan los valles de Garciaz en busca de la fuente dichosa, y allí conocería de primera mano el agua clara, limpia y sutil y el esfuerzo montañero de sus afanes juveniles. También hace referencia en su libro a los santos de Berzocana, *“A tres leguas de Nuestra Señora de Guadalupe, a la banda de la sierra que mira al poniente, están los gloriosos cuerpos de los santos Fulgencio y Florentina”*. Está claro que nuestro médico había leído libros que mencionaban a los bienaventurados santos, posiblemente, el catálogo de los santos de España que había editado en Toledo un tal Lorenzo Padilla en el año 1538.

El Obispo de Mondoñedo al referirse a Sorapán de Rieros y a sus recuerdos y apego a la tierra extremeña, decía: *“Cosa, por cierto es deber cuán de corazón cada uno dice, encaramar, tras una y aun porfía las cosas de su tierra a donde quiera que se halla, y lo que más es todo, que hay personas tan apasionadas en esto, que antes consentirán que le explican alguna injuria que no oír decir mal de su naturaleza”*. Y verdaderamente, es cierto, porque dentro de la toponimia extremeña repartida por el libro de Sorapán, la Puebla de Guadalupe adquiere relieve y brillo singular, cuando aporta sus experiencias profesionales en estómagos e hipocondrios.

Para confeccionar esta lista de refranes dietéticos, contaba Sorapán con obras paremiológicas de autores anteriores como *Los proverbios* (1437) de Íñigo López de Mendoza, marqués de Santillana, los *Refranes o proverbios en Romance* (1578) del Comendador Hernán Núñez, los *Lugares comunes de conceptos, dichos y sentencias en diversas materias* (1595) de Juan de Aranda e incluso la *Philosophía vulgar* (1568) de Juan de Mal—Lara. Parece, por propia confesión de Sorapán, que la mayoría de sus refranes los halló en la colección de Hernán Núñez. El se ocupa de vestirlos y adornarlos con sus comentarios. Sorapán de Rieros estudió la medicina de Averroes y la obra de Avicena, Maimónides y otros.

Se documentó en la medicina de la literatura española. Conoció a Francisco Sánchez de las Brozas, *El Brocense*. Pro-

fundizó en la historia del “Galenismo”, siguiendo a Claudio Galeno, que alcanzó en el ámbito de la medicina en el siglo XVI una gran importancia su manera de entender la medicina, y que se inspira en la obra de Platón, Aristóteles, Hipócrates. Juan había adquirido la sabiduría de estos grandes pensadores durante su estancia en Guadalupe y en Salamanca, de la mano de aquellos acreditados médicos comentadores de las obras clásicas.

La importancia del arte de la gimnástica estimado entre los griegos, por supuesto la gimnástica galénica que es de orden puramente médico, los médicos humanistas se inspiraron en la obra galénica *De sanitate tuenda*. Galeno desarrolló la medicina de una manera personal: la preeminencia de la naturaleza humana, la teoría de los cuatro humores, la importancia de la prognosis y la aproximación holística a una terapia de carácter individualista. Juan se documentó para sus juicios médicos también en la obra de Méndez, *Libro del ejercicio corporal que sus provechos*, publicada por Gregorio de la Torre en Sevilla en el año 1553; en el *Vergel de Sanidad* de Lobera de Ávila, publicado en Alcalá de Henares en el año 1551 o en el *Tratado de Medicina* de Núñez de Oria, publicado Madrid en el año 1569. Luis Lobera había sido médico de cámara del rey Carlos I, Sorapán le conoció.

Sorapán de Rieros trataba de comunicar al lector una norma para el gobierno del vivir cotidiano, no en vano subtítulo el libro: “*para el buen regimiento de la salud y más larga vida*”. En una época en la que las trabas impuestas al pensamiento hacían caer a los mismos hombres de ciencia en prejuicios y preocupaciones infantiles, de las que menos que nadie se libraba Juan Sorapán como familiar del Santo Oficio, médico y juez y sus dispepsias de inquisidor, y si no, en el refrán 15, al enumerar los viejos cosméticos contra las arrugas de la cara nos explica Sorapán la respuesta que dio a una señora.

—Qué haría para tener el rostro claro?.

A lo que respondió Juan:

—Tome vuestra merced una gallina blanca y cébela con arroz y trigo, dando la poca agua, después ábrala con las espaldas y rellénela de almendras dulces y piñones mondados y azúcar cande, y puesto todo en una alquitara, rociado con vino blanco fuerte, ha de embarrar por dentro y fuera con albayalde y harina de centeno en una alquitara, y el agua caliente se ponga al sereno nueve días con alcanfor, y ha de estar al sol. Lavando el rostro con este agua sin duda alguna se harán liso y resplandeciente.

—Y ¿diga Ud?, si yo me comiese esa gallina cebada y otras, ¿no se esclarecería mi cara?

A lo que respondió Juan:

—Ya la dije que sí... y sin duda no se equivocó el maestro en su pronóstico.

En el año 1595 Enríquez había publicado en Salamanca la obra *Retrato del perfecto médico en Salamanca*, manual al que tuvo acceso Sorapán de Rieros. Juan, cada vez más sumido en el fantástico mundo de la literatura, había desarrollado algunas relaciones singulares como, por ejemplo, con Ginés Pérez de Hita, novelista murciano que le regalaría su libro *Historia de los bandos de los zegríes y abencerrajes, caballeros moros de Granada, de las civiles guerras que hubo en ella... hasta que el rey don Fernando quinto la ganó*. Apareció la primera parte y más interesante en Zaragoza, publicado en 1595. Narra las rivalidades entre Zegríes y Abencerrajes desafíos y luchas entre moros y cristianos etc., ofreciendo una hermosa visión de la Granada de fines del siglo XV, inmediatamente anterior a la conquista.

Pero, sin duda alguna, el libro que admiró Sorapán fue *La conservación de la salud del cuerpo y el alma*, escrito por Álvarez de Miraval en el año 1601.

Juan comenzó a curar a los enfermos preparando brebajes con las hierbas, flores y raíces que cogía del campo. Juan era harto inteligente y harto sensible, componía calmantes y se lo servía a los enfermos. Muchas de estas bebidas producían en los enfermos una expresión de dulce languidez, y poco después un sueño suave, dulce, tranquilo. A las pocas horas

empezaba a desaparecer la enfermedad. Juan paseaba por el campo, donde el ruido de los humanos se apaga, se sentaba bajo un frondoso y secular árbol, en esas horas ardientes del mediodía cuando todo el mundo dormita. Allí comenzaba a buscar romero, manzanilla, ortigas y, sobre todo, lavanda, que más que una planta medicinal se caracteriza por sus propiedades calmantes. También, flores silvestres esparcidas por el campo que ofrecían mil olores al sentido.

Causó gran lástima un suceso acaecido el 16 de agosto de 1618, festividad de San Roque, que por atracción sexual o venganza extralimitada Henríquez de Jorquera, que gozaba de prestigio en Granada, mató a su hermano. Al tratarse de un religioso la Santa Hermandad actuó con gran benignidad a la hora de imponerle el castigo: retraído en el convento de la Cabeza, el prelado, en secreto lo detuvo la justicia real y lo condenó a ser azotado dentro de su convento.

Mientras tanto, a Granada llegaban las noticias de la Corte. En 1618 se encendió en Alemania la guerra, que por el tiempo de su duración y por su trascendencia europea adquirió por antonomasia del nombre de “Guerra de los Treinta Años”. Su principal causa fue la rivalidad entre católicos y protestantes, y la tendencia de los reyes de la Casa de Austria de hacer hereditaria en su familia la dignidad imperial. Los gobernantes de España, atendiendo una petición de auxilios y a Felipe III dirigió Fernando II de Alemania, enviaron a éste un ejército a las órdenes del marqués de Espínola, el cual contribuyó en el año 1620 a una victoria obtenida por la Casa de Austria en Praga, victoria que proporcionó Fernando II la posesión de Bohemia.

Por entonces llegó a Granada procedente de Guadix un personaje que entabló buena amistad con Juan. Se llamaba Antonio Mira de Amescua, era hijo de Melchor de Amescua y Mira, descendiente de los conquistadores de la ciudad de Baza, de hidalga y hermosa catadura, y bien puesto de barba y bigote. Era suelto de modales. Había vivido en Madrid, donde fue capellán del infante don Fernando, y durante algún tiempo en Nápoles, al servicio del Conde de Lemos. Andaba por los

cuarenta y dos; pero andaba sus áridos senderos con tan gallardo ademán como pudiera por los caminos de rosas de los veinte. Juan y Antonio se llevaban pocos años de edad. Aunque Juan era de un humor melancólico y nada violento, nada más lejos de la realidad que los comportamientos que solía tener su amigo Antonio Mira, que se había instalado en Granada alejado de los violentos incidentes en los que había sido principal protagonista con un compañero de cabildo de Granada a causa de su genio en demasía irascible (abofeteó al maestre-escuela de la catedral de Guadix). Había regresado a Granada a solucionar una serie de problemas al haber descuidando sus deberes eclesiásticos en Granada. Otra alma dolida en el fondo, aunque por pudor o por orgullo aparentaba serenidad.

Antonio Mira le relató a Juan los entresijos de la Corte española e italiana. La situación interior española había sido nada bonancible para los verdaderos intereses del país, pudo empeorar en la época en que ocupó el trono en tercer rey de la Casa de Austria. El gobierno se confió al duque de Lerma, hombre inepto para la misión de que fue investido, creyó que gobernar era explotar al país y halagar hasta los menores caprichos del monarca, a quien procuró adormecer entre fiestas, viajes y espectáculos, ya que de la sola voluntad del rey dependía el poder que desempeñaba. Antonio le contó a Juan que solamente en los festejos celebrados en las bodas de Felipe III y su prima doña Margarita de Austria, se gastaron una suma aproximada a la que costó la conquista de Nápoles. Éstos despilfarros de la Corte, las riquezas que el duque de Lerma acumulaba para sí y su familia, las importantes sumas que se dilapidaba en expediciones marítimas concertadas mal y peor dirigidas, las cantidades que se consumían en empresas guerreras que no daban honra ni provecho a España, y las que se destinaban al culto, ya en forma de donaciones, en concepto de tributos, o bien para dotar iglesias o hacer fundaciones religiosas, colocaron a la nación en una situación de completa ruina. Pero, ante todo, procuró el conde—duque asegurarse en el poder dictando severas medidas contra los que en el

reinado anterior habían disfrutado más o menos directamente el favor del marqués de Siete Iglesias. Dictó varias disposiciones en las Cortes de Madrid para desahogar la hacienda, y el restablecimiento de leyes suntuarias, que dieron cierta popularidad al conde—duque, que bien pronto la perdió, pues ni los impuestos disminuyeron ni mejoró la condición social del pueblo español.

Aquellos dos hombres nunca discutían cuando trataban el bien del prójimo, se comunicaban sus pensamientos. Ambos salían del colegio de San Miguel donde residía Antonio y paseaban por las calles granadinas, la Puerta del Arenal y la cercana orilla arenosa del río Darro, que en aquellos tiempos circulaba a cielo abierto por todo el centro urbano de la medina. La calle Zacatín que desemboca en una plazuela por el este y en un barrio de estrechas callejuelas de la Alcaicería. Con este honrado gusto alternaba el de la lectura. A Juan le encantaban las obras dramáticas de Antonio; pero, sobre todo, las comedias palatinas en las que Antonio Mira relataba los entresijos del palacio. Su amplio y generoso criterio le llevaba a adquirir todo lo nuevo cuya fama llegaba al escondido rincón de su estancia. Nada rechazaba por sistema, solamente no pasaban de su puerta lo inmoral y lo soporífero.

Una tarde de 1619, llovía, cada vez con más fuerza. Avisaron a Juan para que atendiera a un sacerdote que se encontraba muy enfermo. Un joven criado esperaba a Juan en la puerta, iba muy bien vestido. Permaneció inmóvil varios minutos hasta que Juan cogió la talega que utilizaba para realizar las visitas a los pacientes y que contenía varias lancetas, un equipo de ventosas, espátulas con punta de oliva, cuchillos, drogas y algún perforador que contenía el arsenal médico. Ambos se apresuraron por las calles de Granada a atender a aquel presbítero. Cuál fue su sorpresa que el joven le condujo hasta las puertas del Palacio Arzobispal, frente a la iglesia del Sagrario y la Catedral. El enfermo en cuestión era el propio Arzobispo. Tras atravesar el patio principal se dirigieron hacia los aposentos de Felipe de Tassis, que había ejercido como Inquisidor en el

Tribunal de Barcelona, en el de Valencia y en el de Granada. Se había formado, al igual que Juan, en Salamanca.

Cuando llegaron a la estancia del Arzobispo, la puerta estaba entreabierta.

—Esa es su alcoba—, le dijo el mozalbete a Juan.

Cuando Juan abrió la puerta se encontró postrado en la cama a Felipe de Tassis, estaba pálido como la muerte, quejándose mucho de un dolor en el estómago, con el brazo izquierdo cruzado sobre el pecho.

—Acércate, sé que voy a morir, por eso quiero que escuches mi historia.

Juan comprendió que aquel sacerdote no quería que lo curase sino que escuchase los avatares por los que tuvo que pasar en vida. Era una de esas tristísimas tardes en que parece que hasta los relojes tocan a muerto. El cielo estaba cubierto de nubes. En aquel gabinete, de aire húmedo y macilento, ahoga los suspiros dentro del corazón de aquel presbítero.

Juan se sentó junto a él.

—Mi padre fue Raimundo de Tassis, era postillón mayor de Carlos V, correo mayor de Castilla, caballero de Santiago; y de Catalina de Acuña. Me envió a estudiar a Valladolid y Salamanca, donde me licencié Cánones. Comencé a ejercer como Canónigo de la Catedral de Salamanca, inquisidor del Tribunal de Barcelona durante cuatro años que fueron los más felices de mi vida. Pero, en los restantes ocho años que ejercí como inquisidor en Valencia fui testigo presencial de los mayores horrores y errores cometidos por el Santo Tribunal. Por dicho motivo, fui elegido consejero de Inquisición el 31 de julio de 1600 por los servicios prestados al Rey. Hace tres años que he sido elegido Arzobispo de Granada.

Después de media hora de conversación reventó de su pecho la tremenda frase:

— En fin, dejemos libre el campo a la fatalidad. Por mi parte, ésta es nuestra despedida. El presbítero cruzó los brazos contra su corazón como para retener una dulce imagen de descanso, esperando una muerte afable y luminosa, dentro de la

calentura que sufría. Cuando fallezca quiero ser enterrado en Valladolid, donde pasé los mejores años de mi vida como estudiante. No vaya usted a creer que he inventado esa historia, o se la he referido a otras personas.

Juan elogió su conversación, la bondad y el arrepentimiento de un hombre agraviado y triste.

—Usted debe de haber sufrido mucho— concluyó Juan. En su vida hay una gran pena. Los dos hemos sido heridos por el mundo en nuestra sensibilidad exquisita.

A pesar de los intentos por parte de Juan de salvarle la vida, la fatalidad lo tenía dispuesto de otro modo. Lamentablemente fallecería en el mes de junio del siguiente año. Juan se marchó de la regia morada ni arrepentido ni contento de haber entablado relaciones con el arzobispo. Siguió su camino por un largo pasillo hacia la puerta, un laberinto de opuestas ambiciones, de recelos y temores. Todos los recuerdos del pasado le venían a la mente. Al llegar a la puerta, hizo un penoso esfuerzo por sacudirse el éxtasis que le embargaba. Los recuerdos de su infancia y los latidos de su corazón, todo se unía, todo se enlazaba. Era una manera de despedirse de su cargo como médico inquisitorial, regresando a su tierra, sin que el velo de la preocupación le oculte la felicidad y sin que la costumbre le aprisione entre sus redes.

V

Los últimos años: Cáceres y Trujillo, 1620—1638

Los últimos años de la vida de Sorapán de Rieros los pasó en Logrosán, Cáceres y Trujillo. Sorapán, antes de viajar a Cáceres, pasó unos meses en Guadalupe. A los cuarenta y siete años de edad, parecía que Juan ya lo había visto todo. Había degustado las mieles del amor, probado las hieles del sufrimiento. Tenía un camino trazado, regresar a tu tierra natal. Los recuerdos de su infancia, los latidos de su corazón y el sentimiento de volver a ver a su familia, todo lo unía y todo lo enlazaba.

La noche antes de la partida, cuando cerró los ojos al sueño fue para soñar con su feliz regreso a casa y estrechar las manos de los amigos de su niñez y abrazar a los parientes de los cuales no se había olvidado nunca y muy particularmente en sus venturosos días de fortuna. Los que se vieron desde muy niños, los que habían llorado los tormentos de la ausencia. Y mientras él soñaba, el pasado, cruel e inexorable, se deslizaba furtivamente por su pensamiento.

Desde Granada se dirigió a Llerena donde recogió a su esposa y a su hijo Tomás, para continuar el viaje. Tomás tenía dieciséis años, era el segundo hijo del matrimonio. El primogénito, Eugenio, había ingresado en órdenes menores en el hogar espiritual de Cáceres. Con el tiempo se convirtió en un reputado clérigo de órdenes menores, desempeñando determinados

servicios a la Iglesia en Cáceres y se convertiría incardinado *eo ipso* en Cáceres, con derecho a recibir una prebenda y perdiendo los derechos propios del estado clerical. Era cortés en el trato y grave en sus sermones, huyendo tanto de la arrogancia como de la llaneza, y manteniéndose en un medio de frialdad cultísima.

Hacia tierras extremeñas se dirigía el matrimonio para ejercer Juan Sorapán como médico asalariado. Lo que deseaba el matrimonio era poner el pie en el estribo de una diligencia para emprender el largo viaje y que los compañeros de viaje fueran amenos en conversación y tuvieran sus mismos gustos y pocas impertinencias, con los que sobrellevar las molestias del camino. La rotonda que ocupa la parte posterior del carruaje tenía dos asientos laterales para cuatro plazas cada uno. Allí se montó una dama con su hijo y una nodriza que les acompañaba. Como hacía buen tiempo, la comitiva hizo un alto en el camino para preparar la comida en pleno campo. Almorzaron trucha y una salsa a base de ajo, de los llamados “de arrieros”. Se pararon a la sombra de un árbol, junto al arroyo de los Pedroches. Mientras tanto, los mozos echaron centeno mezclado con paja a los caballos.

La diligencia serpeaba alrededor de los montes, en el fondo de los valles. Los caballos galopaban, el látigo crujía y el polvo del camino hacía remolinos. En su largo viaje pasaron por algún albergue, al mismo tiempo se oían tañidos de campanas de algunos pueblos que encontraban a su paso y que doblaban a muerto. La viruela que afectó a un gran número de la población andaluza. Pero también, pasaron por tierras que tienen su paisaje en las lindas praderas y en los bosques y ríos, graciosamente sombreados por un cielo azul. La entrada a Córdoba era una de las emociones del camino. Por el cambio de paisaje, por los edificios monumentales y por haber sido uno de los principales centros islámicos de la Edad Media. Córdoba era un oasis en medio del páramo, una ciudad andaluza dominada por su catedral—mezquita, esplendor del pasado y majestuosidad del presente.

Uno de los mozos se dirigió a Juan:

—Señor, Córdoba es grande, espectacular, histórica y tiene belleza en cada rincón. Sus patios, sus aromas, rezuma arte por todos los rincones.

A su paso por Córdoba, una vez que habían atravesado el puente romano sobre el río Guadalquivir, descansaron en una venta. Allí le llamó la atención a Juan un hombre de traje excesivamente recargado, que estaba a punto de comer, un hombre anciano aunque bien proporcionado, con bigote y perilla. Mantenía una conversación tirada con un mozalbete que le acompañaba, de unos veinte años de edad, de aspecto bastante atractivo, de linda figura.

—Te repito— decía el anciano—, que no comprendo la necesidad que tenemos de ir a ver a tu hermano Pedro.

El joven, que se llamaba Francisco Fernández, le contestó:

—Tenga en cuenta tío que el hecho de que hace años expulsaron a los moriscos, lo que ha motivado que circule mucha moneda falsa, mi hermano necesita de su ayuda, pues eso le ha provocado un desbarajuste monetario y va a tener que marcharse de Córdoba.

—Lo que yo te digo, Francisco, es que debiéramos pensar mejor lo que le vamos a dar—, dijo con voz ligeramente alterada.

—Es decisión suya, tío— dijo el joven con mohín de indiferencia—; pero si quiere mi consejo, antes de que se marche lejos, tendrá que ayudarle económicamente pues si no tardaremos años en volverle a ver.

Aquel joven tenía los ojos negros perdidos en la lejanía, con una expresión singular. El solo imaginar que se iba a separar de su hermano le parecía algo imposible de llegar a realizarse.

El anciano le contempló fijamente y tras darle un cariñoso golpe en la espalda, le contestó:

—Está bien, espero no llegar a arrepentirme.

Juan Sorapán observó que estaba reticente. No parecía convencido el hombre. Su perfecta figura a pesar de los años que podría tener y el traje que vestía era lo único que le valía las miradas y la atención de los presentes en la venta. Pero ese

papel secundario de la conversación le llamó la atención a Juan. Estaban conversando acerca de los graves efectos que había producido la expulsión de los moriscos años atrás y las consecuencias económicas que habían generado en la población.

Aquel anciano era de origen hispano y de buena familia. Un momento, tío y sobrino, permanecieron en silencio, jugando con los vasos que habían apurado.

—Tú conseguirás siempre de mí lo que quieras. Los ojos del joven echaron chispas. Al rato, se marcharon.

Había pasado más de diez años desde que se había decretado la expulsión de toda la población morisca de la monarquía hispánica. Las consecuencias fueron diferentes según la zona de la monarquía, pues en algunos lugares constituían uno de los pilares básicos de la demografía. A parte de las evidentes consecuencias poblacionales, el exilio forzado de los cristianos nuevos también significó una caída de la actividad económica, sobre todo en los casos en los que la población morisca formaba el grueso de la masa laboriosa. Los efectos más negativos de este descenso de la actividad económica fueron en el campo de la agricultura. Esto se debe a que la mayor parte del trabajo de la tierra se encontraba en manos de los moriscos y Pedro había tenido en sus campos trabajando a varios moriscos y tras su expulsión no encontró mano de obra de cristianos viejos.

Los viajeros continuaron su camino. Aún les quedaban siete días para llegar otear en el horizonte el castillo moruno de Trujillo.

Pasaron los días. El sol declinaba melancólicamente hacia el ocaso. Las luces de Poniente doraban los muros del castillo. Cerraba la noche; más de la noche aquella fuera mejor decir que abría, tan clara y serena. Por muy clara que era la noche, al fin es noche, y, aunque acierte a recortar sobre el cielo al contorno del monte de San Gregorio, siempre deja sumidos en sus tinieblas los detalles que el día hace patentes en el paisaje. Aquella noche no durmió Juan, pensando en la llegada a Logroñán. Se limitó a observar las tristes nubes y el agua que callada

y suave de alegría corría en la fuente cercana a una ermita y desaparecía bajo un toldo de ramas.

La diligencia parecía vagar en el vacío, fuera de la atmósfera terrestre. Llegaron a Trujillo donde tenía su parada la diligencia. Las estrellas brillaban en todas partes. Antes de la media noche, se iluminó el horizonte de vistosísimas llamas, reflejadas por un paisaje de ensueño. El resto del cielo estaba cárdeno. Todo era silencio, las hogueras procedían del castillo moruno. Juan le relató a su hijo la historia de aquella ciudad.

Juan exclamó con reposado y majestuoso acento.

—Ha llegado la hora de que brille ante tus ojos la verdad en toda su magnífica desnudez. Te voy a resumir en pocas palabras la historia de esta ciudad.

—No sé si por fatalidad innata de mi imaginación o por algún viajero que conocí en Granada, escuché historias verosímiles de aguerridos caballeros de esta ciudad. Aprendí en estas tierras, que esta ciudad es una acrópolis pétreo, muda en su quieta beldad, ágora viva de ciudad sensible. Aquí han nacido hombres y mujeres cuyas conquistas han influido en los destinos de España. Aquí se enlaza la historia monumental de esta ciudad con la de España y América.

Tras media hora explicándole Juan a su hijo la historia de la ciudad y al observar que se estaba durmiendo del ajetreado viaje, concluyó:

—Allí arriba queda ese fabuloso espectáculo de murallas, torres y casas solariegas, y en lo alto ese castillo que nos despide en la lejanía de este viaje de leyenda y de historia, de vida y recuerdos.

Con las manos entrelazadas y los ojos levantados al cielo, se marcharon a descansar a la posada.

Por la mañana, el reflejo del lucero matinal venía a poner en pie a los viajeros. Empezaron el camino nuevamente en un coche de cuatro ruedas tirado por cuatro caballos. La familia Sorapán de Rieros estaba cerca del pequeño pueblecito en el que había nacido Juan. No sin antes, descansar en el hospital de peregrinos que había en el santuario de Nuestra Señora de

Fuentesanta, muy cerca de Zorita, y a expresar gratitud a la Virgen por el camino recorrido. La ermita se encontraba en un lado del camino, manifestaba el esplendor religioso que la divinidad se merece y como lo requiere la devoción de los vecinos del lugar.

Se hallaba en ese momento nuestro hombre en un interesante estado psicológico, a pesar de la vida tan intensa que había tenido en Granada.

Entraron en Logrosán por una calle angosta y torcida. Sonaron broncos ladridos de perro. Las luces de los candiles proyectaban una especie de espectro por las ventanas de las casas, casi escondidas entre ramas de los árboles. Las fachadas de las casas relumbraban, una luz que bañaba esa mañana las calles. Las casas blancas, con sus tiestos de albahaca, limpias y acogedoras. Cruzaron las calles del pueblo, pinas y soleadas. Al pasar por una plaza, sonaba el trémulo coloquio de una fuente. Al final del pueblecito, donde arranca el camino hacia Guadalupe estaba la casa de Juan, un viejo edificio con ventanas a la calle y un zaguán embaldosado. El padre de Juan tenía sesenta y nueve años. Su madre había fallecido hacía algunos años. También, habían fallecido algunos amigos de la infancia cuando habían llegado a la plenitud de las esperanzas. Se pararon delante del portal y bajaron un cofre de piel de cabra, y varios cestos.

—¡Madre Santísima!— exclamó Gonzalo, contemplando a Juan y tocando con sus secas manos a su hijo.

Juan, que casi no recordaba el rostro de su padre, le dolió el hecho de no haber pensado mucho en aquella efusiva alma.

Juan le presentó a su esposa e hijo:

— Es María y este mozalbete es Tomás.

—Esta bella doncella, tan espigada, es tu esposa. Sé bienvenida,— le repuso gozosamente Gonzalo, al tiempo que besó en la frente a su nieto Tomás.

En torno a Juan comenzaron a agregarse los vecinos, sonaban puertas, campanillas de estrados de los doseles de las puertas y rumores de voces. Abrían los postigos de los

portales. Todos contemplaban a los recién llegados. Juan se fijó en una mujer que asiendo de la punta de su delantal, se acercó a él. Era Paula Mediero, una vecina a la que recordaba con cariño, pues había sido amigo de su hijo Andrés cuando eran pequeños. Paula, de facciones grandes, tenía abundante cabello blanco, como cubierto de nieve. Dulce y solícita saludó a Juan y a María, ésta sonrió resignadamente.

—¡Si supieras cuánto me he acordado de ti! De no saber que venías, no te hubiera reconocido.

Juan le preguntó por Andrés.

—Hace tiempo que no tengo noticias de mi hijo. Embarqué rumbo a la colonia de Nueva España, hace ya dos años. ¿Te quedarás a vivir aquí?

A lo que Juan respondió:

—Ya veremos. Venimos una temporada. Pero, definitivamente no lo creo. Aquí y allí no hemos de pensar en nuestra conveniencia, sino en hacer la voluntad de Dios.

Tras saludar al resto de vecinos, se marcharon a descansar. Qué contento se encontraba Juan y qué necesitado estaba de transfundirlo.

Aquel día, Gonzalo les agasajó con leche, fruta y rebanadas de pan, con arropo y que había preparado él mismo mediante la deshidratación del mosto, gracias a un proceso de cocción a fuego lento, hasta llegar a la caramelización de sus azúcares.

La gente aldeana tenía fama de curiosa. En cuanto hubo entrado la familia en casa, aunque con recato, se quedaron en la calle murmurando sobre aquel médico que había destacado en el Santo Tribunal de la Inquisición. Todos recordaban con afecto, sobre todo los más mayores, a aquel joven que un día marchó de esta tierra. Por eso sentían ahora tal comezón de mirar y debieron de quedarse satisfechos, ante la belleza de María Linares. Los chiquillos correteando por las calles y se oía el rumor de cuchicheos de las mozueltas asomándose a las ventanas. Pasada la tensión que supuso esta escena de la llegada de la familia a su pueblo, descansaron en la casa de Gonzalo. Esa noche, por fin, Juan pudo dormir muy complaci-

do. Se sorprendió de no haber soñado con nada fúnebre, con nada que aludiera a su dolor.

Durante el tiempo que permanecieron Juan y María en Logrosán sintieron el calor de la intimidad y ese sabor a familia que atesoraba aquella casa.

Pasados unos días, María se quedó en Logrosán con Gonzalo, su hijo Tomás y algunos familiares, y Juan continuó su largo viaje hacia Guadalupe. Tocaba ya casi a su término, en unos días volvería a estar en el solar de su antigua morada. María detestaba los viajes por su incomodidad y le fatigaba mucho. No estaba habituada a dormir en una posada y, mucho menos, al raso. Juan, por el contrario, nunca se amilanaba ante los inconvenientes de los viajes. Había amado desde niño su pueblo natal, siempre recordaba con cariño un banco de nogal con testero y pies tallados que tenía su padre en una de las estancias de la casa, lustroso ya del roce de los muchos años que en él se habían sentado. En su casa siempre recordaba el cacareo de los gallos y la multitud de tiestos, grandes y pequeños, su madre siempre decía que las plantas eran de Dios. La sacaba la calle, abrigaditas del viento, para que tomaran allí el sol.

Al amanecer, Juan despertó alborozado, se vistió presurosamente y tras despedirse de su familia, emprendió el camino hacia Guadalupe, cuando el sol comenzó a desgargar monte abajo sus rayos por todo el paraje, descolgándose por entre los huecos de las hojas de los árboles. Por las calles de Logrosán pasaba el médico cabalgando gallardamente, gozándose en la paz. Su padre le había dejado un caballo, fogoso y activo, pero a la vez muy dócil y paciente. Subía la mañana serena y tranquila. Un vibrar apacible de grillos que parecía subir hasta los montes. Juan continuó su camino siguiendo el sonoro camino del agua de la torrentera que corría atropellando las piedras, cuajado de la claridad de la mañana. Era ya tiempo, los pastores y zagales vigilaban los rebaños al tiempo que cogían flores del campo, mirándose en los arroyos.

Por su parte, María se quedó en la casa. Aprovechó para hacer limpieza. Se dirigió a revisar los baúles y roperos. Al

fondo del patio, había una cuadra llena de tinajas y medias tinas, huellas notables de un esplendor pretérito en el que había vivido la familia Sorapán. Tristes vestigios de un pasado.

Juan continuó su camino. Cuando pasaba por el arroyo Guadalupe, surgió de pronto la silueta de un hombre montado en un brioso caballo. Caminaba despacio, paralelo al cauce, y a veces separaba o explorando el paraje. El caballo se resistía a entrar en el agua, por lo que tuvo que vadearlo. Cuando llegó hasta donde se encontraba Juan, detuvo bruscamente su cabalgadura, con las patas firmemente clavadas en el suelo. Se inclinó sobre su silla con gesto cortés, saludando. El enigmático explorador era William Lithgow, un viajero escocés, escritor y presunto espía. Lo que más les sorprendió a Juan cuando estuvo cerca de él, fue que le faltaban las dos orejas. A William Lithgow le habían cortado las dos orejas los hermanos de cierta señorita Lockhart, cuando fue descubierto abusando de ella, lo que le valió el apodo de "Willie sin orejas". Se había adentrado en este dédalo de valles que conforman el paraje cercano al monasterio de Guadalupe en busca de alguna información.

Ambos se sentaron a descansar en una limpia piedra y repartieron sus viandas.

—Perdonad mi atrevimiento, me detuve con el recelo de si seríais o no un bandolero, en estos tiempos pululan tipos extraños y diversos por estos caminos— dijo sonriendo cordialmente.

—Voy camino del monasterio a pasar allí algunos días—, le contestó Juan.

El escritor escocés le contó a Juan algunas anécdotas acaecidas en el cenobio, donde había residido durante una semana.

—¡Voto a bríos! ¿Está bien enterado?

El viajero había tenido conocimiento del monasterio por su padre, que había sido comerciante. Este incansable viajero había viajado por medio mundo, visitando Shetland, Suiza, Bohemia, París, Roma, Atenas, Constantinopla y había navegado por otras localidades griegas y luego había estado en Palestina, llegando a Jerusalén el Domingo de Ramos de 1612, y más tarde en Egipto. Durante el yantar, Juan estuvo muy callado, escuchán-

dole. Mientras estaban absortos en la conversación, escucharon el crujir de quijadas, plañían los ganados, de pronto se vieron rodeados por varios corderos, blancos, como la pureza de la nieve. El pastor que les conducía hacia una montaña cercana les invitó a leche recién ordeñada. Estos corderos comían pastos cortos y tiernos, cerca de sus majadas, sin prisas. Juan observó que la vida del pastor solitario estaba empapada de alegría, respiraba los aires vírgenes, el olor de las matas de la sierra y el rebaño esparcido entre breñales.

Juan, dejó atrás al viajero continuando su camino por las quebradas y onduladas sierras. Lo que no sabía aquel enigmático pasajero es que en este viaje a España terminaría con su aprehensión en Málaga, torturado como espía. Un hombre con insaciable afán de aventuras, que había pasado casi toda su vida viajando. Cambios bruscos e inesperados de la fortuna.

Mientras tanto, Juan, continuó disfrutando del paisaje fresco y ondulado, amparado en la soledad de la naturaleza, viejas serranías que daban paso a espesuras boscosas y, entre sus pliegues, una telaraña de arroyos, castaños, alcornoques y encinas. Procuraba hartarse de visión de campo y llenar el alma de su recuerdo secular. Hasta que a lo lejos la luz severa del monasterio comenzaba a transformarse en un idílico y gozoso paisaje que Juan había llevado siempre en el recuerdo. Juan comenzó a estremecerse de humildad y de alegría. La luz agotadora del sol se esparcía aladamente como un viento luminoso. Las sierras lejanas se transparentaban bajo las nubes.

Juan llegó al monasterio en la primavera de 1620. Una mañana del mes de abril, templada y soleada, a la grupa de un soberbio alazán, caminó a toda velocidad, a través de los campos. Por el camino estaba más contento que otra cosa, cuando se dirigía hacia la que había sido su casa durante casi cinco años, al paso que gozaba de la libertad y los salvajes placeres de los hermosos parajes que encontraba a su paso. También esperaba con cierta ansiedad encontrarse de nuevo con sus queridos frailes.

Nada más llegar se encontró con fray Gabriel de Fonseca y Ávila, mejor conocido como fray Gabriel de Toledo, nombre que adquirió cuando profesó en el monasterio de Guadalupe, era natural de Toledo, de ahí su nombre y sobrino del gran escultor toledano Giraldo de Merlo, cuya mujer, Teodora de Fonseca y Silva era hermana de Antonio de Fonseca, padre de Gabriel. Por dicho motivo Giraldo de Merlo trabajó en el retablo del monasterio allá por el año 1519. Su vigorosa inteligencia y su ingenio agudo y sazonado, motivaron que fuera encargado en el monasterio del taller de carpintería y tuvo muchos contactos con artistas como Juan Bautista Monegro, el Greco o su hijo, Jorge Manuel Theotocópuli y con algunos de los principales arquitectos como Gabriel Pentiero, afincado en Trujillo y con los máximos artífices del monasterio de El Escorial. En el monasterio tenía una amplísima biblioteca con fuentes arquitectónicas y teóricas, tales como *Regole delli cinque ordini d'Arquitettura* de Vignola.

Fray Gabriel de Toledo le explicó a Juan Sorapán que en tres días iba a marcharse a Trujillo, donde tenía que entrevistarse con don Diego de Vargas Carvajal porque tenía pensado llevar a cabo algunas obras de transformación y mejoras en un edificio de su propiedad. Años atrás, el palacio trujillano había sufrido un aciago incendio y había arrasado parte del mismo.

En aquel momento era prior del cenobio guadalupense fray Juan de la Serena, que el 12 de septiembre de 1615 había sido nombrado. Durante su gobierno se labró el retablo mayor del santuario. Pero, tras dejar a fray Gabriel de Fonseca, lo primero que hizo Juan fue subir las escaleras aceleradamente que comunicaban con el coro para abrazar a su amigo fray Francisco Melchor de Montemayor, con el que tantas y tantas horas había pasado. Pronto se vio delante de la puerta del coro, por donde había entrado tantas veces rebosando cariño y confianza. El gozo del padre Melchor era grande y vivo. Levantó la vista para mirarle al rostro, riendo, y entonces se inclinó Juan y le abrazó. Le ahogaba la emoción. Le contó que era muy estimado en la catedral de Granada, que conocían su obra musical,

y que eran muy populares sus villancicos en Andalucía. Juan, se quedó maravillado con la luz que entraba por la vidriera del rosetón y que iluminaba la estancia coral, con la decoración de las pinturas de la cubierta del coro, una bóveda estrellada con ángeles que tocan instrumentos, pintada por un tal Juan de Flandes entre 1495 y 1498. Juan Sorapán se sentó en uno de los sitiales de la sillería coral, que no conocía, de nogal y labradas con gran artificio y primor por Gonzalo de Montenegro. El padre Melchor no cerraba los ojos, sino que los tenía clavados en Juan con extraordinaria viveza.

Juan calló un instante, aguardando a que el padre Melchor lo interrumpiese y le dijera algo acerca de su estancia en Andalucía, pero el fraile se calló también, no le gustaba que nadie le interrumpiese cuando estaba delante del órgano, ni aún aquel médico de la Inquisición al que hacía años que no veía. En un momento dado, Fray Francisco Melchor se volvió hacia el piano. Estuvieron durante un gran rato entregados por completo a la música, embriagados con sumo entusiasmo. Mientras tanto, Juan distrajo su nostalgia fijándose el mobiliario, allí continuaba el tenebrario y los bustos de santos de la Orden Jerónima.

Al cabo de un rato, un reloj viejo y asmático que allí había dio estrepitosamente la hora. Un ruido contagioso y pegadizo. En cuanto el reloj hubo sonado, el padre Melchor giró la banqueta y se dirigió a Juan. Este besó las flacas manos del fraile; y tornó a sentir un bienestar indefinible, comenzando a relatarle todos los pormenores de su estancia en Llerena y Granada. Juan deseaba hacer pasar la vida en todos sus aspectos por su imaginación e imprimir el cuadro de sus experiencias en Andalucía, galvanizadas hasta el delirio en el recuerdo de aquellos condenados que vivieron un infierno de impulsos perversos, iluminados por la perspicacia espiritual.

—Uf, da escalofríos oírte contar tu amarga experiencia con los presos. Siento por todo lo que has tenido que pasar— se lamentó Francisco Melchor— el hombre da muchas vueltas con los años, y creo que para llegar a la situación de ánimo es necesario haber pasado por lo que tú has pasado.

—He visto sufrir a muchos. Esos lances en mi vida han influido de un modo muy pernicioso en mi carácter. Así que me he visto solo peleando en la sombra—, repuso Juan.

—En ocasiones, he escuchado dentro de mí una voz elocuente que me hacía una oposición violenta. Una voz que pedía con justicia que no fuese tan superficial en mis juicios y que penetrase a las entrañas de la verdad.

—Con el tiempo, surgirá una verdad que engendre una vida más plácida, sin tanto escepticismo ni tantas lágrimas. Pero a esas generaciones que gozarán de una paz que nosotros nunca hemos podido gustar, ya no las conoceremos. Dios nos conserve mucho tiempo sanos—, contestó fray Melchor.

La curiosidad del organista sobre aquel tema inquisitorial era infinita. Fray Melchor era un hombre muy sagaz para el análisis y le había llamado mucho la atención todos los pormenores que Juan le iba narrando, afligido por sus desventuras. Era la viva personificación íntima de unos momentos muy trágicos por los que había tenido que pasar el bueno de Juan.

—Ten en cuenta Juan que Jesucristo dejó dispuesto un plan admirable para que todos profesemos en la verdad que El nos había enseñado y se amase con el amor que había venido a difundir sobre la tierra. No debemos decir que los que el Santo Oficio ha considerado herejes no profesen una buena fe y sean verdaderamente impíos; aquellos que han podido comprender la malicia de sistema tan falaz, y los que lo abrazan después de haber vivido en la religión católica, no solamente no tienen religión llamándose protestantes, sino que cometen una ficción acrílica llamando cristianos a todo que destruyó por completo toda verdad y todo el orden del Cristianismo. debemos de respetar a todos los seres humanos. Cabe que los que siguen la religión natural, si lo hacen con sinceridad, conservan algo de piedad; pero no es posible que quede rastro de religión en los que no hacen sino adulterar y abusar de la única verdadera.

—Fray Melchor, en el orden del mal no se ha respetado a ningún ser humano al considerarle hereje. Y en cuanto a hacer el bien, llegaré hasta donde no se ven los sentimientos de hu-

manidad según los conservaremos más o menos puro y eficaces. La moral como la incredulidad está presente en aquellos que no temen a Dios. Debemos de ser amantes de la verdad y que domine en nuestros corazones el amor santo de Dios y un temor saludable a su justicia—, respondió Juan.

Continuó explicándole a fray Melchor que en su desesperación, y con todos los horrores a los que había sido testigo directo, recordó que la fama hablaba de un virtuoso sacerdote que curaba los más acerbos males del espíritu en Zafra y se fue en busca de sus consejos. Lamentablemente, este sacerdote que era hermafrodita y tenía los dos sexos, tenía más desarrollado el femenino que el masculino, por lo que lamentablemente a los pocos meses fue condenado por la Inquisición de Llerena por usar la parte activa de éste. Sus cómplices fueron dos jóvenes extremeños, uno de Almendral y otro de Bancarrota, los cuales tuvieron que declarar ante la Inquisición diciendo que cuando practicaban sexo con la clériga de Zafra lo hacía como si lo hicieran con una mujer, porque este sacerdote tenía natura de mujer.

El rostro de fray Melchor fue bañándose de una leve sonrisa de satisfacción y júbilo por el reencuentro con Juan. Este bajó la cabeza y suspiró. Se levantó, renovó la vela del candelero y cogió las manos de Juan, y le dijo:

—Amigo mío, no temas por todo lo malo que te ha pasado, disfruta de las bendiciones que Dios te ha dado en estos años—. ¡Estamos acostumbrados a las mayores injusticias! Estudiaremos a fondo la dolencia, y veamos si podremos curarla con algún procedimiento espiritual.

Juan miró con asombro al buen fraile. Parecía en ello al médico que receta una fórmula contra toda clase de males.

Serían las nueve de la noche cuando Juan terminó la entrevista con fray Melchor. Seguidamente, visitó la iglesia y se sorprendió ante el bello retablo que cubría el altar mayor. Había sido realizado por Juan Gómez de Mora e inaugurado por el propio rey Felipe III, aquél arquitecto al que había conocido años atrás en una posada. Tenía mucha fama como entallador

en la corte, era el arquitecto real de Felipe III. Aunque en el retablo intervinieron otros artistas como Giraldo de Merlo, Jorge Manuel Teotocópuli, hijo del Greco que le ayudó en su ornamentación y dorado, y Juan Muñoz. Y las pinturas corrieron a cargo de Vicente Carducho y Eugenio Cajés. La capilla ochavada conocida como “El Relicario”, obra de Nicolás de Vergara, estaba siendo decorada con buenas pinturas, sobresaliendo las de su alta y esbelta bóveda, que representan cuadros de la vida de la Virgen y de San José.

Aquella primera noche en el monasterio fue tal que Juan la conservó en su memoria. Con cierta melancolía, Juan recordaba que sus mejores amigos habían sido fray Melchor de Montemayor y el licenciado Miguel Ximénez. No tuvo las pesadillas que le amenazaban en Granada, a pesar de que aún tenía la conciencia atormentada por el recuerdo de aquellos presos que se sumían en insondables abismos de infidelidad.

Con la vuelta del día se animó. En Guadalupe, Sorapán de Rieros tenía buena amistad con el cirujano Pedro Corral y con el regidor Sebastián García Carrera. Estos le contaron que en 1619 habían organizado los preparativos para la llegada del rey Felipe III a Guadalupe, porque lo mismo al volver que al ir a Portugal, pasó por Guadalupe organizándose comedias y danzas por los niños de la Puebla y, entre otras funciones, una vaca de cartón que se preparó para una capea, también trajeron un torillo de dos años muy bravo, de rejoneaban y hacían suertes y en una apretó tanto a uno de los caballeros que el jinete con el caballo de cartón se metieron debajo de un banco, escena con la que el rey se carcajeó. El paso del rey Felipe III por Guadalupe fue narrado por el padre Alcalá: *“En la venida de Felipe 3º, del Príncipe, Infantes y Infantas se le hicieron las fiestas siguientes: Varias comedias, danzas por los niños del Seminario y otras por niñas del pueblo. Huvo danza de negrilla y caballitos, que son de carton y se los ajustan los estudiantes al medio cuerpo, se dividen en moros y cristianos y hicieron los exercicios de una guerra con pistolas, lanzas y espadas. Para remate de la fiesta, en lugar de la vaca de carton que sacan en las otras fun-*

ciones, trajeron un torillo de dos años muy brabo, le rejoneaban y hacían suertes y en una apreto tanto a uno de los caballeros que el jinete con el caballo de cartón se metieron bajo de un banco, lo que el Rey rio mucho y dijo que en su vida había visto meterse un jinete y un caballo debajo de un banco. Esto es tradición de los religiosos antiguos. Esta función se hizo en el claustro de la Botica, por la noche hubo grandes fuegos y máscaras”.

Juan pasaba las tardes con su amigo fray Gabriel de Talavera, que había ejercido como prior entre 1595 y 1603. Este le había regalado el último año de su estancia en Salamanca el libro que escribió sobre Nuestra Señora de Guadalupe y que había publicado en 1597 en Toledo, en la casa de Thomas Guzmán y que llevaba por título: *Historia de Nuestra Señora de Guadalupe: consagrada a la soberana magestad de la Reyna de las Ángeles milagrosa patrona de este santuario*. Posiblemente Juan, se fundamentó en este libro para resumir la geografía y la leyenda guadalupense, que describe como: *“Un hondo y ameno bache entre levantados montes, donde santos varones escondieron imagen como preciosísima reliquia al tiempo que se perdió España. Y allí estuvo escondida seiscientos años, hasta que milagrosamente fue descubierta”*. Juan siempre recordaría las emociones dulces que le producía la lectura de aquellas páginas en las que había observación fina y mucho acierto en las frases escritas con un estilo completamente propio. Cuando leía cada página de aquel manual volaban sobre su cabeza muchos vientos ardorosos, recordando sus vivencias en el monasterio y por haber acaudalado preciosos datos.

Curiosamente, Juan en su libro sobre *Medicina española contenida en proverbios vulgares de nuestra lengua*, menciona el libro que el padre fray Gabriel de Talavera escribió de la devotísima imagen de la Virgen de Guadalupe, de su casa y grandezas. Juan tenía en gran aprecio al padre Gabriel de Talavera al que había conocido en Salamanca. Fray Gabriel de Talavera le contó a Juan sus aspiraciones para la construcción de la capilla de las reliquias que había llevado a efecto durante la estancia de Juan en Llerena, según los planos de Nicolás de Vergara. Esa

sería la última vez que Juan se iba a reunir con fray Gabriel de Talavera, ya que el buen fraile fallecería en septiembre de 1620. Fray Gabriel de Talavera, de linaje muy noble, de los Meneses y duques de Estrada, había tomado el hábito jerónimo en el mismo Monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe hacía cincuenta y cinco años. Como había cursado leyes en la Universidad de Salamanca, pasaba muchas tardes con Juan Sorapán paseando por uno de los claustros del monasterio, recordando la etapa en la que ambos vivieron en Salamanca. Asimismo, también los vivieron una temporada en Granada, fray Gabriel de Talavera en el Monasterio de Santa María de la Concepción, en donde hizo la portada de la iglesia que es de lo mejor que hay en aquella ciudad. Fray Gabriel de Talavera le fue explicando a Juan la reforma que años atrás se había realizado en la capilla mayor de la iglesia del monasterio guadalupense.

Juan conoció a un egregio fraile jerónimo que acaba de llegar al monasterio, se trataba de Diego de Montalvo, escritor de favores de Nuestra Señora y grandezas de su santuario, dejó escritas en 1631 estas bellísimas expresiones:

“Los pobres del lugar hallan siempre en la puerta limosna larga y general, sin diferencia, tienen en ella las viudas pobres ración de pan y carne de asiento y otras muchas, que pasan de cincuenta y una libra de pan cada día y lo que se levanta con limpieza de las mesas, que es mucho se distribuye en las casas de pobres honrados. Danse en aguinaldo a doncellas huérfanas dote para tomar estado. Remítense cantidad de deudas por Navidad a vecinos que no pueden pagar, sin apretarse con descomodidades y a veces esto y limosnas que se hacen, llegan en este día a más de quinientos ducados. Vístense unos con paños y frisas que les reparte el Prelado y cálzanse otros con muchos pares de borzeguies y zapatos doblados. Dan a veinte conventos de frailes y monjas de esta comarca dos arrobas de aceite y una de miel a cada uno para pasar mejor los ayunos de la Cuaresma.

Danse zapatos a todos los Romeros que necesitan de ellos, y suelen contarse ochocientos pares por la fiesta de septiembre, para que pasen mejor acomodados lo áspero del camino

y alaben a la Señora que los calzó por ello. Gasta el padre Portero tres fanegas de pan un día con otro, sin entrar en esta cuenta los presentes que se hacen de pan regalado a gente de mejor calidad. Por imposible tengo de referir a la letra (aunque criado en ello) todo lo que la mano liberal de la Madre de las misericordias reparte... Las obras de misericordia corporales se ejercitan en tres hospitales, con nombres, y fama en todo el Reyno. Cúranse en el uno hombres en cinco salas, y enfermerías aparte, y distintas, según la calidad de las personas, y de la enfermedad de que se curan, con ochenta y más camas, que sirven de ordinario, sin las que se ponen para la cura del mal Francés. Son las plazas de Médico, y Cirujano famosas, escogidas, con ley y obligación de acudir puntualmente a sus visitas, como a la enfermedad del Prelado, sin saber regatearse gasto con las recetas, de comida, regalo y medicinas, aunque la frecuencia es mucha y ordinaria.

Tiene la Madre de Dios en este hospital siempre mesa franca y refectorio abierto para todos los Romeros y viandantes, dándoles tres días de comer y cenar; y siendo yo administrador de esta provisión el año de mil y seiscientos y diez y ocho libré dos días por la feria cédula de setecientas raciones de carne dobladas, sirviendo una para dos, y se hallaron, según buena cuenta, mil y cuatrocientas personas juntas, combidados de la Reina de los Ángeles y por lo menos no hay memoria de que falten día alguno huéspedes en esta mesa en buena cantidad.

Hay en este otro Hospital para Mujeres, donde las enfermeras son gente piadosa, con nombre y reconocimiento de beatas.

Llega el gasto de estos Hospitales a diez y ocho mil libras de carnero, otros tantos panes de a libra, y casi quinientas fanegas de pan tan blanco para la limosna, sin otros mayores gastos de aves, lienzo, ropa de camas, pasta, almendra, azúcar, con lo demás forzoso para la cura de tanta gente, acudiéndoseles con policía y todo cumplidamente”.

La caridad que practicaba el monasterio jerónimo de Guadalupe no tenía límites, ni diferencias entre los necesitados. Para elevar el número de romeros, objetivo inexcusable si se

pretendía popularizar aún más el santuario, era necesario que el monasterio proporcionase hospedaje y comida a un elevado porcentaje de aquéllos.

Los jerónimos ofrecían a los romeros pobres aposento y comida gratuitos durante tres días, un par de zapatos, servicios sanitarios y algo de pan y vino para el camino de regreso.

Pasaron los días. Juan tenía que regresar a Logrosán. Aquella mañana se filtraban la luz por la ventana de su aposento. Después, hundiendo su rostro en el agua clara de una artesilla o palangana, sintió el frío que producía la ablución madrugadora. Después de desayunar unos sorbos de leche, porque no quería más, y tras despedirse de los buenos frailes, su fiel amigo fray Francisco Melchor le acompañó.

Bajaron juntos una ancha escalera de piedra que ha pulimentado el tiempo y que comunicaba con las cuadras. Los recuerdos le venían a la presencia, los años que había vivido entre aquellos muros, recordando todas las memorias que guardaba en su intimidad. Aquellas losas grises y aquellos arcos berroqueños, las finas nervaduras que arrancaban de las paredes.

Francisco Melchor se despidió de Juan, su rostro tenía algo de expresión mendicante, triste. Juan se montó en su caballo de un salto presto hacia su pueblo natal, contaba con cuarenta y ocho años de edad y aún se mantenía en forma. Tras pasar por la plaza pequeña, aún sin sol, donde un pilar de cantería rebosaba agua serrana. El rumor fresco de la mañana, sereno, la última vista al monasterio que quedaba atrás, delante una montaña que alzaba las vértebras de su espinazo rocoso. Sintió una emoción de soledad, de desaliento. Sabía perfectamente que no volvería más.

El sol encendió el día, una mancha de encinas y alcornoques se prolongaba hasta la sierra. Era como un sueño de luz que animó a Juan. Iba a reencontrarse con su familia.

Una vez en Logrosán, descolgó las alforjas con las provisiones que traía de Guadalupe: miel natural procedente de las flores de la sierra, tres quesos y habas. Su llegada a casa

le invitó al reposo. Allí le llegó la noticia del fallecimiento en Madrid del médico y poeta Cristóbal Pérez de Herrera, del que había tenido noticias durante su estancia en Granada. Este personaje había sido Protomédico de las Galeras de España; se preocupó de atender a los pobres y mendigos que abundaban en la mayoría de las grandes ciudades y de diferenciar los verdaderos de los falsos. Adquirió fama porque estuvo doce años ejerciendo como médico en galeras y llegó a conquistar siete banderas a turcos, ingleses y franceses. Durante este periodo de médico militar, un disparo de arcabuz le atravesó un hombro y estuvo muy grave, pero gracias a su gran fortaleza, sobrevivió. Protagonizó hechos heroicos y pintorescos. Llegó a escribir una obra parecida a la que escribió Juan Sorapán bajo el título *Los Proverbios Morales*, a la que Juan tuvo acceso, así mismo, vertió sus conocimientos médicos en *Compendium totius Medicinae ad tyrones*, que había publicado en 1614.

El 31 de marzo de 1621, a los 16 años de edad, subía al trono Felipe IV, entregado por completo a la voluntad del conde—duque de Olivares, inferior en torno a los validos extranjeros. El Imperio español iba a quebrantarse tan profundamente, que hasta la misma península se rompería la unidad, tan tenazmente perseguida por medio de la política de matrimonios, desde los tiempos de los monarcas católicos.

Tras pasar dos años en Logrosán e intentar cortar los pensamientos que le conturbaban el ánimo, los sepultó y decidió con su familia marcharse a Cáceres. Previamente, en Logrosán, creó una capellanía otorgando poderes a su vecino Pedro Mexia para que se hiciera cargo de su casa de Logrosán y de un almacén de granos. Y aún tuvo tiempo para atender a los enfermos de su pueblo. Sobre todo, le dio lástima el clérigo Luis Ventura, por las fuertísimas congojas y tan continuadas que sufría. La criada que tenía el capellán se alarmó mucho y llamó rápidamente a Juan para que acudiera a socorrerle. Era un hombre que se mortificaba. Benedicta, que así se llamaba la criada, le contó a Juan que no permitía a nadie que le ayudase ni que le acompañara de noche. A veces cuando llegaba por la

mañana estaba el lecho intacto, señal de que no había dormido. Se sentaba en una banqueta a orar y allí pasaba horas y horas rígido. La casa del cura se encontraba en la zona más sombría de la villa y estaba muy mal ventilada. No era lugar para el enfermo. Juan acordó trasladarle a una vivienda situada en los bordes de la villa, bañada de aires saludables y protegida por plácido silencio. Con el tiempo mejoró mucho, gracias a las medicinas que le recetó Juan.

Pasaron los días y el matrimonio, tras despedirse de la familia y de los vecinos con franca campechanía, puso rumbo a Cáceres. Allí residía su hijo Eugenio Sorapán, que era clérigo en Cáceres. La despedida en Logrosán fue muy triste. Juan temía por su padre, pulcro y señoril, pero ya mayor. Gonzalo poseído de la misma tristeza se despidió de su hijo, cerrando la puerta, sus pasos sonaron por la casa tras dar el aldabonazo que descargó al cerrar el portalón con ímpetu y rabia.

Tras disfrutar del viaje, el espectáculo de los valles, las huertas. Desde Trujillo se montaron en un coche “de tiros largos”. Avivadas las caballerías, pronto llegaron a Cáceres, antes de que declinase el sol. Una vez instalados, Juan ejerció de médico durante los años 1623 a 1628. Estuvo ligado al Concejo de esta villa por un concierto de servicios profesionales en calidad de médico asalariado, granjeándose la amistad de personas muy recocidas que le invitaban a los principales festejos celebrados en la villa, como eran las fiestas en honor a San Fabián y San Sebastián, San Gregorio y San Jorge (patrón de la villa). En Cáceres conoció al vecino Francisco de Paniagua, que se asentó en los riscos que coronan la Sierra de la Mosca y allí vivió en una cueva como un eremita orando ante una pequeña imagen de la Virgen que con el tiempo recibiría el nombre de Virgen de la Montaña, cuando consigue a base de limosnas y donativos la construcción de una capillita para dar culto a la imagen. La primera misa la celebró Sancho de Figueroa el 25 de marzo de 1626, era amigo de Paniagua y ejercía como sacerdote en la iglesia de Santa María.

En 1623 Tomás Sorapán contrajo matrimonio en Cáceres con Elena de Sande, adquiriendo así el mayorazgo de Sancho de Sande. Una de las familias más linajudas de Cáceres, con residencia palaciega en la plaza de la iglesia de San Mateo. Sus antepasados más directos habían luchado al lado del rey de Hungría y de Bohemia contra el avance otomano; recibiendo el popular tercio de Álvaro de Sande merecidos reconocimientos por su ferocidad en las batallas en el ejército de Carlos V y en sus campañas en Francia o Alemania, participando en la famosa batalla de Mühlberg. En 1571 después de la muerte del gobernador de Milán, Gabriel de la Cueva, duque de Alburquerque, le fue encargado el gobierno provisional del Ducado de Milán, y por sus esmerados servicios Felipe II le otorgó el señorío de la villa de Valdefuentes y el título de marqués de Piovera.

En 1628 le llegó a Juan la triste noticia del fallecimiento de su padre, a los setenta y seis años de edad. En un momento de profunda tristeza y desaliento llevó la mano del corazón a la frente y se asentó sobre ésta la palma crispada. María fue la que le dio la triste noticia. Amaba a su marido con más ternura que ardor. En el mes de marzo de 1628 se marcharon a vivir a Trujillo. Aunque Juan Sorapán continuaría visitando Cáceres, villa en la que había dejado propiedades y a sus dos hijos.

El Trujillo que conoció Sorapán de Rieros era una ciudad repleta de edificios palaciegos, conventos, en cuyas obras habían intervenido arquitectos como Francisco Becerra, Diego de Nodera, Sancho de Cabrera o Alonso Pablo, quienes, tras formarse en arquitectura y en cantería, se convertirían en los grandes valedores de la riqueza que hoy perdura. Trujillo había vivido en el siglo XVI su momento histórico destacado, definido por su expansión urbana, que la convirtió en una de las ciudades más interesantes del panorama artístico nacional.

Juan adquirió una casa solariega próxima a la iglesia de Santo Domingo que había sido erigida allá por el año 1564, en la calle en la que se encontraba la Preceptoría de Estudios, propiedad del Concejo, quien procuraba que allí fueran instruidos los jóvenes, pues el Concejo siempre había mostrado

gran interés por la cultura, no solo en disciplinas profanas, sino también en las eclesiásticas. Trujillo en estos momentos se extiende fuera de la muralla. El incremento demográfico y nobiliario son las circunstancias que impulsan este desarrollo, poblándose la ciudad de nuevas construcciones nobiliarias, sobre entorno a la Plaza, lugar preferido por la nobleza para levantar sus grandes mansiones, cuyas perspectivas permite la contemplación de sus grandes fachadas y escudos: Casa de la Cadena, Palacio del Marqués de la Conquista. Palacio de los Duques de San Carlos o de Vargas Carvajal, Palacio de Piedras Albas. A partir de este siglo la evolución arquitectónica de la ciudadela y de la ciudad será diferente. Frente a la casa—fuerte, poblada de torres, aspilleras y otros elementos defensivos y góticos de la ciudadela, surgirá la casa—palacio abiertas con logias y patios, al tiempo de algunas casas señoriales, intramuros, renueva su aspecto de casa—fuerte a casa palaciega renacentista.

Era una noble ciudad de realengo. Su gente y la ambición por descubrir, y la actitud fue la clave para que de Trujillo salieran “almirantes”, sin ser ciudad portuaria, y “grandes maestros” encargados de dar forma a los recursos rocosos. De aquí partió un verdadero escuadrón de soldados allende de los mares. Trujillo arrulló la cuna del Sansón de Extremadura García de Paredes, famoso en los campos de batalla de Ceriñola, Garellano y Sicilia, fue casa solariega de Francisco Pizarro y sus hermanos, el inmortal capitán de la epopeya americana en el Imperio de los Incas; y, ni qué decir tiene, del descubridor del río Amazonas, Francisco de Orellana. Trujillo les dejó la fe de Cristo y la devoción a María, una cultura y una lengua. Así, Trujillo llegaría a convertirse, entre los siglos XVI y XVII, en capital de provincia y ciudad dominante de tierras pacenses, cordobesas y toledanas.

Durante su estancia en Trujillo conoció en el año 1629 a fray Gabriel Téllez, conocido como “Tirso de Molina”, cuando era Comendador del Convento de la Merced de Trujillo. Juan, visi-

taba a menudo el cenobio. Una tarde paseando por el claustro con el fraile mercedario, éste empezó a contarle una historia.

—Quizás esto no le parezca delicado ni justo; pero le aseguro que siento compasión por la familia Pizarro. De hecho, estoy terminando de escribir una trilogía de los hermanos que participaron activamente en la conquista del Perú, con la única finalidad de glorificar las hazañas de los Pizarro para poner fin a algunos pleitos legales que el nieto Juan Fernando aún lleva arrastrando.

Fray Gabriel Téllez le contó a Juan que era feliz cuando les contaba algunas historias a los pequeñuelos que se acercaban al convento a pedir comida. Cuál era el grado de regocijo de ellos cuando aparecía por la portería. Fray Gabriel tenía una gran habilidad en entretener a los niños relatándoles las hazañas de Francisco Pizarro, Gonzalo Pizarro y Hernando Pizarro, que luego publicaría en 1635, en tres comedias históricas, con el título de *La Trilogía de los Pizarros*, y que tiene como escenario, tanto España como Perú. La comenzó a escribir en el período posterior al viaje en 1616 que realizara Tirso de Molina a la isla de Santo Domingo. Comedias dedicadas a dramatizar hechos vinculados con las vidas de los hermanos Pizarro, quienes participaron activamente en la conquista del Perú.

—Noble labor está haciendo—, le dijo Juan.

—Pero, no nos faltarán los testimonios falsos y las maniobras intrigantes.

—Recuerde que me tiene usted a su entera disposición—, apostilló Juan.

—Mi único interés es poner mi pluma al servicio de esta familia extremeña. nada más que franqueza, de corazón y de palabras,— dijo fray Gabriel Téllez.

Esta trilogía fue terminada de escribir en su mayoría durante los tres años que Tirso de Molina residió en Trujillo (1626—1629). Ahí habría tenido contacto directo con miembros de la familia Pizarro, quienes se habían destacado por su vinculación y protección con la orden mercedaria, favoreciendo su expansión en el Perú y en 1595 Francisca Pizarro, la hija del conquistador del imperio Inca, fundó el convento de la

Merced de Trujillo. En Trujillo conoció de primera mano la historia de la vida de los Pizarro, de ahí que escribió las hazañas de sus antepasados. La relación que tienen los Pizarro con la fundación del Convento de la Merced de Trujillo es esencial. Conoció a Fernando Pizarro y Orellana que era hijo de Fernando de Orellana y Francisca Pizarro, no la mestiza hija de Francisco Pizarro, si no la hija natural de Hernando Pizarro, había en la cárcel del castillo de la Mota de Medina del Campo con su manceba doña Isabel de Mercado. Fernando había heredado el mayorazgo de su madre Francisca Pizarro Mercado. El Marqués de la Conquista era título que poseía entonces don Juan Fernando Pizarro. Fernando Pizarro y Orellana era primo de Juan Fernando Pizarro, primer Marqués de la Conquista. Recordemos a Francisca Pizarro —hija del conquistador de Perú— y su tío, Hernando Pizarro. El conocimiento histórico de la biografía de la mestiza y su venida a Trujillo desde América es imprescindible para el estudio del Convento de la Merced en sus inicios.

Posteriormente, Juan y Gabriel, atravesaron el claustro y entraron en la capilla. se arrodillaron en dos reclinatorios delante de un pequeño altar delante del Cristo de la Humildad, imagen muy devota entre los feligreses trujillanos. Al oír el ruido de unos pasos volvieron la cabeza, y se pusieron rápidamente en pie. Era el padre fray Diego Rodríguez, un matemático y astrónomo novohispano, procedente de México, estaba pasando una temporada en el convento. Era un innovador tecnológico que tuvo gran influencia sobre la comunidad científica de la época.

Fray Gabriel Téllez le presentó a Juan Sorapán y le explicó la amargura que tenía con las desgracias y calamidades que había tenido que soportar durante su estancia en Llerena y Granada.

Fray Diego, que era un hombre muy sabio, escuchó la plática del religioso y contestó:

— Creo que el hombre normal, consciente o inconsciente, busca siempre el bien. Pero también los hay que niegan el

derecho a la vida a los que no obran de acuerdo con su presunta verdad.

— Juan siempre ha sido una persona buena y amante de lo justo—, respondió fray Gabriel.

Seguidamente, a Juan se le hizo tarde y se despidió de los religiosos mercedarios.

Fray Gabriel Téllez fue un religioso de imborrable recuerdo para Juan, en todos los sentidos. Juan se remontaba a la tradición redentora de cautivos que tuvo como principal protagonista a la Orden Mercedaria, que estaba muy interesada en conseguir el desahogo espiritual entre los reclusos, Ejerciendo una gran influencia material y moral en el ámbito carcelario, Por su amor a la justicia y su llanura, al desaliento y al desconsuelo.

Cuando Juan llegó a Trujillo conoció de la noticia del fallecimiento tres años antes del Inquisidor de Córdoba y Granada don Gabriel Pizarro de Hinojosa, al que había conocido en Granada. Hombre astuto y de experiencia que siempre vestía con más lujo que elegancia. Fray Gabriel Pizarro había fallecido en el mes de octubre de 1625, habiendo hecho testamento ante Bartolomé López. Entre sus últimas voluntades está la construcción de una iglesia bajo la advocación de la Preciosa Sangre de Cristo, en el solar del edificio de Juan Chaves Sotomayor, comenzándose las obras en 1627. El Inquisidor fray Gabriel Pizarro colocó un Crucificado que era de su propiedad presidiendo el altar mayor de la iglesia. Esta obra fue concebida para dar culto a los fieles de Trujillo, ya que era costumbre que frailes o miembros de la nobleza hicieran donaciones de este tipo, para ganar prestigio social y además a la vez que invierte en la salvación de su alma.

La obra había sido encargada por el Inquisidor al escultor sevillano Juan de Mesa y Velasco. Se ejecuta en madera de cedro y la policromía fue tarea de pintores supervisados por el imaginero. Este Cristo de la Sangre de Mesa, destaca por su corpulencia, movimiento desgarrador, posición y gesto conmovedor y la clara influencia plástica que Mesa imprime en sus obras. Aparece Jesús con una gran corona de espinas, la

mirada suplicante y la boca abierta, representando así la dramática expresión. Juan Mesa fue un hombre muy vinculado a las Cofradías y Hermandades, perteneció a la hermandad del Silencio, siendo miembro activo de su Junta de Gobierno de dicha hermandad, la cual albergaba entre sus hermanos a numerosos sevillanos ilustres. Fray Gabriel Pizarro de Hinojosa y Arévalo le visitó en el taller que tenía establecido en la popular calle Pasaderas de la Europa, cerca de la Alameda de Hércules.

Juan se granjeó la amistad de destacados caballeros trujillanos, tales como don Juan Antonio de Paz, don Pedro Manglano o don Fernando Girón de Salcedo que en 1626 había recibido el título de Marqués de Sofraga. Vivía en un edificio palaciego de los Bejaranos—Barrantes, próximo al convento de las monjas dominicas de San Miguel, así como de don Luis de Tapia Paredes, que había pertenecido al Consejo Real y Supremo de Indias, familia de Diego de Paredes, y que era otro de los personajes que entabló amistad con Sorapán de Rieros y que había regresado a Trujillo tras pasar una temporada con su tío Luis de Paredes. Este desempeñaba importantes cargos en la Corte, había sido Consejero y Alcalde de Casa y Corte. Y, actualmente, formaba parte del Consejo de Indias. Diego había vivido con su tío en una posición muy elevada en la administración de Felipe III y Felipe IV. Al fallecer Bernardino, uno de los hermanos de Luis de Paredes, heredó un mayorazgo importante, el de los Tapia, detentado por su otro hermano Esteban, padre de Diego, que había amasado una gran riqueza.

Estuvo presente en el entierro de Andrés Calvo, al que había atendido desde su regreso a Trujillo. Hacía pocos días que había vuelto de América. Había estado presente en la fundación de la villa de Boston, en el noreste de Estados Unidos, el 17 de septiembre de 1630. Le había contado a Juan los pormenores de ese memorable acontecimiento dirigido por los puritanos, cuyo líder era John Winthrop, una zona muy rica en pesca, la caza y la agricultura (maíz, frijol y calabaza), recursos explotados por los primeros colonos ingleses que cuatro años atrás se habían establecido en la zona. Andrés Calvo había formado

parte de los habitantes de aquella colonia, a raíz de su amistad con el reverendo William Blackstone.

Aquella mañana del mes de febrero de 1631 el cielo no estaba ni limpio ni oscuro. El aire era fresco a causa de la lluvia que no había cesado de caer en toda la noche, y el fango del suelo, como un espejo. Era un amanecer triste. La plaza, aunque estaba llena del público asistente al sepelio, estaba triste, más triste que nunca. Andrés era llevado a hombros hacia la iglesia de San Martín de Tours, había fallecido de difteria o como comúnmente se conocía a esta enfermedad en el lenguaje rural, del “garrotillo”. Enfermedad que había contraído durante su estancia en América. Una enfermedad que causaba gran mortalidad y se denominó garrotillo, porque los que la padecían acababan muriendo de modo similar a como lo hacían los reos ajusticiados por garrote vil, un método de ejecución ampliamente usado en España y que Juan conocía bastante bien. Varios canteros salían de un palacio cercano, el de los Vargas—Carvajal, estaban rematando un precioso patio, el que mayor equilibrio y proporción clásica iba a tener en Trujillo. Un edificio suntuoso y elegante, sobre todo en su parte interior, donde unas manos pródigas se habían unido para construir y decorar una serie de grandes salones en fila, decorados primorosamente.

Juan vio también a amigos en cuyo semblante se pintaba la consternación, y criados de señores que tenían los ojos encendidos de llorar, porque Andrés Calvo antes de marcharse a América les había ayudado económicamente. Aquello era un drama, la muerte de un ser querido, una desgracia de esas que no tienen ningún eco en la sociedad, pero llenan de congoja y turbación a sus amigos, porque no tenía familiares, ni herencias, ni orfandad, no habría sino un episodio más en la vida de la raza humana, codiciosa de querer poseer cada día más riqueza. En pos de aquella muerte vendrían unos meses de consternación en la sociedad trujillana en las que intervino en los hospitales el propio Juan, para estudiar si ese proceso asfíctico y contagioso responsable de epidemias había afectado a la

población. Una enfermedad que destacaba por su implacable virulencia, estadísticas escalofriantes que mortificaron familias y diezmaron poblaciones en otras ciudades europeas. Fue un tiempo en el que la medicina española ocupó un importante lugar en Europa con estudios importantes sobre la enfermedad. Los estudios sobre la misma tenían ya un pasado remoto. Muchos médicos de cámara de la corte de Fernando el Católico, Felipe II, Felipe III y IV fueron los primeros en separar la enfermedad del resto de anginas, y sentaron las bases para la investigación posterior. Con el tiempo se comprobó que había sido un caso aislado y que Andrés Calvo no había contagiado a ningún vecino de la localidad.

Juan continuó viviendo plácidamente en Trujillo, entre los sonidos de la campana de la torre de Santo Domingo hasta el camino de Santa Ana, donde se despedían los colonizadores que aún cogían el camino hacia Sevilla. A su paso dejaban atrás las ermitas de San Gregorio o la de los Santos Mártires en los prados de San Juan. La mayoría se dirigían a Perú, evitando así la casi permanente guerra de resistencia araucana en Chile y las amenazas de piratas en las costas del Virreinato. Algunos eran franciscanos y dominicos que fueron los que con su actividad misionera lograron contener las incursiones portuguesas en la expedición de Pedro Texeira, pues con ella por primera vez se hacían presentes los portugueses venidos por el Amazonas a Quito. Fueron muchas las sublevaciones que tuvieron que sofocar los extremeños y en concreto los dominicos procedentes del convento trujillano que marcharon a América. Algunos de ellos, colaboraron junto con el religioso peruano Martín de Porres Velázquez en la fundación de un Asilo y Escuela de Santa Cruz para reunir a todos los vagos, huérfanos y limosneros, y ayudarles a salir de su penosa situación.

Asistía a misa, no diariamente, pero sí con frecuencia. La iglesia de Santo Domingo estaba llena de cuadros e imágenes. En un lado y otro las velas de los fieles se consumían y chisporroteaban frente a la imagen del Cristo del Hocino, de gran devoción en la ciudad. A Juan le apasionaba encontrarse solo en el

templo en horas desiertas, cuando no había nadie, y escuchaba el quejido de los cirios, fijarse en las imágenes que sonreían a los fieles desde sus peanas, eso le daba paz y sosiego. Juan tuvo relación con la Cofradía de la Caridad, acudía al Hospital de la Plaza de la Encarnación a curar a enfermos. Este hospital tenía una casa de comedias que era regentada por la cofradía de la Caridad, bajo el mandato de Pedro Martínez, donde se celebraban comedias frecuentemente. A Juan le servía de distracción acudir a presenciarlas. Entraba por la plazuela del Mercadillo, donde estaba la entrada principal, como todos los hombres, mientras que las mujeres tenían su entrada por la calle Sola y subían al corredor. A los comediantes se los pagaba ocho reales por cada día. Juan asistía, frecuentemente, gratis a los espectáculos, al igual que el alcalde, los mayordomos de la cofradía, el escribano y dos diputados. En aquellos años, Juan disfrutó de las comedias de Lope de Vega, la que más le gustaba presenciar y que se repitió durante varios días fue *El conde Fernán González*; pero también, las comedias de Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, como *La cueva de Salamanca*, *Mudarse por mejorarse*, *Todo es ventura* o *El desdichado en fingir*.

A los sesenta y seis años de edad, una fría mañana del 7 de noviembre de 1638, Sorapán de Riegos se encontraba mal de salud. Hacía días que se encontraba intranquilo y noches de insomnio que hablaba consigo mismo. Los recuerdos de aquella cárcel de Llerena le atormentaban.

Le dijo a su esposa que avisara don Pedro Alonso de Cabañas para hacer testamento. Juan, murmurando, estaba pensando que ese iba a ser su último viaje y resolvió otorgar testamento sin perder tiempo. Juan comenzó a ver sombras, esas que le habían perturbado durante gran parte de su vida.

—Querida María, ¿estamos solos?—dijo Juan, estrechando su mano derecha con las de María.

—Sí —replicó ella con desasosiego.

Juan veía sombras oscuras que avanzaban hacia él. Su conciencia no estaba serena.

Al llegar el notario, le dijo:

—Estoy verdaderamente dispuesto a respetar y secundar sus deseos. No admito que se confunda mi complacencia con mi opinión profesional. Yo conocía su obra, sus ideas, y tenía noticia de su exterior amable y de sus cualidades buenas.

Intentó levantarse y anduvo algunos pasos apoyado en el notario; pero antes de llegar a una silla, se encontró sin fuerzas y volvió a acostarse. El notario se puso presto a redactar el testamento en forma legal.

Juan explicó que la vida no había tratado con benignidad, pero que nunca había llegado a perder la fe en los hombres, que se había encontrado en los peores avatares posibles he encontrado siempre almas buenas que le habían tendido una mano. Le ofreció al bueno de Andrés una copa de vino de Oporto que guardaba en una gráfica. El notario no titubeó en encontrarlo excelente. Juan, a pesar de encontrarse mal estado de salud, también debió del líquido dorado, declarando con fatiga que no había nada que hacer y, llenando y vaciando el vaso del notario. Continuó explicándole que muchos de sus recuerdos de la época que ejerció como médico inquisidor se habían difuminado con el transcurso de los años. Lo que sí recordaba bien eran aquellas noches largas en las que no podía conciliar el sueño, después de haber visitado las prisiones de Granada y Llerena.

— La violencia no está justificada en ningún caso—, le dijo Juan.

— Sobre todo, cuando se ejerce sobre personas indefensas—, respondió Andrés.

— Los españoles somos un pueblo apasionado, pero a veces somos crueles. recuerdo aquellos años en los que los presos a los que visitaba más que para curarles de sus heridas, curarles el alma, se encontraban hacinados en cárceles, lo que significaba para ellos una especie de paréntesis entre la vida y la muerte. Más de una ocasión me he reprochado a mi mismo la falta de valor que me impidió levantarme a defender a aquellas criaturas.

— Multitud de veces me he imaginado cruzando la puerta de la prisión, en aquellas trágicas madrugadas—, apostilló Juan.

Va a amanecer un día crítico de nuestra vida; tal vez el día de nuestra muerte; el día, en el que tendremos que dar cuenta a Dios. Pase lo que pase, será ésta la postrera vez que os dirija la palabra. El notario salió bruscamente del despacho de Juan, cerrando de golpe la puerta.

Resignado con su enfermedad, buscó distracción en la lectura, y en esas semanas parason por sus manos un sinnúmero de obras literarias de Juan de la Cuesta, fray Pedro de Larios o *El Caballero de Olmedo* de Lope de Vega, tirando algunas a medio leer, enterneciéndose con otras como con el *Lazarillo del Manzanares*, de Juan Cortés de Tolosa.

Al día siguiente de la visita del notario recayó y empeoró rápidamente. Sintiendo que se acercaba su última hora, agotado, llamó a su esposa. Viéndose próximo a la temprana muerte que le acarrearón sus pesares y su débil salud, la familia llamó a su lecho de agonía al médico. La batalla contra la muerte se entabló encarnizada. El médico al examinar a Juan declaró su estado como gravísimo, admitiendo como probable un rápido y fatal desenlace, consiguiendo que se sumiera en un sueño bastante tranquilo tras hacerle beber un caldo que contenía un narcótico. El padre fray Simón Sánchez, en circunstancias tan difíciles, le administró la “Extrema Unción”, en artículo mortis. El hecho de que muchos hombres hayan pasado desapercibidos para sus coetáneos, o al menos no hayan sido valorados en vida como justamente merecieron, se debe, sin duda, a que el mal hace más ruido que el bien, porque la bondad es característica normal del hombre y el vicio es el vestido estafalario que despierta la curiosidad por donde quiera que pasa. Un hombre que ha contemplado la vida con mirada serena y ha recogido en conjunto todos sus elementos válidos con un espíritu equilibrado.

Al caer la tarde, Juan Sorapán de Rieros falleció en Trujillo, el día 7 de noviembre de 1638. Reinó un breve silencio. En la casa no se oía nada, todos los presentes estaban pálidos ante el cuerpo inerte de Juan, el médico de la Inquisición que

descansaba en su lecho tras haber conocido los entresijos del tribunal inquisitorial. Sus hijos se miraron intensamente, con una angustia infinita, y rodearon el lecho en que se encontraba con un silencio impresionante, demostrando un profundo dolor. Allí, en su última morada, en una tumba de la iglesia de San Martín, el viejo médico dormía por fin tranquilo. Sus pesares y sus propias “batallas” habían terminado. Un hombre que fue capaz de sacrificarse por los demás, por mantenerse firme en unos ideales. Un científico que dormita en la más enervante postración y que ha representado el pensamiento amable, pero inverosímil y extraño de la ciencia médica.

Fue enterrado en la iglesia de Santo Domingo. Esa silueta que veía desde su ventana cada día que se despertaba en esta insigne y heroica ciudad, con una sonrisa que hacía olvidar todos los apuros pasados, el movimiento de los hombres pasando con sus mulas y las mujeres que barrían y fregoteaban a su vista en la calle del Estudio y las fachadas de las casas.

Gozó Sorapán de Rieros de prestigio y reconocimiento profesionales y su obra fue estimada como la de un médico paremiólogo y refranista imbuido de extensos conocimientos generales, tanto científicos y médicos, como literarios, antropológicos y hasta folclóricos. Hombres como Sorapán de Rieros no podemos decir que hayan muerto sino que hacen dimisión de la vida. Fue, en definitiva, un médico humanista, que conocía y citaba con igual soltura los textos científicos y filosóficos de los antiguos autores grecolatinos, como los de autores más modernos o contemporáneos a él.

Agradecimientos

Quiero expresar mi agradecimiento a doña Elena García Mantecón, Técnico Superior en el Archivo Histórico Provincial de Cáceres y a doña María Esperanza Díaz García, directora del Archivo Histórico Provincial de Cáceres. A doña María del Carmen Fuentes Nogales, archivera del Archivo Diocesano de Coria-Cáceres. A doña María Luisa López Rol, archivera del Ayuntamiento de Trujillo. A don José Lázaro, bibliotecario del Ateneo de Madrid. A don Luis Garraín Villa, Cronista Oficial de Llerena. A don Antonio Ramiro Chico, archivero del Real Monasterio de Guadalupe. A don Juan Díaz Bernardo, diseñador y autor de la portada del libro. A don Carlos Lozano, don Manuel Mañas, don Juan Cruz Cruz, don César Chaparro Gómez y a don Esteban Cortijo Parralejo.

Bibliografía

- Alcalá, A. (ed.): *Inquisición española y mentalidad inquisitorial*, Barcelona, 1984.
- Álvarez Álvarez, A: *Guadalupe. Arte, historia y devoción mariana*. Madrid, 1964.
- Álvarez Álvarez, A: *Los pilares de la hispanidad se forjaron en Guadalupe*, Cáceres, 1959.
- Álvarez de Miraval, B: *La conservación de la salud del cuerpo y del alma*. Andrés Renaut, Salamanca, 1601.
- Álvarez del Palacio, E: «Cuerpo, ejercicio físico y salud en el humanismo extremeño: la obra de Sorapán de Rieros». *El Humanismo Extremeño*, I Jornadas, Badajoz, 1996, pp. 253—273.
- Álvarez del Palacio, E y Robles Tascón, J. A: “Blas Alvarez de Miraval y Juan Sorapán de Rieros: tradición e innovación”. *Actas de las IV Jornadas “El Humanismo Extremeño”*. Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes, Trujillo, 2000, pp. 243—263.
- Andrés, P: *Guadalupe, un centro histórico de desarrollo artístico y cultural*. Diputación Provincial de Cáceres, Salamanca, 2001.
- Anónimo: “El doctor Sorapán, ilustre médico extremeño”. *Revista Guadalupe*, marzo—abril, 1965, pp. 730—731.
- Badorrey Martín, B y Sánchez—Lauro, S: *El tribunal inquisitorial de Llerena y su jurisdicción en Extremadura*, Badajoz, 2022.
- Barrantes Moreno, V: *Aparato Bibliográfico para la historia de Extremadura*, vol. 24. Madrid, 1877.

- Beaujouan, G: “La Bibliothe que et l’ecole medicale du monastere a l’aube de la Renaissance”, en *Medecine humaine et veterinaire a fin du MoyenAge*. Génova, 1966, pp. 374—375.
- Beltrán de Heredia, V: *Cartulario*, IV, Ed. Universidad de Salamanca, 2001.
- Bennansar, B: coord.: *L’inquisition espagnole*, Paris, Hachette, 1979.
- Bernabé Pons, Luis F: *Los moriscos: conflicto, expulsión y diáspora*, Catarata, Madrid, 2009.
- Bohórquez—Carvajal. J. D: “De la ciudad enferma. Platón e Hipócrates”. *Discus filos*, vol.21, número 37, Manizales July/Dec. 2020 Epub June 16, 2021.
- Cabacas Hurtado, T: “Juan Sorapán de Rieros”, 2015.
- Camacho Macías, A: “Juan Sorapán de Rieros (1572—1638)”, *Alminar*, número 27, septiembre, 1981.
- Campos Guarino, C: “Sorapán de Rieros”, voz *Gran Enciclopedia Extremeña*, Vitoria, 1992, p. 205.
- Campos, J. G y Barella, A: “Diccionario de refranes”, *Anejo XXX del Boletín de la Real Academia Española de la Lengua*. Madrid, 1975.
- Candau Chacón, M. L: *Los moriscos en el espejo del tiempo*. Universidad de Huelva. Huelva, 1997.
- Caso Amador, R y López Bernal, V: “El palacio episcopal de Llerena. Del mudéjar a la Ilustración”. En Huerta, Santiago y Fabián López Ulloa (eds.). 2013. *Actas del Octavo Congreso Nacional de Historia de la Construcción*. Madrid, 9—12 de octubre de 2013. Madrid: Instituto Juan de Herrera, 2013.
- Castillo de Lucas, A: “El Dr. Sorapán de Rieros. Primer médico refranista”. *Revista Alcántara*, número 29. Conferencia pronunciada en la II Asamblea de Estudios Extremeños.
- Castillo de Lucas, A: *El Doctor Sorapán de Rieros: estudio preliminar a su obra Medicina española contenida en proverbios vulgares*, Madrid, Cosano, 1949.
- Cipriano de la Huerga: *Competencia de la hormiga con el hombre*, introducción, edición crítica y notas de Francisco Javier Fuente Fernández. Humanistas Españoles, volumen VIII. León, 1984.
- Chaparro Gómez, C y Mañas Núñez, M: *Humanistas extremeños*, Barcelona, Ediciones 94, 2003, pp. 153—172.

- Chinchilla, A: *Anales históricos de la medicina en general y bibliográfico de la española en particular*. New York and London: Johnson Reprint Corporation, 1967.
- Cobos, J. M y Vallejo, J. R: “Francisco Arceo, médico del Santo Oficio de la Inquisición de Llerena”. *Jornadas de Historia de Llerena*, Badajoz, 2015, pp. 299—311.
- Corbett: *Drake and the Tudor Navy: With a History of the Rise of England as a Maritime Power, Volume 2* (en inglés). Longmans, Green, 1898.
- Correas, G: *Vocabulario de refranes y frases proverbiales, y otras fórmulas comunes de la lengua castellana en que van todos los impresos antes y otra gran copia*. Madrid, 1427 (ed. de L. Combet, Bordeaux, 1967).
- Crémoux, F: *Las edades de lo sagrado. Los milagros de Nuestra Señora de Guadalupe y sus reescrituras (siglos XV—XVII)*. Colección de Letras. Institución “Fernando el Católico”. Zaragoza, 2015.
- Cruz Cruz, J: *El refrán dietético en la obra de Sorapán de Rieros*, Pamplona, Universidad de Navarra, 1995.
- De la Mano González, M y Lilao Franca, O: “La biblioteca universitaria de Salamanca en el siglo XVI”. *Studia Histórica Historia Moderna*, 21, 2009, pp. 219—240.
- Dedieu, J. P: “La Inquisición moderna en su contexto internacional. Fragmentos de historia”. *Jornadas de Historia de Llerena*, Badajoz, 2015, pp. 11—31.
- Dedieu, J. P: “Inquisición y derecho. Un análisis formal del procedimiento inquisitorial en causa de fe”, en Martínez Ruiz (Enrique), PI (Magdalena de Pazzis), eds., *Instituciones de la España Moderna, I. Las jurisdicciones*, Madrid, Actas Editorial, 1996, pp. 171—190.
- Dedieu, J. P: “La información de limpieza de sangre”, en Muñoz Machado (Santiago), ed., *Los grandes procesos de la historia de España*, Barcelona, Crítica, 2002, pp. 193 — 208.
- Díaz y Pérez, N: *Diccionario de autores, artistas y extremeños ilustres*, Pérez y Boix, Madrid, 1884.

- Ecija, D. de, O.S.H.: *Libro de la Invención de esta Santa Imagen de Guadalupe y de la erección y fundación de este Monasterio; y de algunas cosas particulares y vida de algunos religiosos de él*. Edición preparada por Arcángel Barrado. Cáceres, 1953.
- Enríquez, J: *Retrato del perfecto médico*. Salamanca, 1595.
- Epalza, M. de: *Los moriscos antes y después de la expulsión*. Mapfre, Madrid, 1992.
- Esteve Serrano, A: «El radicalismo de Gonzalo Correas», *Estudios de teoría ortográfica del español*, cap. 1. 35, Publicaciones del Departamento de Lingüística General y Crítica Literaria de la Universidad de Murcia, 1982,
- Fernández Serrano, F: “Guadalupe en la toponimia extremeña del Dr. Sorapán de Rieros”. *Revista Guadalupe*, septiembre—octubre de 1970, núm. 589, pp. 267—270.
- Galán Melo, S: «Ideas ortográficas en Gonzalo Correas», *Actas del II Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española*, Tomo I, Madrid, Pabellón de España S. A., 1992,
- Galeno, C: “De parva epilae exercitio”, en Daremberg, Ch, *Oeuvres anatomiques, physiologiques et médicales de Galien*, J. B. Bailliere. 1854.
- Galeno, C: “De sanitate tuenda”, en en Daremberg, Ch, *Oeuvres anatomiques, physiologiques et médicales de Galien*, J. B. Bailliere. 1854.
- García, S: “Medicina y cirugía en los Reales Hospitales de Guadalupe”, *Revista de Estudios Extremeños*, número I, tomo LIX, , enero—abril, 2003, pp. 11—79.
- García Ballester, L: *Galen and Galenism. Theory and Medical Practice from Antiquity to the European Renaissance*. Collected Studies Series 710. 2002.
- García Galiano, A: *La imitación poética en el Renacimiento*. Deusto, 1992.
- García Rodríguez, S: *Guadalupe: siete siglos de fe y de cultura*. Ed. Guadalupe, 1993.
- García Rodríguez, S; Trenado, fr. F: *Guadalupe, historia, devoción, arte*. Sevilla, 1978.
- García Rodríguez, S: “Medicina y cirugía en los Reales Hospitales de Guadalupe”. *Revista de Estudios Extremeños*, tomo LIX, número I, enero—abril de 2003, pp. 11—79.

- Garraín Villa, Luis: “El Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición. Nuevas aportaciones”. *XV Jornadas de Historia de Llerena*, Llerena, 2015, pp. 311—329.
- González, C. fray: “El doctor Sorapán”. Revista *Guadalupe*, marzo—abril de 1965, número 556, 64—67.
- González Porras, T (ed.): *Referencias a Extremadura del Maestro Correas y del Médico Sorapán*. Día del Libro, Cáceres, 2001.
- Granjel, L. S: “Vida y obra de Sorapán de Rieros”, en *Asclepio*, 24 (1972), pp. 63—75.
- Guerra, F: *Historia de la Medicina*, Norma, Madrid, 1989.
- Hernández Morejón, A: Historia bibliográfica de la medicina española. Obra póstuma . The Sources of Sciences, número 9. New York and London: Johnson Reprint Corporation, 1967.
- Henningsen, G: “Los inquisidores de Llerena y el universe mágico del sur”. *Jornadas de Historia de Llerena*, Badajoz, 2015, pp. 31—47.
- Hipócrates: *Aforismos*, tomados de la deducción, ilustración y puesta en verso castellano de M. Casal y Aguado, presentación de J. L. Peset. Alta Fulla. Barcelona, 1986.
- Horozco, S: *La vida popular de Salamanca. Cancionero*, Sevilla 1873.
- Jiménez Monteserín, M: *Introducción a la inquisición española. Documentos básicos para el estudio del Santo Oficio*, Madrid, Editora Nacional, 1981.
- Kamen, H: *La Inquisición Española*, 3^o edición, Barcelona, 1988.
- Kamen, H: *La Inquisición Española, una revisión histórica*. 3^o ed, Crítica, Barcelona, 1999.
- Ketham, J. de: *Compendio de la humana salud*, estudio y edición de M. T. Herrera, Arco. Madrid, 1994.
- Laín Entralgo, P: *El cuerpo humano*. Teoría actual. Espasa—Calpe, Madrid, 1989.
- Laín Entralgo, P: *Grandes médicos*. Salvat. Barcelona, 1961.
- Laín Entralgo, P: *La medicina hipocrática*. Alianza, Madrid, 1970.
- Lea, H. Ch: *Historia de la Inquisición española*, Madrid, Fundación Universitaria española, Trad. esp. por Ángel Alcalá, 3 vol. 1983.
- Lobera de Ávila, L: *Banquete de nobles caballeros*, Juan de Brocar, Alcalá de Henares, 1542.

- Lobera de Ávila, L: *Vergel de Sanidad*, Juan de Brocar, Alcalá de Henares, 1551.
- López Díaz, B: “La Escuela de Medicina de Guadalupe”, en *El Monasterio de Guadalupe*, 40 (1918), pp. 13 ss.; 40 (1918), pp. 57 ss; 43 (1918), pp.100 ss.; 45 (1918), pp. 138 ss.; 47 (1918), pp.169 ss.
- López Díaz, B: “Centro de Aplicación de estudios médicos de Guadalupe”, en *Revista del Centro de Estudios Extremeños*. Badajoz, 1927; I, pp. 237—242.
- López Díaz, B: “Los Hospitales de Guadalupe y la fiesta de la Virgen”, en *El Monasterio de Guadalupe*, 77 (1919), p. 280.
- López Díaz, B: “Una joya que merece un recuadro”, en *La Farmacia Española*, 50 (1918), p. 641 y 657.
- López Guzmán, R y Mogollón Cano—Cortés, P: *La Virgen de Guadalupe de Extremadura en América del Sur. Arte e iconografía*. Fundación Academia Europea e Iberoamericana de Yuste. Cáceres, 2019.
- López Moreda, S: “Un extremeño singular, el médico Sorapán de Rieros y los clásicos”, *Anas*, 29—30, Mérida, 2016—2017, pp. 249—254.
- López Piñero, J. M: *Ciencia y Técnica la sociedad española de los siglos XVI y XVII*. Labor Universitaria, Barcelona, 1979.
- López Piñero, J. M: “Tradición y renovación de los saberes médicos en la España del siglo XVI”, *Medicina Española*, 77, 1978, pp. 355—366.
- Llopis Agelán, E: “El Monasterio de Guadalupe, 1389—1700: Economía y servicios benéfico—asistenciales”, en *Guadalupe de Extremadura: Dimensión hispánica y proyección en el Nuevo Mundo*. Madrid, 1993, pp. 240—286.
- Madoz, P: *Diccionario Geográfico—Estadístico—Histórico*, tomo X, Madrid, 1847.
- Maldonado Fernández, M: “Relaciones protocolarias entre el Tribunal de la Inquisición y el cabildo concejil de Llerena”, *Actas de las XV Jornadas de la Historia de Llerena*, Llerena, 2014, pp. 331—347.
- Maldonado Fernández, M: *La peste bubónica en Llerena en el siglo XVII*. 2015.

- Mañas Núñez, M: *Biografía de Sorapán de Rieros*. Real Academia de la Historia.
- Mañes Retana, J: “Médicos y cirujanos de la Escuela de Medicina y hospitales de Guadalupe durante la dominación jerónima (siglos XIV y XV)”, en *La Medicina Latina*, Madrid, 1934; VII, pp. 194, 284, 370, 388 y 440.
- Marañón, G: *Expulsión y diáspora de los moriscos españoles*. Santillana Ediciones, 2004.
- Marchena, J: *Manual de Inquisidores, para uso de las inquisiciones de España y Portugal*, Mompeller, Imprenta de Feliz Aviñon, 1821.
- Martín Postigo, S: *Los presidentes de la Real Chancillería de Valladolid*, Valladolid, Institución Cultural Simancas, 1982.
- Mateos Ascacibar, F. J: “Lo que hizo y deshizo el Tribunal de la Inquisición durante su residencia en el palacio del mayorazgo de los Zapata, en Llerena”. *Jornadas de Historia de Llerena*, Badajoz, 2015, pp. 349—369.
- Melgares Martín, J: *Procedimientos de la inquisición*, t. I, Madrid, Librería de D. León Pablo Villaverde, 1886.
- Méndez, C: *Libro del ejercicio corporal que sus provechos*. Gregorio de la Torre, Sevilla, 1553.
- Méndez—Cabeza Fuentes, M: *Los Caminos de Guadalupe y su Real Monasterio*. Esfagnos, Salamanca, 2003.
- Mercurial, H: *De arte gimnástico*, ordenado, producido del latín al castellano por Paula Abril, dedicado al conde de Villalobos, Victoriano Hernando, Madrid, 1825.
- Moreno Rodríguez, R: “Ética y medicina en la obra de Galeno”, *Dynamis*, vol. 33, número 2, Granada, 2013.
- Muñoz Sanz, A: Sorapán de Rieros, colección “Personajes Extremeños”, número 13, publicaciones del diario *Hoy*. Murcia, 1996.
- Muñoz Sanz, A: *Los hospitales docentes de Guadalupe. La respuesta hospitalaria a la epidemia de bubas del Renacimiento (siglos XV y XVI)*, Badajoz, Junta de Extremadura, 2007.
- Núñez de Oria, F: *Tratado de Medicina* intitulado *Aviso de Sanidad*. A. Gómez, Madrid, 1569.
- Oyola Fabián, A, *et allí: Método verdadero de curar las heridas*. Francisco Arceo de Fregenal. Huelva, 2009.

- Panizo, J. I y Lavado, L: “Actividad procesal y represión. El tribunal de la Inquisición de Llerena a través de su documentación”. *Jornadas de Historia de Llerena*, Badajoz, 2015, pp. 47—77.
- Pecellín Lancharro, M: *Literatura en Extremadura*, tomo I, Badajoz, 1980.
- Pérez Jiménez, N: *La escuela de medicina del monasterio de Guadalupe*, Badajoz, 1985.
- Pérez Villanueva, J y Escandell, B, dirs.: *Historia de la Inquisición en España y América*. I: *Historia de la Inquisición en España y América*; II: *Las estructuras del Santo Oficio*; III: *Temas y problemas*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1984—2000.
- Ponz, A: *Viaje de España, en que se da noticia de las cosas más apreciables y dignas de saberse, que hay en ella*. Edición facsímil. Biblioteca Popular Extremeña. Universitas Editorial. Badajoz, 1983.
- Pulido Cordero, M: “Algunos datos sobre Sorapán de Rieros”. *Actas de los Coloquios Históricos de Extremadura*, 1986.
- Ramos Rubio, J. A: “El médico Sorapán de Rieros murió en Trujillo”. *Revista La Piedad*, Trujillo, 1999.
- Riera Palmero, J: *La Medicina del Descubrimiento*. Universidad de Valladolid, Valladolid, 1991.
- Rocca, J: *Galen on the Brain: Anatomical Knowledge and Physiological Speculation in the Second Century A.D.* Studies in Ancient Medicine 26. Leiden, The Netherlands, and Boston: Brill, 2003.
- Rodríguez Burón, T: *Compendio de la historia critica de la inquisicion de España*, t. I, Paris, en Casa de Tournachon—Molin, 1823.
- Rodríguez Moñino, A: “Historiadores de la literatura extremeña”. *Revista del Centro de Estudios Extremeños*. Tomo 14, Badajoz, 1940, pp. 301—305.
- Rodríguez—San Pedro Bezares, L. E: “Pupilajes, gobernaciones y casas de estudiantes en Salamanca (1590—1630)”. *Studia Historica: Historia Moderna*, Vol 1, 2009.
- Rosen, R. M: “Galen on Poetic Testimony” In *Writing Science: Medical and Mathematical Authorship in Ancient Greece*. Edited by M. Asper, 177–189. Berlin: De Gruyter, 2013.
- Rosen, R. M: “Galen, Plato, and the Physiology of Eros.” In *Ers* Edited by E. Sanders, C. Carey and N. Lowe, 111–127. Cambridge: Cambridge University Press, 2013.

- Roso de Luna, M: “Juicio de la “Medicina en proverbios” de Riero Sorapán”, en *Revista de Extremadura*, II (1900), pp. 8—13.
- Sánchez Granjel, L: *La Medicina Española Renacentista*. Universidad Salamanca, Salamanca, 1980.
- Sánchez Granjel, L: “Médicos españoles: Luis Lobera de Ávila”, *Estudios de Historia de la medicina española*, Universidad de Salamanca, I, 1967, pp. 13—40.
- Sánchez Granjel, L: “Vida y obra de Sorapán de Rieros”, en *Asclepio*, 24 (1972), pp. 63—75.
- Sánchez Granjel, L: “Médicos españoles: la obra de Álvarez de Miraval”, *Estudios de Historia de la medicina española*, Universidad de Salamanca, I, 1967, pp. 93—116.
- Sánchez Granjel, L: *El ejercicio médico y otros capítulos de la medicina española*. Instituto de Historia de la Medicina Española. Salamanca, 1974.
- Sánchez Granjel, L: *Humanismo y medicina*. Salamanca, 1978.
- Sánchez Granjel, L: “La obra de un médico giennense: Cristóbal Méndez”. *Seminario Médico del Instituto de Estudios Giennenses*, 43, Jaén, 1990, pp. 13—35.
- Sánchez Mora, A y Revuelta Ramírez, J. “Historia del Monasterio de Guadalupe y de su Escuela de Medicina”, *Trabajos de la Cátedra de Historia Clínica de la Medicina*, III, 1934, pp. 213—234.
- Sardelli, M. A: «La producción literaria de Gonzalo de Correas en las fuentes documentales y su influencia en la investigación moderna», *Culturas Populares. Revista Electrónica*, n.º 5 (julio—diciembre de 2007), 17.
- Sbarbi, J. M: *El libro de los refranes*. Madrid, 1872.
- Gómez González, I: *La Justicia, el Gobierno y sus Hacedores. La Chancillería de Granada en el Antiguo Régimen*, Granada, Comares, 2003.
- Rubio, G: “Artistas que trabajaron en la capilla del Santuario de las Reliquias del Monasterio de Guadalupe”, en *El Monasterio de Guadalupe*, 270, 1934, pp. 210 ss.

- Sorapán de Rieros, J: *Medicina Española contenida en proverbios vulgares de nuestra lengua*, edición facsímil de la príncipe (Madrid, 1616). Badajoz, 1991. Ejemplares de la obra se encuentran en la Biblioteca Nacional (Madrid), en la Universidad de Salamanca, en la Facultad de Medicina de Madrid y en la Biblioteca Municipal de Madrid. Ed. con est. prelim. de A. Castillo de Lucas, Madrid, Real Academia Nacional de Medicina, 1949 (col. Biblioteca Clásica de la Medicina Española, vol. XXVI); ed. facs., Badajoz, Universitas Editorial—Universidad de Extremadura, 1991].
- Talavera, fr. G: *Historia de Nuestra Señora de Guadalupe, consagrada a la soberana magestad de la Reyna de los Angeles, milagrosa patrona de este santuario*. Toledo, 1297.
- Teixidó Gómez, F: «Iván de Sorapán de Rieros, médico, humanista y divulgador». *Llull*, revista de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas, vol. 23, número 46, 2000, pp. 173—196.
- Tropé, H: “La Inquisición frente a la locura en la España de los siglos XVI y XVII (I). Manifestaciones, tratamientos y hospitales”. *Rev. Asoc. Esp. Neuropsiq.* vol.30, número 2, Madrid, abril—junio de 2010.
- Vallejo, J. R y Cobos, J. M: “Francisco Arceo: médico del Santo Oficio de la Inquisición de Llerena. Francisco de Arceo, médico de la Inquisición Española en Llerena”. *XV Jornadas de Historia de Llerena*, octubre de 2014.
- Zamora, H: *La capilla de las reliquias en el Monasterio de Guadalupe*. Madrid, 1972.
- Zugasti, M: *La Trilogía de los Pizarros* de Tirso de Molina, 4 tomos. Fundación Obra Pía de los Pizarro, Kassel Edition Reichenberger, 1993.

